nir, y veréis desde el seno de vuestra paz comodona á qué nuevas y grandes tribulaciones me sujeta mi amor á la Religión, á España y al Rey que España necesita».

Mi amor, no mi grandeza, que ninguna tengo sino la de éste: por ser tan pequeño espero lo que espero. El paria ha de volver á ser paria, quizá muy pronto, quizá antes mismo que llegue la acción de los epifanistas. Para algunos empinados y dirigentes católicos del día no bastan siete años de terrible penitencia por un pecado supuesto; su caridad exige más, más...

Lo tendrán: ¿para qué me he de oponer, aunque me obliguen á *desnudarme* (?), si todo esto ha de contribuir directamente á que se cumpla lo que Dios ha determinado? *Quod facis, fac citius*, dijo el Señor á Judas. Sí, daos prisa, prevenid y disponed la acción de los epifanistas...

Aprensiones de una imaginación loca, dirá acaso alguno que son estas enigmáticas predicciones: el tiempo le desengañará pronto. Lo que puedo asegurar, es que, por la misericordia de Dios, nada de eso me conmueve, antes me fortalece y confirma. Si lo digo hoy, es porque mañana me servirá de argumento, y espero que podré hacer algún fruto preguntando: ¿Lo veis?

Así pues, *si consistant adversum me castra, non timebit cor meum.* Ejércitos enteros no me harán temblar; *Luz Católica* cumplirá su misión hasta el fin sin separarse jamás, jamás, en lo más mínimo de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Dios es mi ayuda; su voluntad santísima quiero cumplir en todo: ¡Hágase la voluntad de Dios!

(*Luz Católica*, núm. 25=21 Marzo 1901).

Hermandad de expiación.

Cartas á un religioso. (1)

«París 15 de Noviembre de 1898.

...Tengo el fracaso (de los planes carlistas) por seguro, no obstante los muchos elementos con que se cuenta. El triunfo ha de venir de esa derrota, y vendrá por extraordinaria acción de la Providencia.

Pero esto supone que aún hemos de andar algún tiempo agobiados los españoles por el dolor de nuestra esclavitud ignominiosa, que es lo que se trata de evitar. Nosotros podemos contribuir mucho á evitarlo, consiguiendo lo contrario de lo que yo opino y atrayendo sobre la infortunada España las bendiciones de Dios, en medio de las generales maldiciones que van á llover del cielo. Grande es el poder de la oración, y más cuando la acompaña el sacrificio. Oremos y renunciemos en manos de Dios la vida por la Patria: ¿Podríamos emplearla mejor? «Nadie tiene mayor caridad que dar la vida por sus amigos», dijo el divino Maestro.

Con este objeto tengo yo ideada hace años una hermandad. Voy á copiar unos párrafos que sobre ese tema escribí al Sr. Obispo de... el 27 de Abril último (1898), con motivo de su hermosa Pastoral, sometiéndole un proyecto de congregación. *No me contestó.*

»Agrupémonos, le decía, en santa hermandad todos los españoles creyentes á quienes Dios haya dado abnegación para sacrificar la vida por la Patria; ofrezcamos al Señor la vida en satisfacción de nuestros pecados sociales, y Dios se apiadará infaliblemente de nuestra Patria infortunada, y renacerán la gloria y la ventura de nuestros días antiguos.—Sí, el éxito es infalible; porque si el Señor dijo á Abraham que por diez justos hubiera perdonado á la ciudad pecadora; si donde dos ó tres se congregan en su Nombre, allí está Él; si el que pide recibe, y el que busca halla, y al que toca se le abre; si es imposible, según doctrina del Angélico Maestro, que la oración de muchos no sea oída por Dios, Dios aceptará complacido el singular sacrificio de una hermandad ó congrega-

(1) Militando en el carlismo y por amor al carlismo escribimos estas cartas, por lo cual pertenecen al presente capítulo. Más de un carlista las elogió entonces. Por lo demás, la idea de ellas es ya un hecho en la *Milicia de la Cruz.*

ción fundada para ofrecer la vida por la Patria.—El menor de los siete hermanos martirizados por Antíoco Epifanes dijo al tirano: «*Si el Señor nuestro Dios se ha irritado por un breve tiempo contra nosotros, á fin de corregirnos y enmendarnos, Él volverá á reconciliarse con sus siervos*... YO HAGO COMO MIS HERMANOS EL SACRIFICIO DE MI VIDA *en defensa de las leyes de mis padres, rogando á Dios que cuanto antes se muestre propicio á nuestra Nación. La ira del Todopoderoso, que justamente descarga sobre ella, tendrá fin con mi muerte y la de mis hermanos*». Y en efecto, luego que aquellos siete santos hermanos murieron por su arruinada Patria, el reducido ejército de los Macabeos aumentó, triunfó, dominó, se cubrió de gloria con sus azañas inauditas, inexplicables sin una directa y eficaz intervención del cielo, aplacado con la muerte de los siete hermanos; y el pueblo de los Macabeos fué temido y respetado, y su alianza solicitada por griegos y romanos y egipcios y persas; y su prosperidad moral y económica sobrepujó á la de todos aquellos pueblos.—Pues si tanto pudo con las divinas misericordias la abnegación de los siete hermanos, ¿qué no podrá la de setecientos, siete mil, setecientos mil tal vez? Sólo los conventos de religiosas pueden dar un gran contingente, tanto más agradable á Dios cuanto suelen ser más puras las almas que en ellos le sirven. ¿En quién pondré yo mis ojos,—pregunta por Isaías el Omnipotente,—*sino en el pobrecito y contrito de corazón*? Una monjita acepta á Dios, en este caso, vale un ejército. *No depende del número de guerreros la victoria*, decía el Macabeo; *la victoria viene del cielo*».

Esto decía al Sr. Obispo, declarando que no lo decía por él, que lo sabe mejor que yo, sino por si acaso creía bueno mi proyecto, el cual luego le exponía y sometía á su aprobación. A la de V. lo someto ahora, mi querido Padre, siquiera no le indique más que la idea. Si le parece que no es una de mis bobeces, tenga la amabilidad de contestarme sin pérdida de correo, para que yo pueda redactar un reglamentito y enviarlo, con nueva aprobación de V., á los varios que secundarán mi idea en privado (la secundaron muchos) hasta que reciba aprobación canónica. V. mismo será uno de ellos (lo fué) y hará que lo sean otros. Y luégo podríamos ensanchar el plan... y ganar grandes batallas desde la celda».

»Paris 7 de Diciembre de 1898.

No he tenido tiempo para madurar mi plan; pero desde que lo pensé, ví que eran menester otras cosas además de la renuncia de la vida, y así se lo dije al Sr. Obispo. Yo creo que debe imponerse una comunión mensual; una parte de Rosario diaria, con una oración que haré para el caso; un ayuno semanal, y en su defecto oir una misa ó dar una limosna, etc.;

privarse de asistir á bailes y teatros; aplicar por los fines de la hermandad todas las buenas obras de intención libre. Esto es lo principal, y quizá deba ser lo único, pues no conviene imponer obligaciones que retraen ó que se cumplen mal. Empero, si V. cree que debe añadirse algo más, dígamelo, y lo mismo si no encuentra bien algo de lo que le manifiesto.

La renuncia podría no ser para todo el tiempo de la vida, sino para mientras la Patria sufra contratiempos no ordinarios y la Religión no esté bien implantada en ella. Por la aprobación canónica no nos preocupemos ahora. Su día vendrá, y entonces podrá intentarse, si duran la hermandad y su objeto».

(*Luz Católica*, núm. 25=21 Marzo 1901).

Los Epifanistas.

Empiezan á salir. Surge ya aquel fantasma negro como la muerte y compungido y devoto, rodeado de luz blanca y pálido de ira. Otra cosa llegó antes: el paria vuelve á ser paria... etc.; pero no es esto lo que ahora nos importa, sino lo del fantasma aquel maldito de Dios.

Compungido y devoto; ¡vaya que sí! tan devoto, por lo menos, y tan compungido y excelente católico y fiel á Dios y encendido de celo como los itacianos y jansenistas. Y pálido de ira... como ellos.

El monstruo epifanista tiene sacerdotes, acaso Pontífices, como Simón, Jasón, Alcimo y Menelao; políticos y militares como Lisias y Nicanor; príncipes como el mismo Epifanes... Y todos son muy devotos del Templo, todos alaban mucho al Dios de Israel... cuando les conviene.

¿Para qué hemos de examinar los miembros de ese monstruo, si todos siguen á la cabeza, y la cabeza es tan fácil de estudiar? Epifanes fué acabadísimo modelo de estos devotos piadosísimos. ¿Leisteis el capítulo IX del segundo libro de los Macabeos? Pues ya sabéis lo que dice. ¿No lo leisteis? Pues escuchad, escuchad.

«Hervía de gusanos el cuerpo de este impío, y aun viviendo se le caían á pedazos las carnes... Derribado, pues, de este modo de su extremada soberbia, comenzó á entrar en conocimiento de sí mismo, estimulado del azote de Dios. Y como ni él mismo pudiese ya sufrir su hedor, dijo así: *Justo es que el hombre se sujete á Dios, y que un mortal no pretenda apostárselas con Dios. Mas este malvado* ROGABA AL SEÑOR, DEL CUAL NO HABIA DE ALCANZAR MISERICORDIA.

«Y siendo así que antes se apresuraba á ir á Jerusalén para arrasarla y hacer de ella un cementerio de cadáveres amontonados, ahora deseaba hacerla libre... Ofrecía también adornar con preciosos dones aquel Templo santo que antes había despojado, y aumentar el número de los vasos sagrados, y costear de sus rentas los gastos necesarios para los sacrificios; y además de esto, hacerse él judío é ir por todo el mundo ensalzando el poder de Dios...

«En fin, herido mortalmente por Dios este homicida y blasfemo, del mismo modo que él había tratado á otros acabó su vida en los montes».

Ya lo veis; hay quien alaba á Dios y promete ir por todo el mundo ensalzándole, y el Espíritu Santo sentencia que «este malvado ruega al Señor, del cual no ha de alcanzar misericordia».

(*Luz Católica*, núm. 36=6 Junio 1901).

Dos profetas.

PROFETA VERDADERO.—El *Liber Mirabilis*, que es una antigua colección de profecías, fué impreso por primera vez en 1524, y de aquella edición hemos visto algunos ejemplares en las bibliotecas públicas de París. Tenemos á la vista la edición francesa de 1831, de la cual tomaremos lo que va en este artículo. La segunda parte de dicha obra parece seguir un orden cronológico de que carecen las demás colecciones. Llega gradualmente á los tiempos actuales, después de anunciar muchos acontecimientos que se han verificado, y presenta dos profetas, uno verdadero y otro falso. El verdadero parece el mismo hombre anunciado por San Francisco de Paula. A decir ver-

dad, presenta dos profetas buenos y dos malos; pero creemos que pueden reducirse á uno malo y uno bueno. He aquí lo principal acerca del bueno; los comentarios quedan á cargo de los lectores:

«Habrá en aquel tiempo multitud de sectas, y habrá también un hombre sabio y muy elocuente, que exhortará al pueblo y le convencerá, cautivando por sus obras los ánimos del pueblo, corroborando sus buenas disposiciones, combatiendo las malas y anunciándole los males que le amenazan: tal será su misión.

»El pueblo va siempre á los extremos, así en sus afectos como en sus odios: basta la más pequeña chispa para reavivar la llama del fuego latente. Por esto dicho profeta debe aprovechar la influencia ejercida en la nación indicada, alimentando el fuego que le anima é inclinando su espíritu á las alianzas ó á las guerras, á la paz ó á la insurrección. Este hombre, por sus discursos y sus maravillosos pronósticos, dirigirá este pueblo, infundiéndole temor y esperanza.

»Pero habrá entonces muchas sectas en el mundo, y profetas novadores se juzgarán dioses. En el tiempo de estos profetas, serán abrogadas las leyes antiguas y reemplazadas por reglamentos nuevos (podríamos aquí aplicar... lo dejamos al lector). Los doctos juristas se depravan; la felicidad se pierde en muchos reinos; monedas falsas circulan por todas partes; el pueblo es víctima de las exacciones; la nación cristiana vive en el mayor desorden; hay rebeliones contra los grandes.

»El profeta, notable intérprete de la Sagrada Escritura, profiriendo con cierta autoridad respuestas inspiradas por Dios, someterá con su elocuencia las almas. En cuanto profeta, ¿será de segunda clase, como son los que solamente modifican la ley ó introducen nuevas ceremonias, fruto de sus estudios? Sus sentencias son acogidas por los hombres como emanadas del cielo en cierto modo; y aunque puede haber profetas tan falsos como Mahoma, los otros son sinceros, como San Francisco y Santo Domingo. Sólo lo porvenir descubrirá en qué categoría deberá ser colocado este profeta... Yo creo haber dicho lo que se ha menester para fijar la época de su nacimiento».

Profeta falso.—Las profecías convienen rara vez á un solo sujeto, tomadas por partes, aunque en su conjunto convienen solamente á la persona ó acontecimiento á que se refieren. Vea el lector á quién

podrá aplicarse lo siguiente, advirtiendo que la palabra *profeta* equivale á *doctor, predicador, escritor*, etc.:

«Nacerá un profeta en un clima templado, en donde el aire, de un color y frescura moderados, es muy saludable. Dejando este profeta su patria, hará prodigios en los países sometidos al León. Nacerá en el curso del año (siglo) XIX. El tiempo de su predicación será de diez y nueve años... y fundará una nueva religión.

»Será disforme en su cuerpo este profeta, y arrastrará con pena su cuerpo débil y afeminado. Tendrá bastante ingenio y poseerá una multitud de ciencias y artes. Hablará generalmente un lenguaje hipócrita y embustero. Su conciencia no tendrá remordimientos, y esparcirá su ponzoña como el escorpión, cuya cola contiene un virus venenoso. Por fin, será causa de mucha efusión de sangre.

»Sus prodigios ó habilidades engañarán á muchos fieles, los cuales creerán reconocer en él la señal y el carácter de una misión divina. En efecto; este es uno de aquellos que Cristo anunció al mundo, y contra los cuales previno á los fieles, diciendo: «Si alguno os dice: *he aquí el Cristo*, no le creáis, porque habrá entonces muchos falsos Cristos y pseudoprofetas que obrarán tales maravillas, que hasta los escogidos serían engañados si fuera posible».

»Santo en apariencia, timorato y severo acerca de la santidad de la vida cristiana, tendrá este falso profeta fuertemente arraigado en el corazón el espíritu maligno que le conducirá, bajo capa de hipocresía, á los pies mismos del Soberano Pontífice (para prometerle una sumisión que no ha de practicar). Con sus falsas exterioridades de piedad, engañará á varios prelados y príncipes, arrastrándoles á un grave error... Si la Iglesia debe ser renovada, es necesario que antes, á causa de su disolución y de sus imperfecciones, pase por la dura prueba de este profeta».

Nada queremos añadir; aplique el lector, comparando lo dicho con lo que hoy acontece.

(*Luz Católica*, núm. 22=28 Febrero 1901).

Dos príncipes.

Los que *á priori*, sin conocimiento de causa, decláranse contra nosotros, proceden como los fariseos que enviaron alguaciles para prender á Jesús. Volvie-

ron éstos medio convertidos, diciendo: «Jamás hombre alguno habló como este hombre»; pero los empedernidos fariseos les preguntaron; «¿Qué, también vosotros habéis sido embaucados? ¿Acaso alguno de los príncipes ó fariseos ha creído en él? Sólo ese populacho, que no entiende la ley, es el maldito».

Sí, querido anónimo de *El Correo Español*, sólo este populacho españolista es el maldito, sólo el que saca á relucir profecías es el embaucador, es el que hace tanto mal... «¿Acaso alguno de los príncipes ó fariseos ha creído en él?» No; lo que dicen ellos es que este embaucador forja las profecías, las inventa á su gusto, y que no hay tales profetas, ni tales profecías, ni tales carneros. Esto no lo ha dicho el anónimo; pero no es mucho que lo piense, cuando tantos amigos suyos lo piensan, lo dicen, y cuando él mismo habla de «partidos artificiales de católicos».

Pues para él y ellos, y como contestando de paso á varias preguntas de españolistas, aquí va una especie de paralelo profético acerca de dos príncipes. Cuando más adelante lo demos completo, diré de quién es; por ahora digo solamente que es una verdadera profecía, parte de la cual convino á los Napoleones, y toda entera no conviene más que á dos príncipes contemporáneos. Es más para meditada que para leída: he aquí lo principal.

«Bestia cruel y sanguinaria, que has devorado á tu *hijo* (creemos que la palabra hijo es metafórica: hijo por las obras...) dejándolo sin defensa y sin causa, tú eres la única que de este modo has derramado la sangre inocente. No hallarás otro que antes de tí haya hecho semejante cosa. Por eso el pseudo-profeta (nótese bien), así que aparezca, *seducirá á muchos;* pero tú habrás merecido tus males, tú que ofuscas las estrellas y cuya malignidad es tu vergüenza, porque nada tienes de gracioso más que tu nombre.

»Vendrá al mundo un hombre que hará cosas singulares y derramará la luz á su beneplácito, así sobre las estrellas como sobre las sombras. No derribará el edificio que había levantado la bestia cruel; pero el Cordero quedará herido.

»Arbol inútil é infecundo, ¿piensas que harás grandes cosas

con un alma y un cuerpo tan débiles? Tú no podrás realizar lo que meditas, porque ya no puedes vivir mucho. Te dormirás y ya no te despertarás en la tribulación. Corta será tu vida.

—»El Cielo te llama, príncipe débil y enfermo. ¿Por qué gimes? Levántate y cobra fuerzas; inmola á Nerón y quedarás tranquilo; cura los heridos; armado del látigo, aplasta las moscas y arroja del templo á los vendedores; adopta una doctrina esclarecida, anuncia lo justo, evita los circuncisos, dirige la paloma, y contén el ardor de los que tienen sed.

—»El oro se ha oscurecido, su hermoso color ha cambiado. La herrumbre te consumirá: si el principio fué suave, el fin será rudo. (Con esto llegan el cisma, la guerra, el Gran Monarca, el espanto de los impíos, y luego la paz. Continúa el profeta).

—»¡Ay! ¡ay dos veces! Huyamos de la presencia del Fuerte de los fuertes. (Gran Monarca con los Crucíferos), porque viene para hacernos expiar nuestros crímenes con el suplicio de la cruz. ¿Qué se han hecho las estrellas? Corramos sin mirar atrás: el aquilón pone en fuga ante sí todos los males».

»¡Señor, yo te conjuro, envía pronto á quien debes enviar!» (*Liber Mirabilis*, pág. 163 y sig.; edición francesa de 1831).

(*Luz Católica*, núm. 26=28 Marzo 1901).

Al citar en el núm. 26 de *Luz Católica* esta profecía del *Liber Mirabilis*, aun creíamos que el *hijo* á quien se refiere no lo era según la sangre, por más que teníamos datos abundantes para juzgar de otra manera. En el núm. 63 ya hablamos de hijos legítimos ó adoptivos; y hoy declaramos entender por adoptivo, en el caso á que se refiere la profecía, no sólo el adoptado, sino el que adopta por padre á uno, ó le da por algún concepto justo el título de padre suyo, con aceptación por parte de éste, ó se conduce con el mismo padre como un hijo amante y leal, etc. De modo que puede referirse y de hecho se refiere, así á un hijo carnal como á un adoptivo la indicada profecía.

Muchos hay que no saben explicarse profecías tan claras como la precedente, ni las comprenden cuando se las explican. No es de maravillar, pues tampoco

aciertan á comprender lo que dijo el Apóstol y nosotros hemos repetido tantas veces: que *Dios escoge lo flaco del mundo para confundir lo fuerte ó soberbio.*

Nos decía un «sabio» no ha mucho: «¿Derribar un niño una montaña de un puntapié? ¡Vamos!... *Magna magnis,* señor mío, *magna magnis*». Y estas dos *magnas* palabras, por las señas, son hijas de su *magna* inventiva, pues trátase de uno de esos sabihondos fecundísimos, capaces de atribuír al primer capítulo de la Biblia estas palabras *textuales:* «Dijo Dios: hágase el carlismo oficial; y el carlismo oficial fué hecho».

A este «sabio» rebozado de latines y á todos cuantos saben tanto como él, tan fácil es confundirlos como presentarles cualquier periódico del día, porque entre las noticias más palpitantes verán confirmadas de mil maneras la infalible sentencia de San Pablo.

Flacos eran los insurrectos de Cuba y de Filipinas contra el imperio colonial de España, y la justicia de Dios los escogió para que hundieran nuestro imperio; flacos los tagalos contra el soberbio poder de los yankis, y los están zarandeando que es un gusto; flacos los boers contra la «omnipotente» Inglaterra, y la estuvieron arruinando mucho tiempo; flacos los macedonios contra el formidable poder del Sultán, y lo están poniendo en apurado trance. *Et sic de coeteris.*

Y así fué siempre y así será siempre; «pasarán los cielos y la tierra; pero la palabra de Dios no pasará».

(*Luz Católica,* núm. 80=17 Abril 1902).

CAPÍTULO IX

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN LA VOCACIÓN DE ESPAÑA

CAPÍTULO IX

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN LA VOCACIÓN DE ESPAÑA

I

El pueblo de los profetas.

Nabucodonosor en España.

El pueblo de quien más grandes cosas anunciaron los Profetas bíblicos es España, sin género alguno de duda, después del pueblo hebreo, cuyo sucesor y heredero es el nuestro, según prueban los artículos del Maestro Salazar que publicamos en *La Vocación de España.*

Para los que no poseen dicho libro ponemos este capítulo, en el que son muy de recordar *Los destinos de España y el Gran Monarca,* puesto arriba en el capítulo VIII, así como los varios lugares en que se prueba ser España la llave de los destinos del mundo.

El celebérrimo Padre jesuíta Antonio de Vieyra consagraba á las profecías bíblicas que nos atañen un larguísimo y eruditísimo capítulo en su *Prólogo á la Historia de lo futuro.* ¡Lástima que no hubiera llegado á escribir la historia misma! No siéndonos posible

copiarlo por entero, nos ceñiremos á lo que escribe sobre la profecía de Abdías, que es lo siguiente:

«El Profeta Abdías, en un capítulo sólo que escribió, también habló de las conquistas de España (1): *Y los hijos de Jerusalén que fueron conducidos cautivos al Bósforo, poseerán las ciudades del Mediodía.* (Abd. 20).

La palabra hebrea *Sepharad*, de la que San Jerónimo *(hic, apud Alapide)* vertió Bósforo, significa término, límite y fin. Esta misma palaba *Sepharad* es nombre con que los hebreos llaman á España; porque en ella está el estrecho que divide á Europa de Africa, y España era el término, límite y fin qne los antiguos conocían en el mundo, como testifican de una y otra parte las columnas de Hércules, y de otra el cabo de *Finisterrae.*

«Toda la explicación es común y cierta entre los autores más peritos de la lengua hebraica, Vatablo, Pagnino, Brugense, Arias, Lizano, Isidoro, Clario y los demás. *(Aláp. hic.)*

Dice ahora el Profeta Abdías, que la transmigración de Jerusalén, que pasó á España, vendría tiempo en que poseyese las ciudades del Austro (que son Africa y América).

«Pero sobre la transmigración de Jerusalén, de que Abdías habla, hay dos opiniones entre los autores. Arias Montano, Fray Luis de León, Malvenda y otros, tienen para sí que habla de la transmigración de Nabucodonosor; el cual habiendo conquistado á Jerusalén y pasado sus habitadores á Babilonia, de allí mandó parte de ellos á España, por ser parte de esta provincia conquista suya, como refieren Josefo (*Lib.* 2 *Antiq. c.* 2), Estrabón y otros graves autores; y que vino el mismo Nabuco en persona á hacer esta guerra.

«De estos hebreos, ó desterrados ó traídos por Nabuco, quedaron muchos en España, por la cual fortuna, como notó San Agustín en la muerte de los Infantes de Belén, no tuvieron parte en la de Cristo, y conservaron su antigua nobleza; y de ellos, como escriben muchas historias de España, fueron fundación la insigne ciudad de Toledo, Maqueda, Escalona y otras. Así, quieren también que de Nabuco traiga su apellido la ilustre familia de los Osorios.

«De esta transmigración, pues, dicen Montano y los

---

(1) «De Portugal» dice aquí el autor, como buen portugués; pero él mismo reconoce en cien lugares que el pueblo de las profecías es España, de suerte que cuando las aplica á Portugal, es considerándolo como parte de la península española; y en estos mismos párrafos se verá que no puede negar á España lo que de derecho divino le pertenece.

demás arriba alegados, se ha de entender el texto de Abdías; y como el Profeta, propia y literalmente, en este lugar hablaba del mismo cautiverio de Babilonia, es consecuencia muy ajustada que de la profecía del destierro pasó, para consuelo de los mismos desterrados, á una felicidad tan extraña que de ellos había de tener principio, cual es la que luégo diremos.

«Nicolao de Lira, Vatablo, Foverdencio y otros, entienden por esta transmigración de Jerusalén la que hizo Cristo, mandando de aquella ciudad y esparciendo por el mundo sus Apóstoles, entre los cuales cupo España á Santiago; y él, por medio de sus Discípulos, la convirtió toda á la Fe, y desterró de ella la gentilidad.

«En hebreo, dice Lira, en lugar de Bósforo se lee *Saphа-«rad*, esto es, España; en donde según el rabino Salomón, se «cumplió el texto por Santiago Apóstol y sus Discípulos, y «en donde primeramente predicaron la Fe de Cristo y subyu-«garon la cerviz de los gentiles.

«Y cumplida en Santiago la transmigración de Jerusalén, que es la primera parte de la profecía, en sus Discípulos, que son los que en España recibieron y conservaron siempre la Fe que él les había predicado, se cumplió la segunda parte de ella, siendo éstos los que después de tantos siglos vinieron á dominar y poseer las regiones del Austro.

«Así lo entienden también, siguiendo esta segunda exposición, Cornelio, Josef de Costa, Antonio Caraciolo y otros: de manera que todos estos autores concuerdan en que la profecía de la conquista de las regiones del Austro, se entiende de España; y discordan sólo en la inteligencia de la transmigración de Jerusalén, entendiendo unos que es la de Nabuco, por los judíos pasados á España, y otros que es la de Cristo, por los Apóstoles cuando vinieron á predicar á ella».

Hasta aquí el P. Vieyra; pero nos parece que la profecía no está bien interpretada, como sucede con tantas otras. El verso donde el Profeta habla de la transmigración venida á España, es el penúltimo. Antes de él hay veinte, todos relacionados con el desenlace que señala el mismo verso, y ninguno parece haberse cumplido enteramente. Es más; ni siquiera este mismo verso se ha cumplido sino en parte.

Luego si se refiere á España, en lo cual no hay duda, es profecía de lo futuro tanto como de lo pasado: llegará un día en que el verso tendrá entero cumplimiento, y será cuando triunfe el Gran Mo-

narca por tantos profetas anunciado, y descendiente quizá de los judíos españoles convertidos pronto á la Fe, y que ninguna parte tuvieron en la muerte de Cristo, para que de este modo se explique por qué algunos profetas le llaman hijo de David.

Lo cierto es que al sobredicho verso sigue otro con que termina la profecía, y es un compendio de todas cuantas profecías hemos publicado sobre la regeneración general por España. Dice así:

«Y subirán salvadores al monte de Sión (ya hemos probado que es la España tradicional), los cuales juzgarán al país de Esaú, Y REINARÁ EL SEÑOR».

(*Luz Católica*, núm. 89=19 Junio 1902).

Presente y futuro de España.

«¿Por ventura ha desechado Dios á su pueblo? No por cierto... No ha desechado Dios al pueblo suyo, al cual conoció con su presciencia. ¿No sabéis vosotros lo que de Elías refiere la Escritura, ó de qué manera se quejó á Dios contra Israel? «¡Oh Señor!, dijo; mataron á tus Profetas, demolieron tus altares, he quedado yo solo, y aún atentan á mi vida». Mas ¿qué le respondió el divino Oráculo? *Héme reservado siete mil hombres que no doblaron su rodilla ante el ídolo de Baal.*

«Pues de la misma suerte se han salvado en este tiempo algunos que fueron reservados por Dios según la elección de su gracia. Y si lo fueron por gracia de Dios, claro está que no lo fueron por las obras de ellos; de otra suerte la gracia no sería tal.

«Por esta razón Israel no halló lo que sin fe buscaba; mas lo hallaron los escogidos por Dios, quedando ciegos todos los demás, según está escrito: *Dios los ha castigado, dándoles hasta hoy un espíritu de estupidez ó contumacia, y ojos para que no vean, y oídos para que no oigan.*

«David dice también: «Venga á ser para ellos su »mesa un lazo donde queden cogidos y una piedra de »escándalo, en justo castigo suyo. Obscurézcanse de »tal manera sus ojos, que no vean, y encórvese su »espalda cada vez más hacia la tierra».

»Si pecando han fomentado la riqueza del mundo, y desmereciendo ellos han prosperado las naciones, ¿cuánto más sucederá esto con su plenitud ó restauración futura?

«Con vosotros hablo, ¡oh gentiles! Ya que soy el Apóstol de las Gentes, he de honrar mi ministerio.» —*(Epístola de San Pablo á los Romanos, cap. XI).*

«Contó Acab á Jezabel cuanto había hecho Elías y cómo había pasado á cuchillo todos los profetas de Baal, sin dejar uno, y envió Jezabel á decir á Elías: Trátenme los dioses con todo rigor, si mañana á estas horas no te hubiese dado yo el mismo fin que tú diste á cada uno de aquellos profetas».

«Elías, oído esto, se atemorizó y se fué huyendo por donde le llevaba su imaginación. Al llegar á Bersabée de Judá, dejó allí su criado, y prosiguió una jornada su camino por el desierto; y estando en éste y habiéndose sentado á descansar á la sombra de un enebro, pidió morirse, diciendo: «Bástame ya, Señor; llévate mi alma, pues no soy yo de mejor condición que mis padres».

«Y tendiéndose en el suelo, quedóse dormido á la sombra del enebro, cuando he aquí que el Angel del Señor le tocó y dijo: «Levántate y come». Miró entonces, y vió á su cabecera un pan cocido al rescoldo y un vaso de agua. Comió, pues, y bebió y se volvió á dormir; mas el Angel del Señor le tocó por segunda vez y le dijo: «Levántate y come, porque aun te queda largo camino que andar».

«Levantóse Elías, comió y bebió, y confortado con aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches, hasta llegar á Horeb, montaña de Dios. Lle-

gado allá, hizo asiento en una cueva; y dirigiéndole el Señor la palabra, le preguntó: «¿Qué haces ahí, Elías?» A lo que respondió él: «Me abraso de celo »por tí, oh Señor Dios de los Ejércitos, porque los »hijos de Israel han abandonado tu alianza, han des»truido tus altares, han pasado á cuchillo tus profetas: »he quedado yo solo, y me buscan para quitarme la »vida».

«Díjole el Señor: «Sal fuera, y ponte sobre el »monte en presencia del Señor, y he aquí que pasará »el Señor, y delante de él correrá un viento fuerte é »impetuoso, capaz de trastornar los montes y quebran»tar las peñas: no está el Señor en el viento. Después »del viento vendrá un terremoto; tampoco está el Se»ñor en el terremoto. Tras el terremoto un fuego; »no está el Señor en el fuego. Y tras el fuego *el soplo »de un aura apacible y suave»*. (En esta aura de paz estaba el Señor).

«Habiendo oído esto Elías, cubrió su rostro con el manto, y saliendo fuera, paróse á la puerta de la cueva, y de repente oye una voz que le dice: «¿Qué »haces aquí, Elías?» «Abrasarme de celo, respondió él, »por el Señor Dios de los Ejércitos, porque los hijos »de Israel han abandonado tu alianza, han derribado »tus altares y pasado á cuchillo tus profetas; he que»dado solamente yo, y me buscan para quitarme la »vida».

«Díjole el Señor: «Anda y vuélvete por el mismo »camino del desierto hacia Damasco, y llegado allá, »ungirás á Hazael por rey de Siria; y á Jehú, hijo de »Namsi, le ungirás rey de Israel; y ungirás también á »Eliseo, hijo de Safat, natural de Abelmeula, por pro»feta sucesor tuyo. Y sucederá que el que escapare de »la espada de Hazael, será muerto por Jehú; y al que »se librare de la espada de Jehú, le hará morir Eliseo. »Mas *Yo me reservaré en Israel siete mil varones que »nunca doblaron su rodilla ante Baal, ninguno de los*

»cuales ha besado su propia mano en señal de adorarle».
—(Libro III de los Reyes, cap. XIX).

QUI POTEST CAPERE, CAPIAT.

(*Luz Católica*, núm. 24=14 Marzo 1901).

Visión apocalíptica.

¡Admirable y terrible visión la del capítulo XII del Apocalipsis! En pocas palabras describe el Vidente la guerra implacable del dragón infernal con la Mujer, la Esposa del Cordero, la Iglesia de Cristo, guerra que con la primera venida del Dios-Hombre empezó y sólo con la segunda acabará, que así conviene para castigo de los réprobos y merecimiento de los escogidos.

Admirable y terrible visión la de ver al dragón arrastrando con su enorme cola la tercera parte de las estrellas de la Iglesia; poniéndose frente á la Mujer para devorar á su Hijo Varón en el acto mismo del alumbramiento, porque este Hijo Varón ha de regir el mundo con cetro de hierro para acabar con los malos; librando una tremenda batalla con San Miguel y sus Angeles, ó con el Papa, el Clero fiel y los católicos de acción; cayendo vencido para sacar fuerzas de su derrota y perseguir con nueva saña á la Mujer; arrojando de su boca un río de persecuciones para anegarla; persiguiendo luégo con saña infernal á todo el linaje de ella; yéndose después á la arena para recibir á la gran bestia que sube del mar y darle todo su poder...

Admirable y terrible visión que parece escrita expresamente para nuestros tiempos, porque en ellos más que en otro alguno se verifica.

Apenas hoy se puede hablar de estas cosas: entre los mismos católicos prácticos abundan los que menosprecian toda profecía, y hasta el Apocalipsis parecen tomar á beneficio de inventario, no reparando, los infelices, en que de esta suerte vienen á ser victimas

desgraciadas en la lucha horrible del dragón con la Iglesia.

Por ellos no me atreveré á exponer aquí una opinión acerca de la admirable Mujer apocalíptica; que no sólo representa la Virgen Inmaculada y la Iglesia de Cristo; no sólo parece tener un sentido literal-metafórico, alegórico, místico, moral ó anagógico, según se la considere, sino también un sentido literal histórico ó propio que hasta hoy no ha sido descubierto. ¡Se reirían de mí esos creyentes incrédulos, si yo tratara de explicarlo! ¡Valgo tan poco y soy tan pequeño para cosa tan grande!...

Así es; pero si ellos olvidan la confesión del divino Maestro, yo no: «Confiésote, Padre mío, Señor de Cielos y tierra, porque á los sabios y prudentes escondiste estas cosas y las revelaste á los pequeños; porque ese, ¡oh Padre!, fué tu beneplácito».

¡Patria mía, Patria mía! ¡Cuán grande fuiste, cuán pequeña eres, cuán grande y santa serás!

De los humildes, de los pobres, de los pequeños es el imperio universal que nace con los albores del nuevo siglo, tras el siniestro fulgor de una guerra general que ha de anegar en sangre á los soberbios y á los poderosos confiados en sus máquinas de guerra. «Maldito el hombre que confía en el hombre y pone en la carne el brazo de su poder», dice la Palabra de Dios: «aniquilados fueron, confiando en su virtud».

No soy profeta, lectores amables; pero os aseguro que se cumplirá lo que anuncio, y no tardará.

Preludio de esta mudanza de la diestra del Altísimo es la guerra apocalíptica que, repitámoslo, hoy más que nunca hace el dragón infernal á los pequeños de Dios. Ha logrado arrastrar ya con su cola, esto es, con la hpocresía y la traición, ó lo que es igual, con el liberalismo, la tercera parte de las estrellas de la Iglesia, y ahora se ha puesto en presencia de la Mujer que

va á dar á luz un Hijo Varón, para arrebatárselo y devorarlo así que nazca.

Este Hijo Varón es un gran Monarca que se levantará del polvo, y es el invencible ejército de los pequeños, que por él lucharán á la sombra de la Cruz. De este Hijo Varón nos ha dicho San Francisco de Paula cosas magníficas, acorde con mil profetas más, y al mismo Hijo Varón y á su tiempo y su guerra alude aquella venerable profecía que, si no es de San Vicente Ferrer, merece serlo; profecía cumplida en una parte y cumpliéndose actualmente en otra, como que describe el presente estado social, político y económico de la heroica Cataluña. Repitamos algo de ella.

Cuando este estado llegue, «los días no distarán,—dice la profecía,—estarán ya á las puertas. VERÉIS UNA SEÑAL Y NO LA CONOCERÉIS; pero advertid que en aquel tiempo *las mujeres vestirán como los hombres* (alude en primer lugar á las mujeres biciclistas) y vivirán según su gusto y licenciosamente; los hombres se adornarán vilmente como las mujeres (estas señales son diferentes de aquella que al principio no se ha de conocer). Llorarán los grandes; *los pequeños se levantarán hasta perderse de vista:* en ellos estará la fuente de la gracia y la influencia del cielo. Su Príncipe *demostrará el esplendor de su fe.* Esto causará mucho ruido y mucha admiración á todos; pero no os admiréis demasiado, que sólo se debe á Dios. La justicia estará por este Príncipe, y su Causa, defendida con humildad y pobreza, correrá á cuenta de Dios».

El mismo profeta anuncia que este Príncipe vencerá al dragón y le quitará las entrañas. En otra parte hemos puesto también lo que se refiere á Cataluña.

Una fase de la múltiple guerra que hoy está haciendo el dragón infernal á los fieles de Cristo es la de vulgarizar lo sobrenatural por medios naturales, hasta hacerlo ridículo y despreciable; es tener muchos «profetas» que inspirados por él acierten en algunas cosas futuras, deshonrando con su vida y doctrinas la verdadera profecía. Siempre derrotado y siempre contumaz y furibundo, recomienza el ataque por un lado

así que lo pierde por otro, se viste de luz cuando no le valen las tinieblas, preséntase amable cuando es burlada su saña, y con tan pérfidas artes causa destrozos inmensos en la Cristiandad, aventando, por divina disposición, la paja, para que quede puro el trigo de los escogidos.

(*Luz Católica*, núm. 12=20 Diciembre 1900).

II

La salvación de España.

Lo porvenir de España.

Trasladaremos aquí, á título de mera curiosidad, una de las muchas predicciones que nuestros amigos han tenido la bondad de darnos á conocer, y de las cuales ninguna hemos publicado por razones de prudencia. La que vamos á publicar nos fué comunicada á 26 de Abril de 1901 por un distinguido amigo y suscriptor nuestro, excelente católico español, y persona de mucha importancia en Matanzas (Cuba), donde reside. Fíjense bien nuestros lectores y verán que está absolutamente de acuerdo con todo la anunciado en *Luz Católica.* Dice así:

«Cuando estuve hace tres años en Lima, capital del Perú, donde aun vive el Sr. Obispo de Loja (desterrado), al tener la altísima honra de ser presentado á él en el convento de Descalzos Franciscanos, españoles casi todos, me dijo lo siguiente:

«Recordaba que un religioso de vida muy santa, que fué sú confesor, y del que se está en la actualidad corriendo expediente de beatificación, le había manifestado, hace como cincuenta años, que España tendría *una guerra terrible y funesta con una nación poderosa, á fines del siglo últimamente pasado;* pero que EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL NUEVO SIGLO, COMENZARÍA SU REGENERACIÓN, y había de llegar luego á ser LA NACIÓN MÁS PODEROSA DEL MUNDO.

«Tal vez haya usted leído en *El Siglo Futuro* una carta del Sr. Obispo de Loja dirigida al Sr. Nocedal, en la que felicita á este señor muy especialmente. De ahí deduzco que aun vive, y creo que tenga de unos 92 á 95 años en la actualidad. De él oí á varios religiosos decir que había obrado muchos milagros; y á la verdad, el estar en su presencia hace animar el espíritu de no sé qué santa confusión...»

Si el santo religioso profeta de quien aquí se habla, no es el Venerable Padre Coma, franciscano catalán, por lo menos sabemos que este Padre anunció algo semejante; y nosotros tenemos todo eso por absolutamente cierto que así ha de ser, aun prescindiendo de esta y otras predicciones.

(*Luz Católica*, núm. 49=5 Septiembre 1901).

¿Cuándo se salvará España?

Cuando un español por cada trescientos, animado de aquel espíritu que el gran profeta San Francisco de Paula descubrió en los Crucíferos que van á aparecer, diga sinceramente con San Pablo:

«¿Qué diremos ahora? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó á su propio Hijo, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo, después de habérnosle dado, dejará de darnos otras cosas?

»Así, pues, ¿quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Acaso la tribulación, ó la angustia, ó el hambre, ó la desnudez, ó el riesgo, ó la persecución, ó el cuchillo? Cierto que padecemos todo esto, según está escritó, siendo entregados cada día á la muerte y tratados como ovejas destinadas al matadero; pero en medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de Aquel que nos amó.

»Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni Angeles, ni Principados, ni Virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la violencia, ni cuanto hay de más alto ó de más profundo, ni otra criatura alguna podrá jamás separarnos del amor de Dios que se funda en Jesucristo Señor nuestro». (Rom. VIII)».

Cuando un español por cada trescientos, repetimos, esté animado de este espíritu como está el pequeño ejército de la Cruz que se forma, España se salvará y por ella se salvarán todas las naciones.

Uno por cada trescientos, sumarían unos sesenta mil... Menos bastan; los 300 de Gedeón; pero quiere el Señor que esta restauración sea obra de muchos más, ya que muchos más son los culpables.

(*Luz Católica*, núm. 71=13 Febrero 1902).

La Fe nos salvará.

«El Señor, fué dicho á Elías, se reservará en Israel siete mil varones que nunca doblaron su rodilla ante Baal».

Paréceme que no á todos los que blasonan de católicos agradará la aplicación que hacemos de estas palabras. ¿No ha de haber en España más que siete mil católicos, cuando hasta el *h.·. Paz* se proclamaba en pública sesión del Congreso «más católico que Mella»?

No vamos á discutir sobre el número de católicos; pero si por diez justos hubiera perdonado el Señor á la inmunda Sodoma, por la que Abraham rogaba, raro es que no perdone ya á esta España donde tanto abundan los «justos» ó los «buenos católicos». Además, recordamos que, de tantos millares de combatientes como se unieron á Gedeón contra Madián, sólo trescientos fueron hallados aptos para el combate.

El Apóstol no osó decir que hubiese en su tiempo siete mil varones fieles como en el de Elías. «Se han salvado de la corrupción, dijo, *algunos* que fueron reservados por Dios». Menos osaremos nosotros aumentar en España este número: *algunos*...

Es más; tal costumbre hay de olvidar en la vida práctica el Gobierno de la divina Providencia, que hasta los mejores dudan y preguntan como Marta, quizá juzgándose cada uno tan solo como Elías: «Señor, ¿por qué no reparas que mi hermana me deja sola en las faenas de casa?»

Falta de fe parece suponer esta pregunta. Dios repara en eso y en todo, y lo dispone todo, y lo gobierna todo. La respuesta del Salvador es una reconvención: «¡Marta, Marta! María escogió la mejor parte, y no le será quitada».—«Se han salvado algunos que fueron reservados por Dios...» *Tampoco á estos les será*

quitada su parte: la fe de Abraham recibirá su premio, como el suyo la de María.

Pero malgastan los católicos su tiempo y sus energías en discutir si ha de ser así ó asá, si han de creer tanto ó cuanto, si han de buscar vida en este ó aquel remedio, si han de unirse en ó con estos ó los otros... *Liti gabant ergo judei:* análoga era la polémica de los judíos acerca de la vida espiritual que prometía el Redentor á los participantes de su Cuerpo y Sangre. Sin embargo, Jesús no quiso darles explicaciones, que bastantes había dado ya; lo que hizo fué amenazarles por su falta de fe diciéndoles: «Si no comiereis, no tendréis vida».

Debiéramos temblar ante esta amenaza que abarca más de lo que suena la letra. «No sólo de pan vive el hombre», dijo el Salvador. «El justo vive de la fe», dijo el Apóstol. De la fe vivió y ha de vivir España, de la fe con obras, porque «la fe sin obras está muerta».

¿Que hay en España millares de creyentes? Es verdad, y no sólo millares, sino millones; pero ¿y las obras? No se repara que la fe de casi todos ellos no es según Dios, sino según la propia voluntad. Creen por seguir la corriente, por el *qué dirán*, por costumbre de familia, por interés propio, por... ¡qué sé yo! Cuando llegue el día del gran castigo, no nos ha de salvar esa fe, porque nada más que nuestra voluntad hallará Dios en lugar de la fe verdadera. *In die judicii vestri invenietur voluntas vestra.* Aunque, á decir verdad, estamos ya juzgados, la sentencia está dada, y su inminente ejecución será terrible. *Qui non credit, jam judicatus est.*

Y ¿por qué en esta Patria infortunada hay tanta falta de fe activa? Buscad la razón en el maldito liberalismo, que á todos ha inficionado más fácilmente que el arrianismo en el siglo IV, y sabréis que, si las verdades ya no se creen, ó si se creen á medias, que tanto vale como no creerlas, es cabalmente porque

son verdades, pues hoy ya no se cree más que la mentira: hemos vuelto al tiempo de los fariseos. «Si os digo verdad, no me creéis», decíales Jesús; lo cual el doctísimo Maldonado interpreta de este modo:

«No me creéis, y es porque no miento como el diablo vuestro padre; sino porque os digo la verdad. Si os dijera mentira, me creeríais, pues acostumbrados estáis á creer en las mentiras del diablo».

¿Lo aseguran los incrédulos? Luego es mentira.—¿Lo niegan? Luego es verdad.—Esta era antiguamente regla de criterio, que hoy se ha trocado de este modo: ¿Lo dicen Dios ó sus siervos? Pues es mentira, ó por lo menos es dudoso.—¿Lo dicen los liberales? Pues trazas lleva de ser verdad.

Casi todos los «católicos» de fe sin obras se atienen prácticamente á esta regla. Por dudar de todo, hasta de la presciencia de Dios dudan muchos que pasan por buenos católicos, puesto que se ríen de toda profecía, y hasta las canónicas ponen en tela de juicio, particularmente el Apocalipsis: decimos lo que mil veces hemos oído.

Y con todo esto, los tales son como Balam; no creen á Dios y acaban por creer á una pollina; desconfían de los profetas y de los Santos y se van á consultar á una pitonisa como Saúl el reprobado; búrlanse de profecías y dogmas, y siguen como borregos el dictamen de cualquier cabecilla de partido. Permítannos que les traigamos á la memoria el castigo de aquellos rapaces de Samaria que se burlaban de Eliseo en cuanto á Profeta: fieras del bosque se precipitaron sobre ellos y los devoraron, anegando en sangre las burlas.

En verdad, algunos empiezan á ver; pero como el ciego del Evangelio, ven todavía muy turbio: *video homines sicut arbores ambulantes*... No basta eso, no, ni basta siquiera la fe de la mayoría de los católicos: es necesario que haya más fe, mucha más fe, que

sólo la fe puede salvarnos. Por algo profetizó San Vicente Ferrer que «el príncipe de los pequeños,—de los que han de obrar la restauración,—*demostrará el esplendor de su fe*».

«La fe ha de salvar á España», decía y repetía el gran Aparisi Guijarro.

(*Luz Católica*, núm. 24=14 Marzo 1901).

«Reinaré en España.»

¿Por qué el Sacratísimo Corazón de Jesús prometió, apareciéndose al V. Padre Hoyos, que reinaría en España, distinguiéndola con predilección entre las demás naciones?

«Las cosas invisibles de Dios, dijo el Apóstol, se hacen visibles por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas». Según este principio, la historia sirve para conocer la economía del gobierno de la divina Providencia en los hombres, filosofando á la luz de la Fe; y por la misma razón, el criterio católico filosófico puede rastrear la razón por qué el Señor distingue á un pueblo, predestinándole para una misión especial.

Así, pues, no nos sería muy difícil descubrir algunos de los motivos por qué el amantísimo Corazón de Jesús prometió que reinaría en España con predilección; pero preferimos que sean nuestros mismos lectores quienes filosofen sobre este punto, porque más convence á cada uno la verdad hallada por él mismo que la que otro le descubre. Nos concretaremos, pues, á suministrar ligeramente algunos datos que sirven para filosofar sobre la materia, demostrando que siempre dispensó el Señor cierta predilección á nuestra amada Patria.

Tenemos por fundadísima opinión la de que el Paraíso terrenal era el país que luégo se llamó *Iberia*, después *Coltchida*, hoy *Armenia*. Allí nació el género

humano. De allí vinieron á España tribus que la poblaron muy pronto, y de ellos tuvo por nombre *Iberia*, así como su río principal *Ibèro*.

No menos fundada nos parece la opinión de que el *Reges Tharsis et insulae munera offerent*, de David, se refiere al Tarteso de Andalucía, entonces población importantísima, y á las demás regiones españolas. Ello es que está fuera de duda que gran parte del oro y plata reunido por Salomón para la edificación del Templo procedía de España, con la cual sostenían un comercio muy activo Tiro y Sidón. Los Macabeos hablan de «las cosas grandes acaecidas en España»; y mucha debía ser entonces la importancia de esta nación, cuando Nabucodonosor, según otra opinión que no puede sólidamente ser impugnada, llegó en una expedición hasta Toledo, dejando allí gran número de judíos que llevaba cautivos desde Babilonia.

Formaron éstos en Toledo una Sinagoga, tan ilustre y sabia como la de Jerusalén; y al empezar Jesucristo su evangelización, fué aquélla consultada por ésta sobre si Jesucristo sería realmente el Mesías. La respuesta de la Sinagoga toledana, según antiquísimos autores, fué que realmente lo era.

Así, pues, los españoles fueron los primeros que reconocieron la divinidad de Jesucristo; y por añadidura, reconociéronlo igualmente el Centurión en el Gólgota, que era español, y la mujer de Pilatos, que también lo era.

Según San Agustín, los cántabros adoraban la cruz de tiempo inmemorial y creían en un solo Dios; y esos mismos cántabros se mantuvieron durante siglos en guerra contra Roma, hasta que fué necesaria la paz universal para el nacimiento del Mesías. Entonces se sometieron, y con este memorable acontecimiento empezó la *Era Hispana*, precursora de la Era de Cristo.

Murió el divino Cordero para redimirnos, y poco después San Pedro recibió del cielo orden terminante

de admitir en la Iglesia al Centurión Cornelio y su familia y servidumbre, todos españoles; de suerte que fueron españoles los primeros bautizados no pertenecientes al antiguo pueblo de Dios.

La esposa del Zebedeo pidió á Jesucristo que en su reino hiciese sentar á los dos hijos de ella, uno á la derecha y otro á la izquierda; y aunque el divino Maestro respondió que eso no podía concederlo él, afirma Santo Tomás de Villanueva que se lo concedió místicamente, porque á San Juan se le encargó el cuidado de la Virgen María y la primacia del Asia, que está á la derecha de Roma ó Sede de la Iglesia, y á Santiago España, que está á la izquierda.

Recorrieron todos los Apóstoles países inmensos; sólo estos dos se ciñeron á pequeños territorios. Santiago se consagró á España sola, privilegio muy grande si se tiene en cuenta que era primo hermano de Jesucristo, según la sangre. Para morir mártir salió de España; pero á España volvió su cuerpo por medio de un estupendo milagro.

Pareció pocó al Señor que viniese su primo Santiago, y luégo vino su divina Madre en carne mortal, prometiendo que la Fe viviría siempre en España hasta la consumación de los siglos. Luégo nos visitó San Pablo; y según varios autores, el mismo San Pedro.

Ningún pueblo de la tierra puede gloriarse de otro tanto, ni de la mitad siquiera; pero aun hay más.

La nación que cuenta con más santos en el Martirologio, es España; la nación que tiene más templos, más advocaciones de la Virgen María y más nombres de santos en sus calles, caminos, edificios, etc., es España; la nación destinada á quebrantar el poderío de la Media Luna, es España; la nación que estuvo siempre en guerra con las herejías y las sectas, y la que abatió más veces las armas de los herejes, es España; la nación que tuvo mayores sabios, mayores artistas, mayores capitanes y conquistadores, es España; la

nación que tuvo el imperio más vasto que hubo en el mundo, es España; la nación que atendió al despreciado Colón y le dió medios de descubrir las Américas, es España; la nación que, si alguna vez padeció herejías importadas, ninguna original vió surgir en su seno, es España; la nación más creyente, más belicosa, más grande en todo, es España.

Más aún: España es la única que ha merecido de la Santa Sede el título de Católica, desde que el Vicario de Jesucristo llamó Católicos á nuestros Reyes Isabel y Fernando; y España la única que ha trabajado eficazmente en que sus reyes fueran en todo semejantes al divino Rey, sobre lo cual decíamos no ha mucho en un estimado colega, fundándolo en notables razones:

«Cuadra mejor á un rey español que á otro cualquiera la semejanza con Cristo Rey. De lo cual han sido siempre tan celosos los estadistas y políticos de la España tradicional, que en ningún otro pueblo se han ejercitado tantos y tan ilustres ingenios en publicar libros y tratados para instrucción y edificación de los príncipes, partiendo todos estos autores de las bases de gobierno sentadas por Cristo Rey, para darles la aplicación que los destinos, historia y carácter de España reclamaban».

Bien podemos enorgullecernos santamente de ser españoles; que si hoy se menosprecian tantas glorias y estamos casi anonadados, el Corazón de Jesús prometió que reinaría en España, y por lo tanto es infalible que España se regenerará y volverá á ser grande, más grande que en lo pasado. Los hombres previsores lo comprenden y afirman, los profetas lo anuncian y Dios mismo nos lo promete.

(*Luz Católica*, núm. 89=19 Junio 1902).

En la cumbre del *Tibidabo*, según la terminante profecía de Dom Bosco, que así lo predijo hace unos doce años, se ha colocado la primera piedra del magnífico y grandioso templo que en honor del Sagrado Corazón de Jesús se ha de construir.

Asistieron al acto el Emmo. Cardenal Casañas y los Rdos. Obispos de Lérida y Solsona. Estuvieron representadas todas las Asociaciones y Congregaciones religiosas de Barcelona y acudió un concurso de gentes extraordinario.

Esta fiesta en la cumbre del Tibidabo hará época en los gloriosos fastos de la Ciudad Condal, y demostrará una vez más que, si Barcelona es la primera ciudad de España en el desarrollo de la riqueza pública, marcha también á la cabeza de todas en el desenvolvimiento moral y religioso.

¿Si será verdad que Barcelona ha de llegar á ser, no sólo eso, sino también el futuro centro político é industrial del mundo? Tantas vueltas da la historia, que no nos maravillaría, y por otra parte, Barcelona lo merece.

(*Luz Católica*, núm. 119=15 Enero 1903).

III

Apuntes de historia (1).

La vocación de España con relación á la Santísima Virgen.

I.—Habían recibido ya los Apóstoles el Espíritu Paráclito; iban á dar cumplimiento á la profecía del Vate Real llenando la tierra con su palabra y haciendo llegar su sonido hasta los confines del orbe.

Reunidos entonces para formular el credo que predicar debían, cada uno iba pronunciando una de las cláusulas ó dogmas que le constituyen.

Llegado el turno al Apóstol que debía verificar la unión de la gran izquierda con la derecha santísima, esto es, de España con María, dijo:

FUÉ CONCEBIDO POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO; NACIÓ DE SANTA MARÍA VIRGEN.

Definiendo así los dogmas del credo católico referentes á la Virgen Santísima, demostraba el carácter de su misión en España; manifestaba que España sería la primera nación en obsequiar á la Madre del Concebido por obra del Espíritu Santo, así como él era el primero en definir este dogma; evidenciaba el favor especialísimo que nos dispensaba la Virgen, inspirando la declaración de su Maternidad Divina al Apóstol precisamente que bajo su protección debía evangelizar la España y consagrarla á su amor fecundo.

Los sucesos vinieron á confirmarlo muy pronto.

Refiere un antiguo códice membranáceo del archi-

(1) Considerando que tal vez pocos lectores de esta *Apología* poseerán todo cuanto hemos escrito sobre la materia de este capítulo, en gracia de ellos tomamos de diferentes obras nuestras los artículos siguientes.

vo del Pilar de Zaragoza, que al tiempo de recibir la bendición de María para venir al extremo Occidente, Santiago tuvo el consuelo de oír estas palabras de boca de la Señora:

«Vé, hijo, cumple el mandato de tu Maestro. Por Él te ruego que me erijas un templo en España, en la forma que yo mismo te daré á entender más adelante».

Pasó algún tiempo, muy poco, y un Apóstol oraba ya con sus discípulos en las márgenes del Ebro, junto á Zaragoza. Allí se le apareció la Inmaculada Virgen, en cumplimiento de su promesa, y entregándole su propia imagen y empeñando su maternal palabra de que el Pilar permanecería incólume hasta el fin de los tiempos y nunca faltarían en España verdaderos adoradores.

Agradecida, en efecto, la divina Protectora al amor con que la recibieron nuestros primeros creyentes, hizo que España fuera desde luego la admiración de todos los pueblos de la tierra, los cuales, atónitos, contemplaron la rápida y universal conversión de los iberos á la fe cristiana.

Ninguna nación respondió tanto y tan pronto como España al llamamiento de Dios y al amor de María. Legiones de creyentes salieron de las entrañas del paganismo, y el culto de la Virgen fué abrazado calurosamente en toda la extensión de la península.

Cuando casi todos los países yacían aún sumergidos en la abyección pagana, «cuando las Galias—decía Tertuliano—sólo contaban algunos pueblos creyentes en Cristo, *Hispaniarum omnes termini*, todas las partes de España gozaban ya de la luz evangélica».

Es decir, que por la Virgen fueron desde luego los españoles hijos de Dios, dando ejemplo á las demás naciones y colocándose al frente del movimiento cristiano, si no es que al frente estuviesen desde que el centurión Cornelio fué el primer pagano llamado á la fe.

A la vez que los españoles eran los primeros en declararse discípulos del Crucificado, eran también temporalmente los maestros y señores de los hombres. La Virgen, derecha de la Iglesia, había de preparar la izquierda, todavía débil, para ejecutar de común acuerdo los trascendentales hechos dejado por Dios á cargo suyo y de España; y nos preparó, haciéndonos dominar al mundo como señores y maestros.

España, tratada en un principio al tenor de tantas provincias esclavas de Roma, dió á ésta el primer Emperador y el primer Cónsul extranjeros, el fundador de la primera universidad de estudios, los primeros maestros de elocuencia, los primeros astrónomos y geógrafos del Lacio, los primeros que obtuvieron los honores del triunfo y la corona de oro, y en fin, los que por otros varios conceptos dieron al nombre romano gloria inmensa, nunca hasta entonces conquistada.

II.—Los grandes sabios y los sorprendentes santos que ilustraron la España de los primeros siglos cristianos, Pastores los más de aquellas diócesis cuyo número era muy superior al de ahora, en la devoción á María bebieron la humildad prodigiosa que les indujo á ocultar sus talentos á las generaciones venideras, las cuales muy poco saben de sus escritos; pero allí cobraron también la intrepidez sin igual con que desafiaron la crueldad y la saña de los Césares romanos y colocaron á España, por el número de sus mártires, á la cabeza de las naciones cristianas.

Los romanos pudieron arrebatar nuestra independencia política antes de Jesucristo; pero después que María nos le dió á conocer, no pudieron arrancarnos la fe católica. Lejos de eso, como en justo premio de los tormentos sufridos por aquella infinita pléyade de Mártires cuya gloria excede en mucho á la de otras naciones y cuya corona fueron, bajo Diocleciano, las heroínas Justa, Rufina, Paula, Leocadia, Eulalia y Vic-

toria, con los invictos Lorenzo, Narciso, Justo, Pastor, Valerio, Vicente, Ciriaco, Acisclo y los Innumerables de Zaragoza ya nombrados, lejos de arrebatarnos la fe católica, repetimos, nuestra fe católica fué la que cortó el vuelo de las águilas de Roma pagana, haciéndolas caer de golpe al suelo y relegando al campo de lo pasado el imperio universal del paganismo.

Nada hay aquí de exageración. España, por medio del gran Obispo de Córdoba, de aquel Osio cuya vida es la historia de toda una época de gloriosa lucha, ejerció un poderoso ascendiente en el ánimo de Santa Elena y en el de su hijo Constantino, de quien Osio era maestro y consejero, preparándole para recibir del cielo el aviso de su victoria universal y decidiendo su fe vacilante, hasta conseguir que el Lábaro de la Cruz tremolase sobre el Capitolio, por la conversión del Emperador y del mundo.

Siendo Osio el inmediato autor de tan gran mudanza, bien puede España atribuirla á sí misma como una de las mayores glorias concedidas por María su Protectora.

Fruto de la misma protección fué que muy poco después, representada España por el mismo Osio y otros insignes españoles, presidiese el Concilio de Arlés contra los donatistas y enseguida el ecuménico de Nicea, asamblea de Santos la más respetable que nos presenta la historia antigua.

Allí el gran Osio, humillando los embates del arrianismo, abordando las más árduas cuestiones y redactando aquel grandioso símbolo de fe que desde entonces forma parte de la santa Misa, hizo que España, por medio de él y de sus compatricios, fuese la que dictaba al mundo los verdaderos dogmas de salud contra los cuales había de estrecharse en todo tiempo la herejía.

Una de las varias evoluciones del arrianismo reclama nuevo concilio en Sárdica, y allá va Osio con sus

compañeros españoles á presidir, para que Paulo Samosateno caiga condenado y el gran Atanasio se levante victorioso.

El arrianismo, no obstante, se propagó con la rapidez de las sombras que suceden al crepúsculo de la tarde; pero en el mismo Osio, tan benemérito de la verdad como calumniado de herejía, en el muy sabio y heróico S. Gregorio Bético y en otros muchos y notables obispos españoles que de nuevo hicieron valer su ciencia y su energía en el Concilio de Rímini, en el destierro y en todas partes, encontró—según testimonio del gran Atanasio en su historia de esta herejía,—adversarios terribles contra los cuales se embotaron sus dardos envenenados.

Y era que la Virgen nos protegía con toda la eficacia de su maternal solicitud contra la herejía grosera que pretendía arrebatarle los honores de su Maternidad divina rebajando á Jesucristo.

Nueva herejía, aborto de Macedonio, vino á turbar después la Iglesia Católica blasfemando del Hijo y aun más del Espíritu Santo, y por consiguiente de la Madre y Esposa; y España fué tambien la llamada á desvanecer como leve humo esta herejía.

El emperador español Teodosio el Grande, aquel emperador que en su ley *Cunctos quos* mandó dar á los fieles el dictado de CATÓLICOS que hoy tanto nos enaltece, hizo convocar un Concilio en Constantinopla para proscribir la nueva herejía; y el Sumo Pontífice español S. Dámaso, faro espléndido de su siglo, dió á este Concilio carácter de ecuménico.

Completando el símbolo de fe que Osio había redactado en Nicea, para honor eterno de la Santísima Virgen, fué formulado por el nuevo Concilio el *Incarnatus* tal cual hoy se reza.

San Dámaso y Teodosio repartíanse entonces el imperio espiritual y temporal del mundo, secundando mútuamente sus heróicas y trascendentales empresas.

Fervientes á porfía en obsequiar á la Virgen, ambos lucen como espléndidas lumbreras en el cielo de la España mariana.

Bajo la protección de María y con la ayuda de su insigne compatriota Cinegio, Teodosio obtuvo tantas victorias cuantas batallas dió al enemigo.

No hubo quien se resistiese al empuje de su potente espada. Venció á los Hunnos y derrotó á los Godos, que después habían de devorar su cara patria, merced á la debilidad de emperadores que en ella no nacieron, y consiguió, en fin, que la tierra se postrase muda en su presencia, como cantó Rodrigo Caro.

Efecto de su gratitud al favor de la Virgen fueron la célebre *Gismaniah,* ó sea la grandiosa basílica con columnas de mármol que hizo edificar sobre el Sepulcro de la Señora, y otros templos que le erigió en Constantinopla y fuera de ella.

Mientras de esta suerte honraban los españoles á su Virgen fuera de su patria, dentro de ella crecía el amor como inmensa llama que eleva al cielo sus ardientes lenguas.

El obispo Olimpio, por S. Agustín canonizado y puesto al nivel de los Ireneos, Ciprianos, Hilarios y Ambrosios; S. Paciano, también eminente Padre de la Iglesia; S. Paulino de Nola, español por vínculos, por afición y por vecindad ya que no por nacimiento; Juvenco, presbítero, el primer poeta que consagró su númen al Evangelio, cantando las grandezas de la Madre al par de los misterios del Hijo; Prudencio, el poeta celebérrimo cuya inspiración sublime eclipsó á todas las musas cristianas de la Edad Media, y otros muchos que descollaron asombrosamente en la Iglesia de España, fueron la personificación del amor ardiente que aquel pueblo profesaba á su celestial Protectora: y las vírgenes consagradas á Dios y los austeros cenobitas que en España aparecen ya desde los albores del siglo IV, presididos estaban en sus vigilias y mace-

raciones por la que es Madre de toda pureza y encanto de la soledad.

III.—Pasado, pues, el invierno de la tribulación, como flores de una perpetua primavera levantáronse erguidos los templos de la arquitectura cristiana con sus líneas dirigidas al cielo, sus torres que semejaban suspiros del alma que sube á solazarse en Dios y su Madre, sus cúpulas aéreas figurando la bóveda celeste que nos cobija, sus agujas como flechas de amor disparadas del hombre á Dios, y, en fin, sus majestuosos adornos del paganismo ignorados, pero de los españoles más conocidos que del resto del mundo, como que España parecía inspirar su arquitectura sagrada en el pensamiento de la Reina de las bellezas que dominaba todo su ser, y á la cual consagraba la mayor parte de sus templos.

Donde quiera que España tuviera una agrupación de casas, allí desde los primeros siglos se honró á María dedicándole altares, capillas ó iglesias. Sola España, según graves testimonios, llegó á consagrarle más altares que todo el conjunto de las otras naciones que con ella formaban el mundo conocido.

¿Qué importaba, de consiguiente, que las hordas salvajes del Septentrión, invadiendo nuestro suelo como impetuosa avalancha, derribasen todo lo existente como derriba el segador los cereales?

Aquellos bárbaros vinieron acostumbrados á la veneración en que de tiempo inmemorial había tenido el Norte á las Vírgenes del Fresno, árbitras de los destinos humanos, y á las Vírgenes Blancas que, vagando de día sobre los lagos en forma de vaporosa niebla, amenizaban el crepúsculo de la tarde cantando himnos rúnicos sobre las tumbas de los valientes, y sentábanse de noche á la sombra de los pinos para influír desde allí en las vicisitudes de la guerra.

Vinieron imbuídos también del culto que se tributaba á Gesiona, la protectora de las jóvenes castas;

á Falla, la de rubia cabellera prendida con lazos de oro; y á otras poéticas hadas que la fantasía de aquellos pueblos supersticiosos creaba ó admitía á medida de sus necesidades de placer, ternura ó belleza.

Empresa, pues, no difícil era que, como los griegos en su Panagia, encontrasen aquellos pueblos en María todo lo bello que atribuían á sus fabulosas hadas; y á las vírgenes que desde el Fresno repartían los destinos, substituyese la Virgen protectora que desde el cielo sonríe á sus amantes; á las vaporosas Vírgenes Blancas, la Virgen cuya pálida imagen es la sonrosada aurora; á la protectora de las jóvenes castas, la Virgen que de la castidad es Protectora y Madre; á la diosa de rubia cabellera, la Virgen que con uno de sus dorados cabellos aprisionó el corazón del Esposo; y á todas aquellas ridículas divinidades femeniles, la Virgen Madre de Dios, que ante el trono de su Hijo deposita las oraciones y lágrimas de sus devotos y solícita les favorece en todos los trances de la vida, dejando sentir su amable protección, así sobre la humilde choza, como sobre el alcázar más espléndido.

¿Qué importa, repetimos, que estos bárbaros y sus sucesores abrazasen el pendón arriano y declarasen guerra al dogma católico?

María velaba sobre su pueblo: el pueblo de María, por consiguiente, seguro era que no renegaría de su fe.

Si María estaba con España, ¿quién podía descatolizar á España?

Sufriremos el yugo invasor—dijeron nuestros padres,—y si Roma imperial no ha sabido defender sus provincias, el pueblo de la Virgen defenderá su fe hasta convertir á sus tiranos en verdaderos españoles y amantes de la Siempre Pura.

Dada esta consigna, aparecieron de improviso grandes y no pocos siervos de María destinados á la salvación de España y á la conversión del godo.

Orosio, Bachiario, Idacio, Salustio, Apringio y

Profuturo, con los cuatro hermanos Justo, Nebridio, Justiniano y Egidio, obispos todos; y los santos Toribio, Millán, Laureano, Victorián, Martín, Donato, Claudio de León y no pocos más, fueron la avanzada de la fe en aquella época de relajación y de ignorancia universal.

Atentos siempre al inmaculado honor de su Virgen Protectora, á pesar de la bárbara invasión, llevan hasta el Asia la influencia de su fe en los misterios de la divina Madre; y si bien el estado de España no les permite asistir á los Concilios de Efeso y de Calcedonia, entre el Episcopado universal brillan en ellos como astros de primera magnitud por sus escritos y sus consejos, vindicando contra Nestorio y Eutiques los privilegios de la Madre del Dios hecho hombre.

Más tarde, cuando muchos obispos de las Galias casi no sabían leer y el Papa Agathon lamentábase de no encontrar en toda Italia un hombre apto para desempeñar la embajada de Constantinopla, entre otros muchos produjo España de una sola vez varones mil de la talla de Masona, Donato Abad, Liciniano de Cartagena, Severo de Málaga, San Juan de Valclara, San Eutropio de Valencia y los tres hermanos San Leandro, San Fulgencio y San Isidoro, merced á cuyo saber y virtudes, la fe de España y su entusiasmo por María pudo ofrecerse por modelo al mundo católico.

Todos aquellos hombres insignes demuestran su ardiente devoción á la divina Madre, y logran cautivar á suevos y godos que, no pudiendo ya resistir al poder de tantos atractivos, sienten en su corazón apremiante necesidad de alimentarlo con la fe católica.

Entonces, un príncipe godo á quien formó San Leandro en el amor de la Virgen, el héroe San Hermenegildo, da su sangre en testimonio de nuestra fe. La Virgen hace caer una gota de aquella sangre real en el corazón del hermano del príncipe mártir, y Recaredo devuelve á España la unidad y libertad de

la Religión, abrazando nuestra fe con todos los príncipes y magnates de su corte.

IV.—Un preclaro historiador moderno ha dicho: «España, á mediados del siglo VII, podía blasonar de ser la más culta, la más morigerada, la mejor gobernada del mundo; podía presentar la mejor colección canónica y el Código mejor de la época; podía también considerarse como la única que conservaba la liturgia más pura, que hablaba el latín más correcto y elegante, que tenía un Episcopado santo, sabio y compacto».

El Código de aquella época, el *Fuero Juzgo*, es el esfuerzo de la civilización cristiana, que iniciando la abolición de la esclavitud, conteniendo el poder de los grandes, favoreciendo los derechos del pueblo, en una palabra, respondiendo admirablemente á las necesidades de la Iglesia, fué más práctico y eficaz, si no teóricamente más sabio, que las compilaciones de Justiniano y otras legislaciones famosas, y sirvió de modelo á muchos legisladores europeos.

Mas toda aquella gloria acabó con los dos últimos reyes godos, corrompidos y corruptores.

«Dios castiga á los que ama», dijo el Apóstol.

Según esto, podríamos discurrir por el terreno de las conjeturas para probar que Dios amaba á los españoles más que á los de otros países, al menos en cuanto se relacionaban con el desarrollo exterior de su plan divino, cuando tan tremenda irrupción consintió que abatiese á la España del siglo VIII.

No es, empero, el terreno del amor á donde queremos llevar á nuestros lectores, mayormente sabiendo que «en Dios no hay aceptación de personas»; es más bien el terreno del castigo.

Pero ¿será del todo acertado considerar la invasión de los árabes exclusivamente en este sentido? Creemos que no. ¿Acaso la liviandad de D. Rodrigo, el poco recato de la Cava, la sed de venganza de don Julián y otros pecados aislados, podían ser razón

suficiente, á juicio humano, para castigar tan terriblemente á toda una nación por más de siete siglos?

Se dirá tal vez que el espíritu cristiano de la nación se había relajado tanto, que convenía en fuerza de un gran castigo llamarle al primitivo fervor. La historia niega tan gran relajación; pero aunque existiese, ¿es adecuado un castigo cerca de ocho veces secular, y á todas luces espantoso, para purgar algún pecado ó renovar el espíritu de observancia? ¿No dijo el Señor al Padre de los creyentes que por diez justos dejaría de castigar á la ciudad pecadora?

¡Más de diez justos habría en España!

Demos, sin embargo, que no los hubiese á la entrada de los árabes. ¿No es verdad, con todo, que los hubo muy pronto, como luégo nos probarán Pelayo y sus héroes? ¿A qué fin, pues, prolongar el azote hasta hacerlo casi milenario?

No debemos escudriñar audazmente los adorables designios de la Providencia; pero lícito nos es reflexionar sobre ellos para adorarlos y glorificar á Dios.

Concedamos gratuítamente que España merecía un castigo; mas, puesto que no era natural el dárselo tan tremendo, convengamos en que algo más que castigar á España se propondría la amorosa Providencia de Dios.

Ahora bien; ¿en qué consiste ese algo más que Dios se proponía?

Si se tiene en cuenta la sentencia de Jesucristo sobre la necesidad de las herejías y de los escándalos, y por otra parte se considera la rápida y natural multiplicación de los sectarios de Mahoma, tal vez se encontrará la llave de lo que buscamos.

Dada, pues, aquella secta inmunda, dada su multiplicación prodigiosa, por Dios permitida en sus designios inescrutables, y dado el fanatismo avasallador de cuantos la profesaban, ¿no era de temer una irrup-

ción que hundiese en ruínas á toda la Europa? Sin duda alguna.

Convengamos en todo esto, inclinada la cabeza para adorar ciegamente las inaccesibles miras de la divina Providencia.

Sin embargo, había un pueblo que podía dominar á la maldita secta, y este pueblo era el más amante y más favorecido de aquella Reina de las victorias que es «terrible como un ejército puesto en orden de batalla».

Si la irrupción hubiera comenzado por otras naciones, es casi seguro, humanamente juzgando y supuestas las condiciones de la época, que se hubiera paseado triunfante por vastísimos territorios, dominando imperios y continentes.

Por eso Dios determinó que comenzase por España. España, con su sangre encendida, su fe ardiente, su devoción á la Virgen, su amor á la independencia, su carácter belicoso nunca abatido y su heroísmo de muchos siglos heredado, podría dominar lo que no podían otras naciones de menores aptitudes.

El único monarca de quien pudiera sospecharse que, por los grandes ejércitos que podía reunir en su vasto imperio, sería capaz de contener las hordas invasoras, era Carlo Magno; pero Carlo Magno ascendió al imperio medio siglo después de la invasión; Carlo Magno tenía que dividir sus fuerzas para dominar la Aquitania, la Lombardía, la Sajonia, la Baviera, la Bretaña, la Hungría, la Esclavonia y la Bulgaria; y aun cuando su poder no hubiera tenido que dividirse entre estos pueblos y el sarraceno, no siempre fué ejercido en consonancia con los intereses de la nación cristiana invadida, ni fué tanto que pudiese equipararse al de esta, como la suerte de las armas lo probó en la batalla de Roncesvalles.

Carlo Magno venció á los sarracenos en repetidos encuentros; pero si las fuerzas que ellos necesitaban

para luchar sin tregua contra el increíble heroísmo de los restauradores del Pirineo y de la Cantabria hubieran podido acudir á la lucha contra el emperador, ¿no es probable que la media luna hubiera triunfado del imperio?

Síguese, por ende, que España era la única nación capaz de abatir la altivez de la raza agarena, como que desde los romanos hasta el presente siglo ha dado pruebas evidentes de ser la más valerosa de toda Europa, sobre lo cual hemos de aducir brillantes testimonios de algunos extranjeros.

Además, convenía que los siglos venideros entendiesen de una manera clara y evidente, que «no está el vencer en el número de los ejércitos—como á los suyos decía el Macabeo,—sino que del cielo viene la victoria»; convenía que entendiesen cuánto puede un ejército que lucha con fe por la fe y tiene á la Virgen por Capitana suya y aclamándola pelea las batallas del Señor.

Aquel, pues, que encerró los mares en círculo de arena que no transpasarán, detuvo también la invasión mahometana ante fronteras de montañas que jamás pudo doblar á su gusto para invadir á los antiguos pueblos de Europa.

Es más; un día España tomará venganza de aquellos pueblos bárbaros: Africa y Asia serán nuestras; Dios lo ha dicho y su palabra debe cumplirse.

La Virgen y España en la guerra de la Independencia.

En nombre de la Religión ultrajada se hizo aquella guerra, más bien que en nombre del rey cautivo, y en esto convienen todos los historiadores modernos que saben juzgar de los acontecimientos.

Por eso nuestros bravos guerrilleros iban por los montes orando en los santuarios de la Señora, y rezando el Rosario, para salir llenos de valor y caer

sobre el enemigo y destrozarle y cubrirle de ignominia y arrojarle allá á las tierras fatídicas de donde nos vino la invasión de los tiranos y de las ideas.

El Conde de Toreno, por no citar testimonios más piadosos, no puede menos de dejar entrever diferentes veces en su *Historia del levantamiento, etc.*, la confianza de aquellos intrépidos guerreros en la divina Capitana que santifica nuestras montañas.

Al hablar de Monserrat, v. gr., dice después de consagrar un bello párrafo al célebre Santuario:

«Tan venerable albergue habíanle convertido los españoles en militar estancia durante la actual guerra, fortificando las avenidas».

Si el espacio lo permitiese, no sería este el único lugar que aduciríamos del esclarecido conde, en corroboración de la parte que obtuvo la Virgen en la completa victoria sobre las armas francesas.

De manera, que evocando nuestros padres con motivo de aquella victoria inmensa el recuerdo de todas las victorias pasadas, nunca quizá se dirigió tan justamente á la Virgen aquel grito entusiasta de los hijos de Betulia. *Por tí ha aniquilado el Señor á nuestros enemigos. Tú eres el honor de nuestro pueblo.*

Pudiera decirse que los liberales afrancesados obscurecieron esta gloria española; pero si es verdad que ellos degradaban á la nación y la convertían en ridículo simio de la francesa, si es verdad que envilecían su patria desde la ciudad en donde se alza Reina la Virgen de la Palma, también lo es que los hijos de la Virgen sublimaban con su heroísmo la ciudad de la Almuneda, de Atocha y de la Paloma con la del Pilar, la de los Desamparados y otras muchas; y que si aquellos rasgaban nuestra legislación con modificaciones radicales y disolventes, también los amantes de María sabían despreciarlas invocando sus leyes, sus tradiciones y sus costumbres.

«Una batalla, dice Lamennais, bastó para conquistar á

Prusia; pero después de treinta victorias, España se conservaba como en un principio. Se derrotaba un ejército, al punto nacía otro... Si hubiese reinado en esta noble nación la filosofía, estaría gimiendo bajo una dominación extranjera».

Pero reinaba el amor de la Virgen y salió victoriosa.

«Lo que ha pasado en nuestros días en España, dice el mismo autor en otra parte, hace ver muy palpablemente que la Religión es la mayor fuerza de la patria. Nunca se olvidará aquel grito generoso inspirado por su catolicismo á todo un pueblo: *¡muramos por la justa causa!*

«Y los nobles esfuerzos de este pueblo fiel y católico por conservar su independencia, esfuerzos que coronó la victoria, y debía necesariamente coronarlos, son más notables aún por el contraste de debilidad, ó pudiera decirse cobardía de otras naciones».

Esta notable confesión de Lamennais nos recuerda otras dos no menos acreedoras á nuestro agradecimiento, hechas también por escritores franceses y dignas de que las copiemos aquí.

«¿Cuál fuera el estado de Europa, pregunta Clausel de Conserges, si los españoles, en vez de haber conservado en todo su vigor aquel espíritu de cristianismo que hace que se tenga por nada el perder la vida cuando se trata de conservar la Religión, corrompidos y relajados por el epicureísmo moderno, hubiesen quedado sujetos al dominio de Bonaparte y le hubiesen entregado sus hijos para hacer la guerra á Europa?»

Mr. Bignon ha demostrado también cuáles fueron los resultados de la resistencia de España al nuevo Atila. He aquí algo de lo que dice:

«Si después de la dilatada lucha que ha sostenido durante veinte años el gobierno británico, ha quedado dueño del campo de batalla, ¿á quién la debe? ¿á su política, á sus tesoros, al continente entero? No, á un aliado solo, á la nación española.

»La Prusia, despues de una empresa temeraria, fué aniquilada... ¿Quién será, pues, el que intercederá por la Prusia? Una potencia que no negocia sino con la espada en la mano; la España, la España sola, obligando á llevar ciento cincuenta mil hombres á la otra parte del Pirineo...

»Napoleón está en Viena segunda vez. Todos los obstáculos se le allanan, prodígale la victoria sus laureles en el campo de Wagram; se detiene y negocia. Estando en su mano extender más allá sus conquistas, sólo anhela firmar la paz. ¿Cuál es la fuerza superior que le inspira tan repentinamente esta moderación inesperada? ¿Quién salva al Austria del enojo de un enemigo vivamente ofendido? El mismo auxiliar que salvó á la Prusia; la nación española.

»Una guerra vastísima conduce á Napoleón á Moscow; el vencedor de Smolensko y de la Moscowa vuelve fugitivo á París... ¿Dónde están aquellas huestes aguerridas cuya presencia le volvería su dominación pasada sobre la Alemania y la Polonia? ¿Quién las detiene, quién las ocupa, cuál es el enemigo infatigable que batieron ayer y las desafía hoy á nuevos combates? ¿Quién salva, en fin, á la Rusia, como á la Prusia y al Austria? La nación española.

»El carácter moral de España es una adhesión invencible á la Religión. Esta nación se ha visto sorprendida otra vez en 1820 por un ejército revolucionario, formado en gran parte de todos los foragidos de Europa, atrincherado en aquella inmensa Península, y amenazando ó insultando desde allí á todas las monarquías. Si la religión no hubiese conservado su influjo en España, si el pueblo hubiese obedecido á los revolucionarios, hubiéranse necesitado para combatirlo las fuerzas de todas las potencias del continente europeo; y con las inteligencias que tienen los liberales en todas partes, ¡cuán difícil y sangrienta hubiera sido esta lucha y á cuántos riesgos hubiera expuesto la Europa!»

Ni más ni mejor podríamos decir nosotros; el diputado francés merece eterno reconocimiento de los españoles.

Ahora ya comprenderá el lector el secreto de la Providencia al permitir que España fuese invadida por los franceses y reinvadida por los más viles revolucionarios de Europa.

Así como los árabes se hubieran apoderado de todo el continente europeo si España no hubiera estado aplastando su fuerza durante siete siglos, así Napoleón hubiera oprimido á todos los pueblos, si el de la Virgen no hubiera quebrantado y aniquilado su poder; y puesto que España lo es todo por María, y que María intervino directamente en estos sucesos,

como hemos visto ya, á Ella deben atribuirse todas estas glorias.

Conviene no perderlo jamás de vista: nuestras victorias no se deben tanto á pericias militares como á la confianza en María que abriga el pueblo español, y al entusiasmo que Ella nos ha inspirado siempre para defender esta patria que es su Patrimonio.

He aquí lo que en confirmación de esto escribe el citado Mr. Bignon:

«La Providencia parece haber permitido, para que no quepa duda de que la Religión es el único móvil de la resistencia de España, que en las dos guerras contra la revolución mandadas por Bonaparte diez años atrás y ahora por las Cortes, los grandes de aquel país hayan como renunciado á su derecho natural de ser los caudillos del pueblo, y que el ejército de la verdadera España no haya podido titularse sino el *ejército de la fe*».

Y *de la Virgen*, hubiera podido añadir, si se hubiese hecho cargo de lo que en España es el sostén de la fe.

IV

Un gran pueblo.

Grandezas de España después de la Reconquista.

I.—Convenía al plan de la Providencia que las hordas descendientes de Ismael fuesen quebrantándose y anonadándose en España, á medida que por otros designios de la Providencia iban multiplicándose allende el Mediterráneo. De no sufrir aquel quebranto al andar de ocho siglos, ¿qué pueblo las hubiera podido contener, si hasta el imperio de Oriente cayó muerto al filo de su alfanje? Dios confió á España aquella misión, y la Virgen fué el alma de aquella epopeya.

Siglos duró la lucha y siglos combatió al frente de sus ejércitos españoles la Virgen que, siendo toda amor y dulzura, es también «fuerte como la torre de David», «terrible como ejército en orden de batalla». Nuestros cruzados la declararon desde un principio su Capitana, ciñéronla con la banda de Generalísima, pusiéronla en sus banderas y en sus escudos, y no sin invocarla presentaban á los invasores aquellas batallas memorables que obscurecieron la remembranza de todas las antiguas y dejaron la tierra muda de espanto.

Siglos duró la lucha, y siglos anduvo el Apóstol de la Virgen acompañando á sus cruzados en los campos de batalla. *¡Santiago y cierra España!* Este era el grito de guerra que enardecía á nuestros valientes; y tantas glorias conquistaron invocando al Apóstol, que fueron innumerables como las estrellas; y tan mezquino les parecía el mundo para contener lo que del cielo venía, que llevaron su epopeya á los astros,

llamando á la «Vía Láctea» *Camino de Santiago*. «¡Numera stellas si potes!».

En las profundidades del Tártaro vencido, resonó un horrendo rugido de terror y de rabia lanzado por Luzbel que devoraba el despecho de su derrota, y en las alturas del empíreo se decretó el premio de la heróica España, constituyéndola dueña de mares y de mundos.

¡De mares y de mundos!... ¿No es ilusión mía?

¡Oh, no! Eso que en otras naciones se llama temeridad legendaria, no pasa de ser aquí una herencia de raza y como una condición esencial de nuestro ser. Pelayo, con un puñado de valientes destrozando en las breñas de Covadonga el poder de la Media Luna; los Cides, Alfonsos, Jaimes, Fernandos y mil héroes más, vulgarizando los prodigios de la epopeya; Pérez Correa, reproduciendo el milagro de Josué; Hernando del Pulgar, clavando el *Ave-María* en la mezquita de Granada...

No sigas; repara el niño misterioso que vió el gran convertido de Centumcelle con una conchita en la mano para vaciar los mares... ¡Vacíalos tú si puedes!

En esta escuela de heroísmo presidida por el Dios de los Ejércitos y protegida por la Reina de las Victorias, todos los discípulos han salido héroes.

La escuela se abrió en los desfiladeros de Euskaria. Roma primero y Carlo-Magno después, cayeron allí. Extendióse á la derecha con los astures, á la izquierda con los almogávares, al frente con los castellanos. No hubo lugar bastante en la península ibérica, y como la piedrecita de Daniel, se extendió hasta ocupar el mundo.

Los españoles se sentían gigantes: ¡niños hubiéranles parecido á su lado los Titanes de la fábula!

Creyentes de fe difusiva y avasalladora, guerreros por carácter y por costumbre, herederos de una sangre que venía hirviendo en la patria llama de veinte siglos,

necesitaban continentes para comunicarles la exuberancia de su vida y el Océano con todas sus brisas para refrigerar su ardor.

Levantaron entonces su indomable cerviz más allá de las alturas de mar y tierra que cerraban el horizonte de España, y preguntaron al Angel de las conquistas dónde había un mundo que someter al cetro de la Virgen y al poder de su pueblo.

Entonces apareció Colón señalando el Nuevo Mundo á través de mares desconocidos; entonces fué borrado aquel vetusto *non* de las columnas de Hércules; entonces se leyó: *plus ultra*, más allá; y las naves españolas se lanzaron impávidas á surcar aquellos mares y conquistar aquel mundo.

II.—Mientras de ese modo el pueblo de la Virgen llevaba á remotos países su dominación salvadora en cumplimiento de la misión que Dios le había confiado, su celo y su poderío avasallaban de la misma manera á los ejércitos del error que hacían de la Europa cristiana un vasto campo de prevaricación y de muerte.

España señaló á los errores y á las armas un límite que no habían de franquear, que no franquearon, y ella rebasó aquel límite para perseguirlos y vencerlos en el seno de otras naciones.

Italia, Austria, Alemania, los Países Bajos, Inglaterra, Portugal: he ahí los nombres de nuestros dominios en Europa. ¡Cuántos ejércitos de herejes cayeron vencidos por las valerosas armas de Carlos I y Felipe II en algunos de esos países!

No es mucho, cuando otros que no estaban sujetos al dominio de España, recibieron de ella socorro y salvación.

¿Quién reparó en Inglaterra las hecatombes y los escándalos de la *reina-verdugo*, sino Felipe II con su esposa María Tudor? ¿Quién libró á París y Rohan de los ejércitos del hereje Enrique de Borbón, sino los

tercios españoles al mando de Farnesio? ¿Quién libró de la garra del turco á la isla de Malta, sino los españoles que á sus órdenes tenía La Valette y los 6.000 que se le enviaron de refuerzo?

Lepanto: he aquí otra de las jornadas con que el heroísmo español salvó la Europa, al paso que el rey *tres veces* cristiano andaba en inteligencias con el mismísimo Solimán. Allí cayó hundido para siempre el poderío naval de la Media Luna, en términos que San Pío V no temió, en un transporte de entusiasmo, aplicar á Juan de Austria lo que Jesucristo dijo del «más grande de los nacidos de mujer»: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes.*

Jamás el sol había enviado su luz á un pueblo tan heróico. Los fabulosos imperios de Alejandro, Darío y Octavio, fueron como su sombra profética. ¿Por qué se ha de censurar la frase de que el sol no se ponía jamás en los dominios españoles? ¿A eso llamáis hipérbole? Pues oíd la verdad:

Yo he visto en el mundo de la historia una nación que levantó su victoriosa frente á las nubes, que pasó las nubes, que cruzó los astros, que llegó hasta el sol y lo engarzó como perla en su corona. ¿Y queréis que el sol se pusiera en sus dominios?

En verdad, no es un despropósito literario decir que España hizo rendir vasallaje al sol de la naturaleza á fuer de humilde esclavo, cuando igual vasallaje le rindió el sol de la verdad y de la ciencia. En aquellos tiempos que la hipercrítica protestante y liberal nos presenta fuliginosos con las densas sombras del despotismo y de la Inquisición, personificados en el *fanático* Carlos I, en el *mónstruo* Felipe II, en el *beato* Felipe III, en el *monjero* Felipe IV, y así sucesivamente, España daba al mundo lecciones de santidad, de arte y de sabiduría al amparo de sus Monarcas.

¿Los nombres de nuestros santos, de nuestros sabios, de nuestros artistas? Todos los ven y nadie los

cuenta, porque imposible es contar las estrellas de ese cielo rutilante.

Poco amigo del Doctor Angélico y de su escuela es un célebre escritor de nuestros días; y sin embargo, ese escritor ha dicho con entusiasmo que el Doctor y su escuela nos pertenecieron «por derecho de conquista».

Pues conquistas de esa índole no se hacen con un centenar de soldados.

Y ¿qué significan, sino conquistas análogas, las escuelas de los Luises, los Cervantes, los Lope y los Calderón, la majestuosa y afiligranada arquitectura de nuestras catedrales, la pintura sin rival de nuestros museos?

Verdad es que Góngora y Churriguera, bebiendo su loca inspiración en fuentes exóticas, deformaron por algún tiempo la literatura y las artes; pero la ciencia siguió brillando imponente y serena; la Patria de Cano, de Soto y de Garay, que así dió ser á los Lugares Teológicos y á la Filosofía del Derecho, como descubrió los arcanos del vapor, fué también la de Martínez de la Mata, que dió á los Estados la Economía Política.

Y todavía en las artes tuvimos maestros que, como Claudio Coello, se elevaron á inmensas alturas, y literatos que, como Torres Villarroel, pusieron un dique á las extravagancias gongoristas, sin faltar en otros ramos ingenios como el de Francisco Martí, que inventó la Taquigrafía con una perfección no superada después.

Poco más de un siglo hace que el enciclopedista Masson preguntaba: *¿Qué se debe á España?* Un abate italiano le contestó en la Academia de Berlín, y aquel discurso académico fué seguido de apologías tan notables como la de Forner, que sin discusión declaraban á España maestra del mundo.

Sombras parecían, comparadas con su esplendor,

las glorias de todos los pueblos y de todas las edades. ¿Hay quienes lo ignoran? ¡Y qué le importa al sol que los ciegos no vean los torrentes de su lumbre!

Levantaba su espada aquel pueblo, y el infierno y sus secuaces temblaban de espanto; hablaban sus Monarcas, y el mundo obedecía en silencio sus órdenes; pronunciaban sus santos y sus sabios los dogmas de la verdad, y de hinojos recibían las escuelas sus oráculos; revelaban sus artistas los secretos de la belleza, y el arte se quedaba en donde quiera mudo de asombro.

Ved si encontráis á través de las centurias una nación tan favorecida del cielo. ¡Oh! *non fecit taliter omni nationi!*

III.—Nuestra riqueza había casi desaparecido con Felipe II, aunque no la sangrienta guerra de Flandes. Su hijo Felipe III, ceñida apenas la corona, declaraba á las Cortes que el Patrimonio Real estaba del todo exhausto y que él no había heredado del rey más que el nombre. No obstante, ese fué el rey que, hollando la economía de la carne cuando la economía del espíritu y la tranquilidad de sus Estados se interesaban, expulsó á los moriscos...

¡Oh! al pronunciar esas palabras has reabierto la herida: despiértanse vertiginosas las iras de todos los novadores, acometiendo la memoria de aquel rey que nos privó de la raza artista y productora que levantó la Alhambra y creó la huerta de Valencia y robó á la industria sus milagros. ¡En la miseria y en el caos nos dejaba aquella expulsión!

¡Pobres hombres los que así piensan! ¿qué culpa tienen ellos de haber nacido romos?

Venid acá y decidme, críticos desdichados: ¿por qué la raza de vuestros amores no hizo fuera de España lo que en ella decís haber hecho? ¿Sabéis de cuánto es capaz esa raza? El Africa con su *espléndida civilización* os lo está diciendo desde fines del siglo XV.

¡Eran los españoles, oh críticos contrahechos, eran

los españoles quienes habían enseñado á moros y moriscos todo eso de que vosotros les dais privilegio de invención!

Tan quebrantada quedó España con la expulsión de los moriscos, que ni en Flandes pudieron vencerla los ejércitos armados de cuatro naciones, ni después Luis XIII, aliado con las Provincias Unidas, ni luego el poderoso Luis XIV que, aliándose con unos y con otros, estuvo en guerra con ella toda su vida.

Si Luis XIV hubiera visto desnuda sobre su cabeza la espada que desde Roncesvalles pasó de victoria en victoria hasta Pavía y San Quintín, acaso hubiera desistido de las innobles guerras que por todo fruto le habían de dar las pérdidas y las ignominias á que hubo de sujetarse en Gertruydemberg y en Utrech.

. Decaída como nos la presentan, España sabía vencer al mundo contra ella conjurado. Capitulaciones como las de Courtray y Luxemburgo, defensas como las de Gerona, Orán y castillo del Morro de la Habana y retiradas como las de la flota de Lángara, bastan para inmortalizar á un pueblo; y si se quiere, aun derrotas como la de Trafalgar, en donde brillan, junto á la impericia de Tourville, la inteligencia y el heroísmo con que Gravina y los suyos eclipsaron la fama que tendida quedó sobre el cadáver de Nelson.

Pero hay más; hay victorias tan célebres como las de Ostende, Loken, Grol, Riuberg, Breda, Èbora, Mamora, Tréveris y Lérida; hay reconquistas como las de Gravelinas, Dunkerque, Barcelona y Rosellón, en donde aquellos *débiles* reyes Felipe III, Felipe IV y Carlos II demostraron á las Potencias el valor de España. Y en seguida, á cambio de nuestras pérdidas en el Rosellón y Franco Condado, hay las conquistas de Cerdeña, Sacramento y la Luisiana; hay las reconquistas de Orán, de la Habana, de Menorca, de Nápoles, de Sicilia, de la Trinidad y de las Floridas; hay victorias como las de Almansa, Brihuega, Villaviciosa, Campo

Santo y Corfú; hay en América rebeliones vencidas como las de Tupac Amaru y otras varias.

¿Se quiere más? Pues pídase á los Titanes de la fábula que vuelvan al mundo y se rebelen contra Júpiter y escalen el cielo.

Nuestro progreso pasado, presente y futuro.

I.—La Isla Cana, una de las Hébridas, á manera de imán fabuloso, atrae y desorienta la brújula con sus efluvios magnéticos de colosal potencia. La de Bornholm, en el Báltico, aun es más temible. ¿Por qué el piloto se ha de exponer á un error de muerte, no evitando la proximidad de estas islas, si sabe que están rodeadas de bajíos que han destrozado millares de buques sin orientación y que destrozarán el suyo?

Los españoles somos brújula desorientada que tiende hacia los escollos magnéticos del régimen liberal y hace navegar la nación con rumbo á la muerte. ¿Cuándo cesará la atracción maléfica? ¿Cuándo nos determinaremos á volver al polo de nuestra libertad, huyendo de los efluvios del liberalismo? ¿No es ya cuestión resuelta que los intereses de la Patria no son los intereses de estos gobiernos que explotan el bien común, ley fundamental de toda sociedad, en beneficio de sus egoísmos dinásticos?

Así como el canijo trono de Isabel II se fundó sobre lagos de sangre inocente derramada al pie del altar, y sobre el botín del inmenso robo llamado desamortización; así como el de su hijo se fundó en los medios de no ser rey tronado si fuese destronado, máxima que diz le hizo llevar sumas fabulosas á un banco extranjero, dejando estela; así quieren los liberales que el del nieto se funde sobre los trapajos de nuestra miseria.

Todo lo sacrifican á ese trono vacilante para que no se derrumbe y les haga caer con él; nuestros bienes,

nuestras fuerzas productoras, nuestros hijos, nuestro honor, nuestras colonias...

Cuajados de miedo ante la tempestad que empieza á rugir, paréceles ver ese trono convertido en sombra lívida de la muerte ó en alcázar agrietado, á los que alumbra la luz siniestra de un relámpago en noche tenebrosa, y agítanse en medio de las tinieblas para rodearlo de puntales de grasa y echar conjuros al nublado amenazador.

Nuestros padres hicieron caer alguna vez los tronos por la Patria, y la engrandecieron: éstos hacen caer la Patria por su trono, y la matan.

«El Rey para la Patria, la Patria y el Rey para Dios»,—dice la Tradición.

«Dios y la Patria para el rey... y el rey somos nosotros,—dicen ellos.—De ahí que lo centralicen todo más brutalmente que los filisteos.

»Todo Israel tenía que acudir á ellos para afilar la reja, el azadón, la segur y el escardillo: por eso estaban embotados los filos de las rejas y azadones y horquillas y segures, y hasta para comprar una aguijada había que acudir á ellos».

¿Cómo han de progresar las ciencias, las artes, la agricultura, la industria, el comercio, al amparo de semejantes hombres? ¿Qué lugar han de tener las aspiraciones del alma que tiende al cielo, en un país víctima de tiranos que no buscan más que las grosuras de la tierra?

¡Cuán simpático y benemérito aparece el tirano Demetrio en el sitio de Rodas, protegiendo con fuerte guardia los trabajos de Protógenes, si le comparamos con esos tiranos del día...!

Los ingenios contemporáneos españoles con sus invenciones y adelantos, ¿no son otros tantos padrones de ignominia para los perversos que los han despreciado y oprimido?

Hubiéranse dedicado esos ingenios á formar ka-

tipunanes como Morayta ó á descubrir esqueletos de burro como Odon de Buen, y su suerte fuera muy otra.

En aquellos tiempos que se dicen de tiranía y de barbarie, brillaban los sabios, y el obrero tenía pan: hoy, con gusaneras hediondas ó sistemas preñados de colosales desatinos, vivimos muriendo como invadidos por mil plagas faraónicas.

Entonces nuestra exportación era mucho mayor que la importación: hoy hasta los botones de la guardia civil se hacen en Francia, mientras aquí todo languidece, todo muere de consunción, incluso el obrero, que no tiene trabajo y se ve en el estrecho de pedir limosna ó robar para no morirse de hambre con su esposa y sus hijos. ¡Más de 200.000 obreros sin trabajo hay ordinariamente en España!

¿Por qué sus infelices esposas no toman en brazos á sus tiernas criaturas y con ellas se presentan al gobierno y le piden un bocado de pan? ¿Hay Admeto que se resista, viendo á sus pies al desventurado Temístocles con un niño en los brazos?

¡Ah, Dios mío! ¡qué estoy diciendo! No, madres, no pidáis pan para vuestros niños, dejadles morir de hambre y morid vosotras con ellos, porque los asesinos de Río Tinto pueden todavía acechar la ocasión de hacer caer bajo una lluvia de balas á padres y madres y niños, y hartarse con esa horrible provisión de escabeche humano.

Populus meus mutavit gloriam suam in idolum. Abandonasteis la gloria de la Tradición religiosa y monárquica por el ídolo de la libertad, y el ídolo exige más víctimas que el becerro de oro, traga más idólatras que el legendario Swami de los indios.

¿Cuándo, Dios mío, cuándo vendrá un Moisés que reduzca á polvo ese becerro infame y lo haga beber á los idólatras que lo fabricaron, para que revienten como los de las faldas del Sinaí?

Pudiera ser que no tardase, porque muchos son los síntomas y augurios que indican estar ya colmada la paciente ira de Dios sobre los opresores y satisfecha su justa indignación sobre los oprimidos.

¿Quién es el enviado? Un candidato á quien considero dichas estas palabras del Señor:

«Él salvará á mi pueblo de las manos de los filisteos, porque yo he vuelto los ojos hacia mi pueblo, por cuanto sus clamores han llegado hasta Mí».

II.—Cuando el pensamiento se eleva sobre la invasión de los sistemas liberales y contempla los tiempos aquellos en que el español Martínez de la Mata inventaba la Economía Política á la luz de los principios económicos de nuestros Gobiernos tradicionales, no es la nostalgia del bien perdido lo que siente el corazón, no es esa melancolía abrumadora que da la caída de una grandeza: ¡es un volcán de ira lo que siente el corazón al comparar tiempos y tiempos!

Allá en aquellas épocas que el embustero liberalismo tacha de barbarie y de opresión, en 1460, un pregón de los Conselleres de Barcelona prohibía absolutamente el uso de lanas extranjeras, con lo cual se conjuró una gran crisis y tuvieron trabajo millares de obreros.

Ejemplos como este abundan en nuestra historia.

Entonces se progresaba protegiendo, al paso que ahora se quiere progresar oprimiendo y dilapidando. Entonces se amaba todo lo del país.

Tiempo de grandes disturbios suele ser también de grandes tiranos: en España no fué así hasta Fernando VII, salvo raras excepciones.

Sus Monarcas eran los amigos del pobre, los primeros en respetar la ley, los protectores de la industria y del comercio, como de las ciencias y las artes, y los mantenedores de los fueros y de todas las libertades cívicas. Por eso España era grande.

Una corta meditación no da tiempo de pensar en

nuestros insignes teólogos, filósofos, juriconsultos, matemáticos, alquimistas y artistas que al amparo de los Monarcas enriquecieron al mundo con su saber y sus invenciones, tales como las del venerable Raimundo Lulio, que inventó la brújula y fué el primero en aplicar la química á la medicina, y probó la existencia del Nuevo Mundo cerca de tres siglos antes que lo descubriese Colón.

No hay tiempo para pensar en aquella España cuyo portentoso ingenio lo mismo creaba los Lugares Teológicos y la Filosofía del derecho con Cano y Soto, que más tarde inventaba la Taquigrafía con Francisco Martí; ni en los mil y mil españoles celebérrimos que una vez hallando la circulación de la sangre con Servet en sus buenos días, otra inventando la locomoción por el vapor con Blasco de Garay, otra sentando los verdaderos principios de la la Frenología con Huarte, otra determinando la corrección del calendario con el P. Claudio, otra inventando el nonio con Juan Núñez, otra creando la enseñanza de los sordo-mudos con Fray Ponce de León, otra inventando el acero, otra la telegrafía y así sucesivamente, fueron el pasmo del mundo y son la irrisión del liberalismo infecundo que nos ha convertido en liliputienses.

Mas lo que un pequeño discurso no puede decir dícenlo los museos arqueológicos y las exposiciones históricas, como la última celebrada en Madrid.

Unos y otras dan testimonio de que, así como en la antigüedad España surtía de naves á Roma, así en el siglo XIII surtía de armas á muchos pueblos, y en el XIV y XV extendía por toda Europa sus magníficas telas de lana desde la industrial Cataluña, y en el XVI sus soberbios tejidos de hilo, seda y oro y sus manufacturas de vidrio y de cristal, superiores á las de Venecia.

Entonces España era el emporio de la industria y del comercio, lo mismo que la maestra universal de

las ciencias y las artes, y estaba cansada de ir á la cabeza de los pueblos industriosos cuando Francia comenzaba á serlo é Inglaterra no lo había soñado.

III.—Las guerras seculares posteriores á la Reconquista empobrecieron el Erario público, pero la prosperidad reinaba en el pueblo, y nuestra moneda se cotizaba con prima en todos los mercados del mundo.

Entonces no trabajaba el obrero más que unos doscientos treinta días al año, y ganaba una suma anual que hoy giraría entre mil quinientas y dos mil pesetas. Ahora, en tiempos de libertad y progreso y con haber suprimido muchos días festivos, el obrero trabaja al año trescientos sesenta días, ó los trescientos sesenta y cinco tal vez, y ya se daría por contenta la mayor parte con ganar un salario anual de mil pesetas.

Los vientos de Fronda salvaron los Pirineos y llegaron hasta la Corte, y á veces soplaron con violencia; mas no reclamaron á ningún Condé ni pudieron cerrar al mérito de los pobres la puerta de los grandes destinos.

Aquí no tuvimos reyes monopolizadores ni déspotas que dijesen «el Estado soy yo», ni tiranos que hablasen á las Cortes en traje de caza y con el látigo en la mano; aquí tuvimos reyes como D. Juan I, que en 1379 sometía la Autoridad Real á los Consejos y á las Cortes con su célebre ley del *obedézcase y no se cumpla*, y Cortes cuyos Procuradores sabían decir al Monarca que «separados eran tanto como él y juntos más que él».

Aquí tuvimos un Felipe II, el coco de los hipercríticos de la historia, que vivía con la pobreza de un monje y pleiteaba como particular ante el Justicia de Aragón en defensa de sus derechos; un Felipe IV, que para ver de cerca y proveer á las necesidades de sus pueblos, celebraba Cortes á los valencianos en Valencia, á los catalanes en Barcelona, á los aragoneses en Barbastro, y cargaba la conciencia de los Consejeros de

Castilla si no replicaban á sus reales órdenes cuando no las creyesen justas; un Carlos II que comía mal y vestía peor y de su débil carácter sacaba energías para oponerse á las insensateces de algunos grandes, como D. Enrique el Doliente, declarándose á veces contra ellos en campaña abierta del mismo modo que contra el poderoso Luís XIV.

Mas ¡ah! todo aquello pasó, dejándonos un recuerdo vaporoso como una ilusión. El pueblo, sin cuenta con el dicho, *can que mucho lame saca sangre*, olvidando lo pasado y creyendo que en adelante escupiría doblones y sería amo y dueño de este mundo y del otro, se dejó lamer por el can liberalismo; ó por mejor decir, creyó á los escuderos de Guadalajara, cuyo Pegaso liberal había de hacer brotar á cada coz una fuente Hipocrene, y adoró el paño de lampazo con que aquellos malandrines cubrían la bestia acoceadora.

Populus meus mutavit gloriam suam in idolum. Sí, todo aquello pasó: los Reyes á cuya sombra paternal subían los pobres de la sopa de los conventos á los Consejos de la Corona, mientras los próceres solían bajar al calabozo ó al cadalso, como D. Alvaro de Luna y D. Rodrigo Calderón; los Reyes como el gran Felipe II que castigaba enérgicamente al inmortal caudillo Duque de Alba porque había protegido un desaguisado, cesaron para que viniesen á brutalizarnos déspotas insufribles como Fernando VII, que ni celebró Cortes legítimas, ni tuvo Consejos, ni observó leyes, ni dejó tiranía por probar, ni ruína por traer; y como el liberalismo que entronizó á los descendientes de aquel tirano para cegar él todas las fuentes de riqueza y hacernos morir de inanición, sin más Dios ni más ley que su vientre: *quorum Deus venter est.*

Aquellos reyes que eran el brazo derecho de la Iglesia y los árbitros del mundo, cesaron, sí; pero el pueblo que á tenerlos tan grandes estaba ocostumbrado, el pueblo que con sus grandes reyes anduvo

siempre á la cabeza del progreso, quiere volverlos á tener grandes como sus destinos, y los tendrá; porque los legítimos y constantes deseos de un gran pueblo, por ley de la historia se cumplen tarde ó temprano.

Quiere España un rey como lo quiso siempre, esto es, cortado según el Corazón de Cristo; un rey que entronice en el solio español la democracia de la Cruz; un rey que fomente todos los legítimos progresos morales y materiales. Dios le ha prometido ese rey, y ella lo tendrá. El Gran Monarca llega.

CAPÍTULO X

VARIOS

CAPÍTULO X

VARIOS

I

Los enviados de Dios.

Costumbre es de la vanidad humana manifestar cada uno su saber á los ojos de los demás, con alardes de omniscencia y ansias de ser por todo el mundo admirado.

Los enviados de Dios no conocen esa costumbre. A Santo Tomás de Aquino llamábanle sus condiscípulos «Buey mudo», reputándole casi idiota; y aquel Buey mudo dió un mugido tan fuerte, cuando llegó su hora, que según había predicho San Alberto Magno, resonó por el mundo á través de los siglos, y seguirá resonando hasta el fin de ellos.

La misma época de Santo Tomás nos ofrece otro ejemplo notabilísimo. Había entonces un frailecito Menor, tan pobre de talento en concepto de sus hermanos, que le tenían por mentecato y no pocos le despreciaban. La desestimación que á todos inspiraba llegó á tal punto, que no hubo Guardián que lo quisiera por súbdito. Era portugués, natural de Lisboa, y llamábase Fray Antonio.

Pues Fray Antonio, cuando llegó su hora, derramó en el mundo tanta luz de sabiduría infusa, que

fué un pasmo universal, y sigue siéndolo, y lo será mientras el mundo no acabe; y obró milagros tan estupendos, en confirmación de su doctrina, que con razón es tenido por el magno de los Taumaturgos.

Aquel frailecito despreciado, es hoy «el Santo de todo el mundo», Padre de los pobres y Modelo de los ricos, consuelo de los que poco saben y maestro de los que saben mucho: San Antonio de Padua.

Así son los enviados de Dios. Así fué el divino Modelo de todos, considerado hijo de un artesano, ignorante y pecador, hasta que llegó su ora de evangelizar á los hombres.

(*Luz Católica*, núm. 37=13 Julio 1901).

II

Sabios de Dios y sabios del mundo.

Un pintor aficionado y muy devoto de Santa Brígida, que se llamaba Eurico, contaba en presencia de unos doctores muchas cosas de sus revelaciones y santidad. Díjole uno de los doctores: «Si no dejas de hablar de esa herejía y de los libros de esa vieja, te tengo que hacer quemar». Quiso ponerlo en ejecución, y citóle para ello. Aconsejóse el pintor con un clérigo, devoto también de la Santa; persuadióle éste que no dejase su devoción, y que no dudasen, que él y otro sacerdote rogarían á Dios por el feliz éxito. Hiciéronlo así, y á la mañana pareció ante la justicia el pintor, para que siendo convencido, fuese castigado como hereje. Pero este hombre seglar y sin letras, fortalecido por el Espíritu Santo, por las oraciones de Santa Brígida, en cuyo favor estaba combatiendo, de tal suerte y con tal eficacia hablaba de las maravillas de Dios, que no podían resistirle sus contrarios. Poco

después el Señor Dios de las venganzas castigó al principal autor de esta borrasca, porque acostándose sano, amaneció muerto, y tan hediondo, que no había quien entrase donde estaba, y de sólo tocarle con la mano se salían los pedazos de carne; alquilaron unos letrineros para que lo llevasen á enterrar, y después dijeron que si hubieran sabido que hedía tanto, que no lo llevaran, aunque les dieran doblado el dinero.

Un doctor de la Orden de S. Francisco iba á ver unos amigos á la ciudad de Stolpe, y juntóse con el clérigo que había aconsejado al pintor, y se llamaba Valten, el que por el camino comenzó á decir grandes cosas de Santa Brígida y de sus revelaciones. Díjole el doctor que dejara de hablar de esa vieja, de sus supersticiones y nuevas herejías. Entraron en la ciudad, y después de festejado y regalado por sus amigos el doctor, yéndose á acostar cayó por una escalera alta, y se despeñó por castigo de Dios, y espiró luego.

Un gran letrado de la Orden de Santo Domingo, de tal manera se encolerizaba contra las revelaciones de Santa Brígida, que decía á voces que habían de ser quemadas; y á los religiosos que la Santa había puesto en su monasterio, y á las monjas, los llamaba con afrentosos nombres. Dióle un maestro seglar las revelaciones de Santa Brígida, para que leyéndolas mudase de parecer: pero no quiso hacerlo, ni tomar el sano consejo que le daban, y así le dijo el maestro seglar: «Mucho temo que Jesucristo ha de vengar este agravio que á El y á su Santa hacéis en cotradecir con tanta pertinacia cosas tan santas como son estas». Y con esto se apartaron, y al momento comenzó Dios á castigar al fraile dominico; llenóse de lepra, que nadie de todo el convento se atrevía á comer ni á conversar con él, ni había quien le quisiera servir, y de esta suerte vino á morir miserablemente. Cuán peligrosa cosa sea murmurar de Santa Brígida ó contradecir sus revela-

ciones celestiales, se puede colegir de estos tres milagros dichos, y de lo que se dice en el lib. VI, caps. 90 y 92, pues Dios castiga con tanto rigor á sus émulos y contrarios.—(Revel. de Santa Brígida.-Prólogo).

(*Luz Católica*, núm. 32=9 Mayo 1901).

III

Desgracia providencial.

Todas las naciones han tenido, con raras excepciones, dinastías de sangre nacional, reyes salidos de la nación misma, no venidos del extranjero con inclinaciones, costumbres, miras é intereses extranjeros. La mayor excepción de la Historia es España: España ha tenido casi siempre dinastías extranjeras.

Ha sido una desgracia nacional incalculable, inmensa, colosalmente funesta para nuestro señorío y nuestro progreso; pero una desgracia providencial, como saben todos los buenos conocedores de nuestra historia. Esta desgracia se acaba: un Rey genuinamente español está para aparecer. ¡Confiemos en Dios!

(*Luz Católica*, núm. 20=14 Febrero 1901).

IV

Los tiempos han llegado.

La manifestación del sentimiento general acerca del siglo XX no puede ser más consoladora. Tanto los periódicos como los particulares, todos se prometen una próxima y feliz regeneración social y religiosa. ¿Quién ha puesto en el corazón de los hombres

este común sentir? La lógica natural que es una especie de luz infusa, aquella luz del rostro de Dios que David vió señalada en los hombres. *Vox populi, Vox Dei.*

Esto es un argumento poderoso en favor de lo que venimos anunciando acerca de la restauración general. Nos ocuparemos del tiempo probable en que se ha de hacer; por de pronto, conste que, sin darse cuenta, todos vienen á decir con el ilustre autor de las *Veladas de San Petersburgo:*

«Ya no hay religión en el mundo, y el género humano no puede permanecer en este estado. Además, tremendos oráculos anuncian que *los tiempos han llegado ya*».

(*Luz Católica*, número 14—3 Enero 1901).

V

Síntomas.

Comprendemos por qué hay tanto periódico liberal que desea que España abandone la cuestión de Marruecos. Quisieran más bien que Marruecos conquistase á España y nos hiciésemos todos moros; así como suena. Por otro lado, nos parece una «casualidad» muy providencial que se haya consagrado solemnemente la gran Basílica en la cuna de nuestra Reconquista, cabalmente ahora que tanto se desarrolla la admiración liberal por los árabes y moros. Formándose están actualmente, sin darse cuenta exacta, dos ejércitos que ya se miran frente á frente y se aprestan á luchar: el ejército de la Cruz y el de la Media Luna. Perdimos el Guadalete; la morisma liberal nos invadió y dominó; pero en Covadonga se levanta la Basílica de Nuestra Señora de las Batallas...

Se ha verificado su consagración solemne. Es al

fin una hermosa realidad aquel pensamiento del ilustre cardenal Sanz y Forés, con tanto entusiasmo acogido y á fuerza de admirables constancias y de verdaderos sacrificios realizado. Decir Covadonga es nombrar la gloria más pura de la raza, el timbre que más la enaltece, el blasón que más la honra; en las grietas de esas montañas renació, como la parietaria, regada con sangre de héroes y de mártires, la Monarquía castellana, que en tremendo batallar de siete siglos coronó con la cruz de Cristo todas las almenas y transformó la España del Guadalete en la España de Garellano y de Pavía, y la corona de espinas de don Rodrigo en la corona de flores de los reyes católicos.

No creíamos que hubiese nadie capaz de renegar de progenie tan ilustre, y menos aún espíritus tan sectarios que llegasen á ofender la memoria de los que realizaron las homéricas hazañas de la independencia. Sin embargo, de todas maneras imaginables y en todos los tonos han significado los periódicos que son genuínos representantes de la escuela liberal, el disgusto que les ha proporcionado el hecho de que se levante una basílica para honrar la gloriosa empresa de Pelayo en Covadonga.

«Que hace ya mucho tiempo de la reconquista para que su recuerdo entusiasme á nadie»; «que no fué gloriosa una empresa que necesitó ocho siglos para rematarse», y finalmente (esto es lo más gordo), «que lo hizo muy mal Pelayo en levantarse contra los moros, y muy mal los españoles que le siguieron, porque lo que hubiera convenido á España era someterse dócilmente á la morisma, constituyendo así un imperio mahometano que quizá fuera hoy más floreciente y poderoso que el de los turcos en Constantinopla». «¿Qué henos sacado—pregunta uno de esos periódicos—con echar de España á los sarracenos? Pues tener que aguantar é los jesuítas. Entre los moros y los jesuítas preferimos á los primeros». Y ténga-

se en cuenta que ese mismo periódico decía no ha mucho que la Compañía de Jesús era una institución de origen mahometano; con lo que, francamente, no se comprende cómo piensa ahora que se hubiera librado de jesuítas estando sometido á los que, según él, los fundaron.

Pero, dejando aparte estas necedades sectarias, fíjense nuestros lectores en cuál es el criterio liberal para juzgar el hecho, no sólo más glorioso, sino más fundamental de nuestra historia.

Y ese criterio es constante, y se manifiesta siempre que hay ocasión para ello. No hace muchos años que un periódico liberalísimo de Málaga protestaba contra la fiesta que allí se celebra para comemorar la reconquista de la ciudad por los Reyes Católicos. «¿A qué celebrar esto?—preguntaba.—La denominada reconquista de Málaga no fué otra cosa sino que Málaga perdió su independencia y libertad».

Y el mismo, exactamente el mismo criterio con que juzgan nuestras seculares luchas con los sarracenos, es el que usan para juzgar la lucha, también secular, que sostuvo España contra los protestantes, y la que en el siglo pasado mantuvo, durante seis años, contra Napoleón I.

¡Oh Rey destinado por Dios á expurgar nuestro suelo de tantos impíos! ¡Oh gran Monarca de los Profetas! ¿Cuándo aparecerás? ¿No eres tú, según los Profetas, el que debe acabar con toda la morisma, con la de hecho y con la de afición? ¡Ven pronto, ven, antes que un nuevo Don Rodrigo pierda la Patria y sea entregada á los moros nuestra herencia!

(*Luz Católica*, núm. 51=19 Septiembre 1901).

VI

Otros síntomas.

Anunciábamos en los comentarios al profeta Esdras, que antes de caer Alfonso XIII desaparecería de las esferas de gobierno hasta la sombra de catolicismo; que ya no habría catolicismo-liberal, sino liberalismo á secas. He ahí una predicción que todavía no se ha cumplido de lleno, pero que está empezando á cumplirse.

Para comprenderlo, no hay que fijarse en los nombres más ó menos bonitos que los hombres de la situación quieran emplear, sino en sus hechos; y sus hechos van agravándose y aquella sombra de catolicismo liberal desvaneciéndose.

Todos nuestros lectores saben lo sucedido con motivo de la peregrinación al Santuario de Begoña. Ha sido la última y más terminante prueba de que los republicanos, libertarios, anarquistas y masones de todas las cataduras tienen en España amplia libertad para celebrar *mitins*, manifestaciones y demás, despotricando de la manera más *liberal* que á Lucifer pudiera venir en ganas, y alborotando ciudades como blasquistas y sorianistas alborotan á Valencia. Y no sólo no se les cohibe eficazmente, sino que en el seno mismo del actual gabinete se levanta un ministro á defender la propaganda desenfrenada de tales hombres.

Pero van los católicos, sin ofensa de nadie y con la paz de Dios, á rendir un público testimonio de amor á nuestra Madre Celestial; atraviésanse en su camino unos cuantos foragidos, que fían su impunidad al *sectarismo* de un gobierno llamado católico; y lejos de recibir el castigo que la más infame de las agresiones merece, lejos hasta de considerárseles culpados,

culpan á los católicos, acusándoles de fanáticos, retrógrados, facciosos, perturbadores del orden público, violadores de la... *¡conciencia pública!*

¿Y el artículo XI de esa «ley» que pasa por ser «constitución»? Es un artículo católico-liberal, y de ese artículo se toma lo liberal menospreciando lo de católico. Y hacen bien, pues lo de católico es pura farsa en dicho artículo; pero tenemos, por consecuencia, que lo de católico, aun siendo farsa, desaparece y lo liberal se queda. Porque lo de Bilbao no es un hecho aislado; vase repitiendo con frecuencia, agravado por otros síntomas no menos significativos.

El «gobierno», queriendo con franqueza cada vez más descarada, contentar á la demagogia sectaria antes que á los católicos, excusa los desmanes de aquélla motejando á éstos de *clericales*. Allá andaban los revolucionarios ocupados en combatir al *clericalismo*, sin que el gobierno hubiese adoptado hasta hoy la estúpida y malvada idea de dividir lo clerical de lo religioso; mas ahora lo ha dividido ya, y nada menos que por boca del presidente en un Consejo de ministros presidido por D. Alfonso. Según Villaverde, los católicos somos *clericales*, no religiosos, y por eso se nos combate. Buenos, buenos síntomas...

Otro hay gravísimo. En países muy sectarios aumenta la ilustración pública mientras los católicos, y sobre todo el Clero, pueden ejercer la facultad de enseñar, y decae tan pronto como se les niega. Lo que sucede en Francia es una prueba evidente. En España acaba de probar también Villaverde que la instrucción pública corre la misma suerte que el catolicismo.

Villaverde, el butibamba de los hacendistas, no se satisface con ver en España no menos de tres mil escuelas de primera enseñanza desiertas, porque apenas hay ya quien se lance á ese magisterio para... morirse de hambre. No se satisface, sino que, metido

en sus economías, aumenta en una fabulosa millonada los presupuestos de Guerra y Marina, y para restañar tan enorme sangría se vale de los presupuestos de Culto y Clero y de Instrucción pública. Sólo á este ramo acaba de quitarle de golpe y porrazo *setecientas mil pesetas*... Y ¡viva el progreso!

¿Dicen algo todos estos síntomas?

(*La Señal de la Victoria*, núm. 3=15 Octubre 1903).

VII

Nuevos síntomas.

Hasta ayer, como quien dice, los impíos de toda casta que pululan por esta España infeliz designaban á todo católico con el mote genérico de *carlista*, por lo que tocaba á la acción exterior, así como con el de *jesuíta* por lo demás. Y eran carlistas las peregrinaciones, las procesiones, los jubileos, las misiones, en fin, toda suerte de manifestación religiosa era carlista.

El odio feroz á lo que ellos entendían por carlismo hizo cometer á los gobiernos crímenes sin calificativo y sin número, y á las turbas atropellos brutales como los varios cometidos en Valencia, señaladamente el cometido con el Marqués de Cerralbo.

Desde el monstruoso aborto de Galdós-Electra, con las cosas han variado los motes: gobernantes y demagogos, todos han dado en la flor de llamar *clericalismo* á lo que antes llamaban carlismo, y parece que del carlismo no hacen ya el mayor caso, á no ser por lo que tenga de católico, ó en su jerga, de *clerical*.

De tiempo acá, dejan pacíficamente á los carlistas celebrar sus reuniones, puertas adentro ó al aire libre. Mella, por ejemplo, puede ir por Cataluña asombrando á las masas carlistas con sus grandilocuentes discursos, sin que ningún demagogo se le atra-

viese. Pero esos mismos oyentes de Mella, esos mismos carlistas que pacíficamente se reunen, van á un jubileo, á una romería, como la de Begoña, y van otros tantos ó más con ellos, de modo que su fuerza es doblada; y entonces, no obstante el mayor número y la mayor fuerza, los descamisados de la demagogia les salen al paso blandiendo el puñal y disparando el revólver, con mueras á Cristo y su Madre Santísima.

Si á raíz del monstruoso atentado de Bilbao, cuyo primer culpable es el gobierno, va Mella al mismo Bilbao y pronuncia discursos y en su honor se celebran banquetes, entonces los foragidos permanecen quietos ó dedican sus malvados ocios á declararse en huelga.

No les estorba ya lo de políticos, sino lo de católicos, lo de *clericales*, como ellos dicen. Vaya Mella en romería con sus oyentes á un santuario, sin más objeto que rendir un tributo de amor á la Celestial Madre, y verá como no les dejan ir tan á la llana.

El Diputado católico Sr. Urquijo, que tanto se distinguió en los sucesos de Bilbao, trata de ellos en el Congreso apenas se abren las Cortes; y no obstante su comedimiento, el Congreso en pleno, excepto los cinco ó seis católicos, da visibles muestras de disgusto porque allí se defiende la religión y el derecho de los católicos. No dió, no dará tales muestras de empacho al ser defendidos los derechos de tal ó cual partido.

Las pruebas son clarísimas. Lo que hoy estorba á los impíos no son los partidos, sino la Religión. Ven que no son meros partidos políticos los que pueden echarlos pronto al infierno, sino los católicos en cuanto tales, y quisieran acoquinarles de miedo, ó acabar con ellos, antes que ellos acaben con todo bicho humano que no se haga hombre adorando á Cristo.

Repitámoslo con el ilustre Sr. Fernández Valbuena:

«Hay en España dos partidos, mejor diríamos, dos fuerzas... Son la Iglesia Católica por un lado y la sinagoga de Satanás por otro. Las demás agrupaciones que con el nombre de partidos pululan entre nosotros, no merecen que se las tenga en cuenta ante la magnitud de las dos fundamentales; ni conservadores, ni fusionistas, ni demócratas, ni republicanos, ni monárquicos, ni carlistas, ni integristas, ni alfonsinos, ni ninguna de tantas fracciones en que se hallan divididos los españoles, tienen importancia alguna fuera de las dos grandes síntesis de católicos y acatólicos; y solamente pueden significar algo en cuanto que con sus fuerzas aumenten la de uno de aquellos fundamentales centros de acción. Ya no es la lucha de menudencias, se trabaja por la victoria definitiva entre el principio bueno y el principio malo; entre Jesús y Belial, y no hay medio hábil de sustraerse á los hechos».

Los artículos de fondo que de algún tiempo acá trae *El Correo Español* parecen la mejor confirmación de eso que ya todos ven. Poco ve el que no lo ve con claridad meridiana. Y cuenta con que los ciegos podrán llamarse tradicionalistas; pero jamás lo serán tanto como el Sr. F. Valbuena y como nosotros. Si alguno de ellos se ofende por lo expuesto, compadeceremos su ceguera, mas no por eso dejaremos de hablar en católico, sin la más mínima intención de ofender á nadie.

(*La Señal de la Victoria*, núm. 5=29 Octubre 1903).

VIII

Estragos de la prudencia.

El silencio que desde hace muchos años se viene imponiendo á los católicos; la templanza y transigencia que un día y otro se les ha predicado; la severidad con que se ha corregido á aquellos que en el ardor de la contienda ejecutaron algo que se juzgaba

exceso; la constante labor de los que esperaban ópimos frutos con el empleo de un sistema de atracción y concordia, todo lo que, en una palabra, constituía la aspiración y el programa de católicos excelentes, pero visiblemente equivocados, ha sido pulverizado y barrido por la realidad de los hechos que pasan y se suceden con lógica brutal que salta por encima de opiniones y jerarquías.

¡Prudencia, prudencia! ¡No irritemos á la fiera! ¡Acariciémosla, y procuremos, entre caricia y caricia, cortarle las uñas y limarle los dientes!

Y efectivamente; esos dientes y esas uñas han desgarrado las carnes de los inocentes y candorosos domadores y de todos los católicos que contemplaban el espectáculo.

Pero con ser eso muy grave, no lo es peor. Lo peor es que en todas partes, incluso en regiones como ésta donde los sentimientos parecían más vivos y delicados, llegan los zarpazos hasta las entrañas de la víctima y ésta no se mueve ni se queja. Señal evidente de que se trata de carne muerta.

La prudencia excesiva la ha matado.

(*Luz Católica*, núm. 56=24 Octubre 1901).

IX

Después de los años mil...

Lo que pasó y lo que pasará moralmente en España.

(Imitación de Jeremías, por Alfonso el Sabio).

«Después que la batalla (del Guadalete) fué acabada, desventuradamente fueron muertos los unos é los otros...

E fincara toda la tierra vacía del pueblo, bañada de lágrimas, complida de apellido, huéspeda de los extraños, engañada de los vecinos, desamparada de los moradores, viuda é asolada de los sus fijos, confondida de los bárbaros, desmedrada por llanto é por llaga, fallescida de fortaleza, flaca de fuerza, menguada de conorte, asolada de los suyos...

España que en otros tiempos fué llegada por espada de los romanos, después que guaresciera é cobmenzará por melesina é bondad de los godos, estonces era quebrada, pues que eran muertos é aterrados quantos ella criara.

Olvidados le son sus cantares, el su lenguaje ya tornado es en ajeno, ó en palabra extraña.

España mezquina cató la su muerte; fué cuitada, que solamente non fincó aquí nenguno que la llantee: llamenla dolorida é mas muerta que viva.

Suena la su voz así como en el otro siglo, é sale la palabra así como de so tierra; é diz con la gran cuita: Los homes que pasades por la carrera, parad mientes, é ved si hai cuita nin dolor que semeje con el mi dolor.

E llantos dolorosos é alaridos España lloró. Los sus ojos non se pueden conortar, porque ya non son. Las sus casas é las sus moradas todas fincaron yermas é despobladas.

La su honra é la su prez tornada es confusión, ca los sus fijos é los sus criados todos murieron á espada.

Los nobles é los fijodalgos cayeron en captivo. Los príncipes é los altos homes idos son en deshonra é en denuesto: los buenos combatientes perdiéronse en extremo, é los que antes estaban libres, estonces se tornaron en siervos...

El que fué fuerte y corajoso murió en la batalla; el corredor é ligero de pies non guaresció á las saetas...

¿E quien daría á mí, agua con que toda mi cabeza fuese bañada, é mis ojos fuentes, que siempre manasen

lágrimas, porque llorasen é plañiesen la pérdida, é la muerte de los de España, é la mezquindad, é el aterramiento de los godos?

Aquí se remató la santidad é la religión de los obispos é de los sacerdotes; aquí quedó é menguó el abondamiento de los clérigos que servían las igresias; aquí peresció el entendimiento de las leyes de la santa fe, é los padres é los señores todos perescieron en uno...

Toda la tierra astragaron los enemigos, é las casas hermaron, los homes mataron, las cibdades robaron é tomaron...»

(Crónica de España por D. Alfonso el Sabio).

(*Luz Católica*, núm. 56=24 Octubre 1901).

X

Ignominioso.

Voy á contar un episodio de nuestras guerras de Reconquista.

Mil moros acometieron un día el campamento del ejército cristiano, compuesto de *cien mil* combatientes. Iban éstos bien armados y con los príncipes de la Iglesia y del Estado al frente, y aquéllos empuñaban sendas y roncas trompetas por arma, atronando los espacios con su horroroso estruendo.

Al oír los cien mil soldados cristianos aquel fragor infernal de los mil moros, lejos de atacar á éstos temieron; porque *no eran más que ciento para cada moro.* Entraron, pues, los jefes en conferencia, no para atacar, sino para discurrir, con la prudencia del miedo, la manera de contentar á los mil moros trompeteros, esperando amansarlos y hacer paces con ellos.

Los cien mil soldados, sometiéndose á la prudencia de sus jefes civiles y eclesiásticos, y no acordándose de que Pelayo, el Cid y otros mil y mil héroes de la Reli-

gión y la Patria se levantaron por éstas sin consultar prudencias de Jefes egoístas y poltrones, permanecieron inactivos; mas llegados los moros, y advirtiendo el miedo y la cobardía de sus contrarios, no sólo no aceptaron las proposiciones de paz, sino que desenvainaron sus alfanjes y empezaron á segar cabezas. Los mil alcanzaron de los cien mil una terrible victoria, que fué para España una deshonra grande como cien mil deshonras.

Supongo ya á mis lectores bastante indignados con aquellos miserables que de tal modo se dejaron exterminar. Está bien; no depongan su indignación si les digo que por equivocación he atribuído á bravos católicos de entonces lo que hacen los pusilámines católicos de ahora. Aquel supuesto episodio es nuestra historia presente; aquellos cobardes somos nosotros; aquellos moros son los impíos que en Valencia y varias poblaciones de otras provincias han logrado que las procesiones no salgan; que los católicos no canten el Rosario ni siquiera en los templos; que los niños no puedan ser públicamente consagrados á Dios; que los sacerdotes apenas podamos andar por las calles; que en público y á mansalva se excite las turbas al saqueo, al incendio y al asesinato.

Son los que en el Congreso de los Diputados proclaman santo el liberalismo y más que nunca lo defienden en sus periódicos contra la Iglesia y todos los fieles; son los que en el teatro Español de Madrid llegan al paroxismo del furor, clamando por el exterminio del clero y de los conventos; son los que someten á la justicia laica la vocación religiosa y recorren las calles de Madrid dando mueras á la Religión; son los que en Barcelona y Zaragoza y en toda España se aprestan á acabar con nosotros á sangre y fuego. Son uno contra ciento; somos ciento contra uno, y aun cien veces ciento; y estamos acampados con apatía criminal, esperando estúpidamente la muerte de nuestra fe ó de

nuestra vida, fiados en la prudencia de los jefes de uno y otro orden...

¡Oh gran Matatías! ¿A qué prudente pediste consejo para lavantarte con tus Macabeos contra los Apolonios y los Antíocos? Si yo no te imito como Dios me dé á entender, soy tan cobarde y tan miserable y traidor á mi Dios y á mi Patria como todos los que por miedo se someten á la más ignominiosa de las derrotas...

(*Luz Católica*, núm. 19=7 Febrero 1901).

XI

«Sibbolet»

Es necesario un diluvio de sangre para anegar en ella los vicios y pecados de esta sociedad maldita; y el que lo dude, el que lo niegue, el que se empeñe en no ver como viene Jefté á degollar á los efrateos, ó cómo baja ya el Angel Exterminador para pasar á espada el ejército de Senaquerib, ese se levanta con la más ignorante ó presuntuosa de las soberbias contra el Apóstol que dijo á los Hebreos (IX):

«En el segundo tabernáculo sólo entraba el Pontífice, una vez al año y no sin llevar allí sangre, la cual ofrecía por sus ignorancias y las del pueblo... Ni aun aquel primer testamento fué celebrado sin sangre. Según la ley, casi todas las cosas se purifican con sangre, y *sin derramamiento de sangre no se hace la remisión*».

Cierto que esto alude á los ritos antiguos, no á los de la Iglesia, cuyas víctimas son mejores que las de Israel; pero en cuanto por la sangre se satisface á la justicia de Dios, pagando con sangre los vicios y pecados á que la sangre nos induce, tanto ó mayor cumplimiento tienen ahora que entonces las palabras

del Apóstol. Para sanar al mundo y satisfacer por sus pecados, Dios mismo derramó su sangre porque ninguna sangre bastaba. Y pues la muerte es pena del pecado, el pecado no se paga sin muerte; y para un pueblo de idólatras y *liberales* con quien Aarón *prevarica sin dejar de creer en Dios*, no hay otra medicina que el degüello de veintitres mil hombres, al mismo pie del Sinaí donde Dios pronuncia su Ley; sólo después de tal hecatombe llora el pueblo su pecado y recobra su libertad verdadera.

Y es muy de notar que aquel degüello fué ordenado por Moisés, de quien el Espíritu Santo dice que *era el hombre más manso de la tierra.*

Pues bien; hoy no tenemos un solo Aarón que autorice las libertades de perdición proclamadas por los apostátas; hoy pululan miles de millares de Aarones grandes y chicos; lo que no hay es un Moisés que, siendo modelo de mansedumbre, mande degollar á todos los prevaricadores. Mas si no hay un Moisés, puede venir de los montes un Jefté con unos cuantos bravos para exterminar á los efrateos, hijos de los liberales del Sinaí, tomando moralmente el *Sibbolet* como sentencia de muerte de todo efrateo que niegue su origen y mienta, en vez de arrepentirse y pedir perdón.

Los Aarones forrados de efrateos, los efrateos á quienes descubre su *Sibbolet*, son cada día más numerosos, más atrevidos y se levantan en guerra contra Jefté. No iremos á buscarlos muy lejos, que cerca los tenemos. Precisamente sobre el funesto Silvela y sus declaraciones de libertad para el error ha dicho tales cosas un diario *muy católico*, que para mí, no hay catolicismo peor que el del tal periódico. He aquí una pequeña muestra del *Sibbolet* de este efrateo:

«Hay que confesar que la formación del actual gabinete (Silvela-Maura) *no impresionó desfavorablemente á las personas sensatas.* La entrada del Sr. Maura, hombre enérgico y que tenía hechas declaraciones *muy concretas, sobre todo en lo*

que se refiere á las Ordenes religiosas, ANIMÓ Á LOS AMANTES DEL ORDEN Y Á LOS CATÓLICOS PRÁCTICOS.

Nos tienen tan acostumbrados á lo malo, que ya *nos contentamos con muy poco.*

Pero apenas recibida aquella favorable impresión, ha venido el Sr. Silvela á *enfriarnos* con algunas declaraciones que constan en la nota oficiosa del último Consejo de ministros.

Nosotros tenemos alguna esperanza de que lo dicho por el Sr. Silvela no sea otra cosa que una nueva demostración de su falta de energía para declarar con decisión aquello precisamente que está en su ánimo realizar».

Sólo se ha *enfriado* este periódico, que por lo visto *ardía* de entusiasmo por Silvela y Maura; y es tal su *enfriamiento,* que aun le permite andar buscando excusas y paños calientes en pro del objeto de sus *ardores enfriados.* Con todo esto, habiéndose *enfriado,* se le puede poner el siguiente dilema:

O creías que Silvela y Maura eran capaces de proclamar la libertad para el errror, y en ese caso eres un solemnísimo hipócrita diciendo lo contrario; ó sinceramente creías que no eran capaces de eso, y entonces eres un solemne tonto que tomas las ortigas por malvas. De todos modos estás juzgado.

Las dos cosas puede ser, hipócrita y tonto, ó presumido. Esas son las condiciones que se exigen para meter la pluma en toda materia, sea de Teología ó de culinaria, diciendo *blasfemias santas* contra dogmas santos con *intenciones santas,* y esas condiciones demuestra á veces tener el periódico enfriado, cuando entra de intento ó por incidente en materias de religión. Pocos días hace, discutiendo con un periódico librepensador, decía esta barbaridad piramidal: «También *ha salido* el Sr. J. R.... escarneciendo las justicias de Dios *según las creemos* RAZONABLEMENTE *los católicos*». Y yo *salgo* exclamando con David: *Homines et jumenta, salvabis, Domine!*

Dejando á esta empecatada ciudad, donde á tantos efrateos periodistas traiciona el *Sibbolet,* nos vamos á la villa del oso y del madroño; y topamos con un

colega no menos «católico». El *Sibbolet* suena otra vez.

La cita es tomada del día 9:

«Deducen algunos, con lógica que deseamos á nuestros enemigos, que el avance del mal no es cosa que debe afligirnos, porque es señal de que se avecina el término de lo malo. ¡Qué ilusión tan engañosa, tan pérfida y tan funesta! Que Dios haya hecho alguna vez venir el bien después del mal, verdad es; pero ni siempre lo ha hecho así, como no ha resucitado más que á Lázaro y á otros pocos, ni deja de ser ese hecho, cuando ha sucedido, uno de los milagros de la divina Omnipotencia, y de pertenecer al orden sobrenatural, en el que debemos creer, pero con el que no debemos contar temerariamente. En el orden natural de las cosas, éstas caen del lado que se inclinan, y si se inclinan hacia lo malo, van de mal en peor, y así lo acredita la experiencia».

La atmósfera está caldeada, cargada de miasmas, es pesadísima, irrespirable; y el higrómetro está en los 100° de humedad que afloja todos los músculos; y el electrómetro acusa una abundancia de electricidad atmosférica que destroza los nervios; y hace un año que no llovió y las cosechas se pierden; y todos desean que estalle el rayo y retumbe el trueno y las condensadas nubes se resuelvan en copiosa lluvia, que purifique la atmósfera, refresque la tierra y dé vida á las plantas, «porque es señal de que se avecina el término de lo malo»; pero «¡qué ilusión tan engañosa, tan pérfida y tan funesta!» quiero decir, ¡qué *Sibbolet* tan efrateo!

Son unos ilusos pérfidos y funestos los que tal lluvia desean; el efrateo de la corte lo asegura, ese que sabe y dice que «Dios ha hecho *alguna vez* el bien después del mal», contra los que sabemos y decimos con el dogma católico que Dios *nunca, nunca* consiente el mal sino para que después venga el bien, un bien cuya magnitud hace las más veces exclamar á los providencialistas, imitando al sublime autor del *Exultet jam:* «¡Oh feliz mal, que tanto bien nos has traído!»

El *Sibbolet* de este efrateo significa también que Dios no resucitó más que á Lázaro y á *otros pocos*, unos pocos que realmente algunos Santos hicieron llegar á un regular número de millares. Y asimismo significa que no debemos esperar *prudentemente*, con prudencia católica, en el favor de la divina Providencia; porque el efrateo no admite medio entre milagros y hechos vulgares, ni reconoce la acción de Dios en cosas de especial Providencia ordinaria. O lo extraordinario y sobrenatural *quoad se*, ó no hay Providencia: ó la resurrección de Lázaro, ó nada: y aquí no hay medio.

«Debemos creer en el orden sobrenatural; pero no debemos contar con él *temerariamente*». Si debemos contar con él *no temerariamente*, esto es, católicamente, ortodoxamente, piadosamente, esa no es cuenta del efrateo; su cuenta es ir entibiando poco á poco la fe en la divina Providencia, porque así lo piden las necesidades del régimen zaparrastroso del *Sibbolet* liberal ó efrateo, y así la condescendencia criminal de estos Aarones que creen firmemente en Dios y fomentan la libertad del pecado.

El primero que públicamente proclamó á Jesús Hijo de Dios, fué el demonio por boca de un poseso. Pues si el demonio pudo decir tal verdad, no es mucho que Blasco Ibáñez dijera esta otra en su periódico, refiriéndose nominalmente, pocos días ha, á esos «católicos» periodistas de nuestro cuento: «Conozco esa lógica de sacristía, que discurre en las columnas de ciertos periódicos, *como podría discurrir un zapato*».

De las místicas *sibboleterías* de los modernos efrateos á negar que los Angeles puedan traer la Cruz de la Victoria, y que ocupen el lugar de San Isidro Labrador, y que la oración de Moisés alcance el favor del cielo contra los enemigos de Israel, va muy poco, y harto menos cuando se toma por *oriflama* la libertad para esos y otros *errores*. Y esos fueron los que *El Es-*

pañol, órgano del Maura querido de los nuevos efrateos, estampó á principios de Agosto último diciendo:

«Sólo á viejas y á niños encanta ya el relato de aventuras en que intervienen duendecillos y fantasmas: sólo espíritus muy inocentes, libres del contagio de la incredulidad reinante, se recrean ante la visión de seres celestes, interviniendo en los negocios de los hombres, labrando la cruz destinada á premiar la virtud de un rey, roturando el campo de algún varón bienaventurado...., sólo, en fin, almas muy cándidas creen que la protección del Dios de las batallas se alcanza con elevar al cielo las manos inermes cuando el peligro arrecia».

Y ¿cómo se ha de lavar tanta incredulidad, tanta apostasía, tanto error, tanto escándalo, sino con un río de sangre como el que corrió al pie del Sinaí? ¿Cómo se ha de acabar con las traiciones y soberbias de los hipócritas efrateos, sino enrojeciendo con su sangre las aguas del Jordán?

«¡Espada, espada, sal de tu vaina para degollar, afílate para dar la muerte y relumbrar, prepárate á descargar tus golpes en los cuellos de los impíos, para quienes llegó el plazo señalado á su maldad». (EZECH., *XXI*, *28 y 29*).

(*Luz Católica*, núm. 116=25 Diciembre 1902).

XII

La Corte del Gran Monarca.

La primera carta de San Francisco de Paula, reproducida en el número 5 de *Luz Católica*, dice, según recordarán nuestros lectores:

«Los primeros que pertenezcan á esta Orden (la religioso-militar de los Crucíferos) serán de la ciudad de..., ciudad en la cual abundan mucho la iniquidad, los vicios y los pecados. Se trocarán los de esta ciudad de mal en bien, de rebeldes á Dios en siervos suyos fidelísimos y fervorosísimos. Será tal ciudad amada de Dios y del Gran Monarca elegido y amado del Altísimo.

«Por virtud del lugar de... todas aquellas almas santas que han hecho penitencia en dicho lugar, rogarán en la presencia de Dios por aquella ciudad, la hará libre y corte del imperio, y vendrá á ser una de las primeras ciudades del mundo».

¿Qué ciudad es esta tan privilegiada? Años ha que lo sospechamos ó, por mejor decir, lo sabemos: es Valencia. Si no temiéramos extendernos demasiado, daríamos aquí pruebas terminantes de que hace ya mucho tiempo que lo pensamos así. Esto no prueba que lo sea, claro es: ¿qué puede importar una afirmación nuestra, sea vieja ó nueva? Pero prueba que nuestra idea tiene alguna razón por su parte, cuando por tanto tiempo se mantiene firme.

En efecto, muchas razones tenemos para afirmar que la corte del Gran Monarca, *la ciudad donde éste empezará*, es Valencia. Hasta hace poco, creímos también, siquiera muy lejanamente, que podría empezar en Barcelona; hoy no pensamos así; hoy nos quedamos con Valencia. Querrán nuestros lectores saber las razones y no se las podemos dar por ahora. ¿Por qué? Lo diremos, á riesgo de ser inmodestos.

Hemos hecho de las profecías un estudio muy largo, un examen crítico muy detenido; las hemos meditado mucho y consultado mucho en presencia de Dios; y así como hemos hallado mucha paja entre el buen grano, así hemos hallado también grano en abundancia y razones que no serían comprendidas sino de los que se toman el trabajo de estudiar las profecías como nosotros. ¿Quién se toma este trabajo? Nadie que sepamos. Pues siendo así, no es razón que digamos lo que no se ha de apreciar en su justo valor.

Verdad es que á fuerza de explicaciones se comprendería algo; pero ¿es prudente darlas? Creemos que no; y además, siendo sólo *algo*, es decir, poco, no vale la pena de perder el tiempo. Con esto no queremos decir, en ningún concepto, que tengamos más aguda inteligencia que los otros, sino que hemos

estudiado más, lo cual nos pone en condiciones de ver más. Podríamos dar razones de mucho peso, y se reputarían leves, así como los ojos bien organizados distinguen muy bien la luz y los objetos que los ojos débiles ó enfermos distinguen confusamente, ó como dijo San Agustín: *oculis aegris odiosa est lux, quae sano est amabilis.*

Una sola cosa podemos declarar, porque sólo de algunos días á esta parte nos hemos dado perfecta cuenta de ella; no la habíamos reparado antes. De las cartas de San Francisco de Paula parece desprenderse que la privilegiada ciudad le ha de ser devota. Pues bien; Valencia tiene tal devoción á este bendito Santo, que no conocemos ciudad alguna de España ni de fuera que le profese tanta. El que lo dude, pásese estos días por San Sebastián, donde se conserva un hábito del Santo y está establecida su Tercera Orden; ó por los Santos Juanes, donde está su congregación; ó por San Esteban, donde tan espléndido culto le están dando muchos de sus devotos, y verá cómo se celebran en Valencia los trece viernes de San Francisco de Paula, y luégo díganos si en otra parte del mundo se le da culto con tanta devoción y esplendor.

Para nosotros, Valencia es la ciudad del Gran Monarca, sea éste quien sea, venga de donde venga, esté ya entre nosotros ó esté lejos, sea pecador ó sea justo.

(*Luz Católica*, núm. 18=31 Enero 1901).

XIII

De la misma corte.

Por el Sr. Gómez Castillejo, Pbro.

PROP. 35. El P. Corbató *no* muda de parecer al estampar en su Revista una vez que la corte del Gran Monarca será Valencia, y otra que Barcelona.

He aquí una aparente contradicción, ó mejor dicho, una mala inteligencia de los pasajes en que de esto se habla.

La opinión del P. Corbató en cuanto á la corte del Gran Monarca, al interpretar las profecías referentes á este asunto, es, y siempre ha sido, que será Barcelona; al pronto duda si será Barcelona ó Valencia; estudia y medita más, y el efecto de esta meditación y estudio es decidirse por Barcelona, aunque también cree que el reinado del Gran Monarca, así como la Orden de los Crucíferos, *tendrán principio* en Valencia. Mas trasladada *definitivamente* la corte á Barcelona, quedará también Valencia como ciudad real, ó corte menor, así como lo es en la actualidad Aranjuez respecto de Madrid.

Vamos á probarlo con citas y palabras del P. Corbató, erudito y fiel intérprete de las profecías referentes al Gran Monarca.

1.° En la carta primera de San Francisco de Paula á Simón de la Limena, se dice: «Los primeros que pertenezcan á esta orden serán de la ciudad de...»

Sobre este punto hay una nota que dice: «Se omite el nombre en el original; pero nuestro intérprete (el P. Corbató), por graves y largas razones que expondrá en otra ocasión, tiene por casi cierto que esta ciudad es Valencia, aunque también *podría ser* Barcelona».

Prosigue la carta, en el párrafo penúltimo: «y coronado que sea (el gran Capitán de la Santa Milicia del Espíritu Santo) de tres admirables coronas, exaltará aquella ciudad, la hará libre y corte del imperio...». (*Luz Católica*, pág. 71, del T. 1.°).

Por donde la corte del Gran Monarca, según opinión del P. Corbató, en este lugar, será Valencia, aunque también *podría ser* Barcelona. Se inclina más por Valencia, aunque no rechaza á Barcelona.

Y este es el primer grado de su opinión.

2.° «Muchas razones tenemos para afirmar que la corte

del Gran Monarca, la ciudad donde éste *empezará*, es Valencia. Hasta hace poco, creímos también, siquiera muy lejanamente, que podría empezar en Barcelona; hoy no pensamos así; hoy nos quedamos con Valencia». (T. 1.º de *Luz Católica*, página 284, col. 1.ª).

De aquí se sigue que el P. Corbató continúa teniendo, como antes, á Valencia como corte del Gran Monarca; pero como corte en donde *empezará* su reinado, no como corte definitiva; por eso aunque excluye otra vez á Barcelona, no es en absoluto, sino en cuanto á no ser la ciudad en donde *empezará* la corte del Gran Monarca. Lo cual no excluye el que Barcelona pueda ser después corte *definitiva*, quedando Valencia como sitio real.

3.º «...En nuestra opinión, el Gran Monarca y sus Cruciferos *empezarán* en Valencia; pero una vez arregladas las cosas, fijará aquél su corte en Barcelona...»

«Valencia obtendrá la misma suerte *en cuanto quepa*»: (de ser corte del imperio y una de las principales ciudades del mundo).—(*Luz Católica*. T. 1.º, pág. 753, col. 1.ª al fin, y principio de la 2.ª).

Aquí ya confirma el P. Corbató que Valencia será donde empiece la corte del Gran Monarca y asegura que éste la *fijará definitivamente* en Barcelona: quedando Valencia como corte inferior ó sitio real.

4.º Habla entusiasmado el P. Corbató de los privilegios de Barcelona, y adelanta en su opinión de que ésta será la corte *definitiva* del Gran Monarca, convirtiéndola en convicción, y diciendo:

«Barcelona será la moderna Covadonga de la Reconquista contra la dominación liberal, no sólo en España, sino en todo el mundo, y en consecuencia será la corte del Gran Monarca prometido por mil santos profetas á nuestra abatida raza». (*Luz Católica*. T. 2.º, pág. 498, col. 2.ª).

Aquí tiene el Sr. *Vindex* el desarrollo metódico y concienzudo de las opiniones del P. Corbató sobre la corte del Gran Monarca. Muestre la contradicción. ¿Cómo la ha de mostrar si no la hay?

Dijo primero que también *podía* ser Barcelona (la

ciudad en donde empezaría la Corte); después de mayor estudio, asegura que no *empezará* en Barcelona, sino en Valencia. Y en esto no hace sino resolver en favor de Valencia una duda, cuya resolución se disputaban ésta y Barcelona. En tercer lugar vuelve á asegurar que la corte *empezará* en Valencia y se fijará *definitivamente* en Barcelona.

Y desde este punto, aclaradas con el estudio y meditación sus dudas, siempre dice lo mismo de Valencia que de Barcelona.

¿Y á esto llama *Vindex* contradecirse?

Entonces todos los sabios, todos los intérpretes de las Sagradas Letras, y los investigadores de la naturaleza se han contradicho; porque ¿quién de ellos no ha afirmado con *certeza* lo que antes afirmó *con duda?* ¿Quién no emitió afirmaciones que parecían estar en contradicción, sin estarlo, para aquellos que podían descubrir en una afirmación, que si lo era respecto á un objeto *simpliciter,* lo era respecto de otro *secundum ubid*, ó viceversa?

Efectivamente; el P. Corbató ha afirmado que Valencia y Barcelona serán cortes del Gran Monarca; pero aquélla como principio, ésta como fin: aquélla provisional, ésta definitiva.

En resumidas cuentas; ¿que podía alguna vez el P. Corbató contradecirse ó equivocarse? ¿Y qué? Lo que entonces se vería, es que en aquel punto es falible y no profeta; que no acertó en aquel punto de interpretación de las profecías. ¿Y por eso se habría de decir que éstas son falsas? De ningún modo.

Esa no es legítima consecuencia.

(*Luz Católica*, núm. 119=15 Enero 1903).

XIV

El autor del «Liber Mirábilis» al nuevo Savonarola.

«¡Oh tú, luchador intrépido, que te preparas contra los silbidos y mordeduras de la víbora!; aprende con qué armas debes combatir. He aquí tu armadura: la fe por escudo, la sencillez por coraza, por espada la oración; esas son las armas de que tú necesitas.

»¡Pluguiese á Dios que la verdad contase tantos defensores como enemigos, y que los que militan en favor de ella fuesen movidos por el amor mismo de la verdad! Entonces expondrían voluntariamente su vida por ella; pero desgraciadamente, si son pocos sus defensores, aun son menos los que la aman y siguen por sí misma. ¿Dónde están los que exponen su vida por ella?

»Recuerdo haber oído anunciar hace algunos años á aquel que con frecuencia hablaba públicamente al pueblo (Savonarola) que la indiferencia llegaría á ser el enemigo más terrible de la verdad, y que esta lucha sería más grave y peligrosa que la librada en otros tiempos por los mártires contra los tiranos (profecía hoy plenamente confirmada); porque, en efecto, al llegar el tiempo de aquélla, el hombre justo se hallará en presencia de un poder dos veces armado, con espada espiritual y con espada terrena. De esta suerte apretado, digámoslo así, el justo entre dos barreras, si teme faltar á su conciencia, no menos teme apartarse de la verdad; alternativa difícil y penosa para el hombre que, siendo de una naturaleza débil, no puede resistir estas conmociones.

»Aquel que hablaba públicamente añadía también que la fe tendría que combatir al mismo tiempo con la prudencia eclesiástica y con la prudencia seglar, con la malignidad franca y la solapada, con la tibieza y la hipocresía.

»Acordaos que así ha sucedido desde el principio del mundo, y que siempre la verdad ha tenido en la arena del combate la impiedad por enemiga; pero el combate nunca ha sido dudoso, y el Evangelio vencedor en todas las luchas que le fué preciso librar, al fin triunfó de todos los esfuerzos de la mentira. Así la Iglesia, aunque herida algunas veces en la lid, siempre obtuvo la palma, siempre salió gloriosa y triunfante del combate.

»Armate contra los indiferentes ó tibios, combátelos con

ardor; no temas su poder, ni su ciencia, ni su malicia, porque las armas de que estás revestido te dan segura protección y el Señor está contigo. Confundidos serán tus perseguidores, y tú serás glorificado en el gozo del Señor. Esos incrédulos, esos tibios que momentáneamente se atreven á negar tu superioridad, pronto se verán forzados á confesar su impotencia, su vergüenza y su remordimiento.

»Hace ya cinco años *(sic)* que te ves en el trance de tener que soportar las violencias de su choque, y sin embargo, no te has abatido, antes al contrario, has crecido y te has ganado las alabanzas y los efectos de los hombres de bien. Alégrate de esto, Esposa de Cristo; cuanto más adversarios tengas, más segura puedes estar del apoyo del Señor.

»En vano el dragón infernal, más furioso que nunca, rodando sobre sus inmensos anillos, erguida la cabeza y echando fuego de los ojos, arroja contra ti su soplo envenenado. Reconcentrando todas sus fuerzas, lánzase al combate con toda furia, para impedir la salud de las almas; pero es en vano, porque, como dice Zorobabel, la verdad permanece y prevalece eternamente, y vive por los siglos de los siglos: escrito está que *la verdad vivirá eternamente.*

»A Dios, bravo luchador. *Deo gratias.*»

(*Luz Católica*, núm. 15=10 Enero 1901).

XV

El «Adviento» del «Deseado».

Rorate, coeli, desuper...

¡Señor, que perecemos!... Violenta
ruge la tempestad;
y la pobre barquilla de la Patria,
envuelta en agua, zozobrando va.
El relámpago ruge en las alturas,
en lúcidos zig-zags;
hórrido el trueno allá al confín retumba;
brama doquiera horrísono huracán.
Y la pobre barquilla de la Patria,
rota y desecha ya,
en el mar sin confín de la desgracia,

envuelta en agua zozobrando va...
Pecamos, Señor Dios; indignos somos
de lástima y piedad.
Pecamos, Señor Dios; pues consentimos
blasfemase el impío ante tu altar.
Pecamos, sí; y tu divinal Justicia,
sobre el pueblo desleal
ha caído pesada y manifiesta,
nuestras faltas, Señor, para vengar.
Reyes has consentido, que procuran
placeres y caudal;
gobernantes sin ley que nos subyugan
y azótannos al rostro sin piedad.
Y la pobre barquilla de la Patria,
que azota el vendabal,
de babor á estribor y rechinando,
envuelta en agua, zozobrando va...
¡Piedad, Señor! Aun somos tus hijos.
¡Piedad, Padre inmortal!
Hijo pródigo, vuelve arrepentido
á Tí este pueblo, en busca de piedad.
Escúchanos, Señor; caiga tu mano
sobre el bando inmoral,
instrumento hasta hoy de tu justicia,
secuaces de la carne y de Satán.
¡Azótales, Señor! Alza tu mano,
y á una rodarán
sus planes cimentados sobre arena,
y su mismo recuerdo morirá.
Y la pobre barquilla de la Patria,
libre de lastre tal,
hacia el mar placentero de la dicha
gallarda y fácilmente engolfará...
¡Escúchanos, Señor! Serena el cielo,
y apaga el huracán;
abre las nubes ya de tu Justicia,
y llueva el cielo al *Deseado* ya.
Y calmada, á su acción, Naturaleza,
flores renacerán,
y el sol lucirá espléndido en el cielo,
y la armonía tornará á reinar.
Y al olor inmortal de las virtudes
de este pueblo leal;
bajo la mano experta del *deseado*
Monarca que los cielos lloverán,
Esta pobre barquilla de la Patria,

en marcha triunfal,
por el mar esplendente de la gloria
feliz navegará...

Un Carlista Catalán,
amante de «Luz Católica».

(*Luz Católica*, núm. 64=24 Diciembre 1901).

FIN DE LA PRIMERA PARTE

ÍNDICE

CAPÍTULO III.—Racionalidad de la cuestión, según los hombres previsores.

CAPÍTULO IV.—Racionalidad de la cuestión, según la inminencia de los acontecimientos.

CAPÍTULO VII.—Racionalidad de la cuestión, según periodistas y oradores.

CAPÍTULO VIII.—Racionalidad de la cuestión, según el programa carlista.

CAPÍTULO IX.—Racionalidad de la cuestión, según la vocación de España.

CAPÍTULO X.—Varios.

OBRAS DEL P. JOSÉ DOMINGO MARÍA CORBATÓ — TOMO LVII

SERIE VII—HISTORIA DE LO FUTURO—TOMO VII

APOLOGÍA DEL GRAN MONARCA

SEGUNDA PARTE

TEMAS CAPITALES

SOBRE EL GRAN MONARCA Y SU IMPERIO

PUBLÍCASE CON EL DEBIDO PERMISO

VALENCIA

BIBLIOTECA ESPAÑOLISTA

1904

OBRAS DEL P. CORBATÓ

DE VENTA EN LA

BIBLIOTECA ESPAÑOLISTA

EN BOU, 12.—VALENCIA

Revelación de un secreto, ó introducción á la Regla de la Milicia de la Cruz.— Nuestros amigos saben á qué atenerse sobre esta importantísima obra.

Regla Galeata de la Milicia de la Cruz.—Un tomo en 4.º holandés. Precio **4 pesetas**. Es la solución clara y categórica de todas las presentes cuestiones religioso-político-sociales, en lo fundamental de ellas.

Apología del Gran Monarca.—Dos tomos en 4.º holandés. Precio: **8 pesetas.**— Es una obra de trascendental importancia y de actualidad candente, en que se demuestra hasta la última evidencia la racionabilidad é incontrastable solidez de las predicciones relativas al Gran Monarca.

El Españolismo de Aparisi Guijarro.—Discurso pronunciado en París. Elegantemente impreso.—Precio: **una peseta.**

Carlismo y Españolismo.—Párrafos literales de varias cartas del **P. Corbató.** Folleto de 60 páginas.—Precio: **0'20 pesetas.**

Catecismo Cristiano-Católico.—Según graves teólogos, es el mejor compendiado y más oportuno para las necesidades de la época presente. Un tomito de 128 nutridísimas páginas.—Precio: **0'20 pesetas.**

Observaciones apologéticas sobre la vida y costumbres del P. Corbató.—Precio: **0'50 pesetas.**—Gratis á nuestros subscriptores.

Exposición á D. Carlos de Borbón.—Folleto importantísimo de actualidad.— Precio: **0'20 pesetas.**

EN PRENSA

Estudios católico-políticos.—Un tomo en 4.º holandés.—Precio: **4 pesetas.**— Ventílanse en esta importante obra las principales cuestiones de actualidad, en su concepto católico, político y social.

El Regionalismo.—Folleto en que se vindica la idea católica del regionalismo español.—Precio: **0'20 pesetas.**

Memorias de un viaje de propaganda.—Folleto sobre la vocación de España con relación á las tradiciones, profecías, carlismo y españolismo.—Precio: **0'20 pesetas.**

Memoria póstuma del general D. Salvador Soliva, con abundantes notas aclaratorias.—Precio: **0'20 pesetas.**

NOTA.—Todos los libros y folletos de esta Biblioteca se dan por la mitad del precio á los señores subscriptores de **La Señal de la Victoria** que estén al corriente con nuestra Administración.

Colecciones de LUZ CATÓLICA

(Los cuatro años).

Dos tomos en folio, á dos columnas, de más de mil páginas cada uno, con abundantes índices por orden de materias.—Precio de cada tomo en rústica, **8 pesetas;** elegantemente encuadernado, **10 pesetas.**

Tapas sueltas, elegantes y fuertes para encuadernar la colección.—Precio para cada tomo: **una peseta;** por correo, **1'50 pesetas.**

Números sueltos, 15 cénts. Por correo, 20 cénts.

APOLOGÍA DEL GRAN MONARCA

SEGUNDA PARTE



OBRAS DEL P. JOSÉ DOMINGO MARÍA CORBATÓ—TOMO LVII
SERIE VII—HISTORIA DE LO FUTURO—TOMO VII

APOLOGÍA
DEL GRAN MONARCA

SEGUNDA PARTE

TEMAS CAPITALES

SOBRE EL GRAN MONARCA Y SU IMPERIO

PUBLÍCASE CON EL DEBIDO PERMISO

VALENCIA
BIBLIOTECA ESPAÑOLISTA
1904

CAPÍTULO XI

EL IMPERIO DEL GRAN MONARCA

CAPÍTULO XI

EL IMPERIO DEL GRAN MONARCA

PÁRRAFOS LITERALES EXTRACTADOS DE LAS OBRAS DEL P. ANTONIO DE VIEYRA..., S. J. (1)

INTRODUCCIÓN

En el capítulo IV, art. I, dijimos por qué el célebre P. Vieyra se equivocó en la aplicación que hizo de muchas profecías acerca del Gran Monarca y su imperio; mas fué equivocación en aplicarlas á un príncipe portugués, no en lo demás, no en interpretarlas con una lucidez casi profética; porque si, en cuanto al tiempo en que debían cumplirse, tampoco anduvo enteramente acertado, fué por consecuencia de dicha aplicación, y aun así, acerca de la fecha del cumplimiento escribió consideraciones tan acertadas como vimos en dicho lugar y otros.

Por lo demás, con el mismo artículo repetimos que ni aun respecto de la aplicación que hizo á Portugal erró tanto como en sus escritos aparece á primera vista, puesto que Portugal formó y formará parte del reino de las Españas, y probablemente (nosotros lo tenemos por seguro) será teatro de algunos sucesos que las profecías anuncian.

(1) Trabajo publicado en *Luz Católica*, desde el núm. 103, 25 de Septiembre de 1902, al núm. 116, 18 de Diciembre de 1902.

Fuera de estos aparentes lunares, que en realidad no son de tener muy en consideración, el trabajo del P. Vieyra acerca del imperio del Gran Monarca es notabilísimo. Suprimiendo las palabras que tal vez por exceso de patriotismo apropió exclusivamente á Portugal y sus príncipes, de sus atinadísimas reflexiones se deduce lógicamente que las profecías se refiere á España y á un rey español en primer lugar, y algunas, secundariamente, á Portugal, por la razón ya indicada.

Gran servicio, pues, creemos hacer á nuestros lectores ofreciéndoles en pocas columnas lo que el P. Vieyra, escribiendo muchas, descubrió sobre el imperio del Gran Monarca. Quizá nosotros, dados los elementos de que disponemos y de que el P. Vieyra carecía, pudiéramos hacer este trabajo más nutrido de datos y profecías que el suyo; pero seguramente para algunos de nuestros lectores no sería tan ponderable como el del insigne P. Vieyra, ya que muchos se fían más de la celebridad de la persona que de la abundancia y solidez de sus razones.

Empecemos, pues; pero antes, á fin de prevenir y atajar las befas de cuatro *oficialillos* que no admiten eso del imperio universal porque dicen «es cosa de ilusos y mentecatos», vuelvan á leer esto que, cuando era casi oficial en el partido la fe en el Gran Monarca, les decía su propio Rey en el *Diario*, según lo pusimos ya en el cap. VIII. Lo repetimos porque debe ser para ellos de grandísima importancia.

«La raza latina tiene que salvarse ó perecer para siempre. No creo que esté destinada á esto. Entonces necesita una unión, pues ha pasado el tiempo feudal; se acaban las naciones, y de las razas es el porvenir. Prueba de ello, Alemania, Rusia y los Estados Unidos. ¿Quién sabe si á los Borbones les ha reservado la Providencia esta misión? (1). Pero de todos modos, traten ellos de hacerse dignos.

---

(1) El Gran Monarca es descendiente de la *rama antigua* de los Borbones y los Austrias, según todos los profetas.

»Esto pensaba yo en mi retiro de Ebenzweyer, luego de casado; pensaba en una confederación latina; como español pensaba en unas Cortes de la confederación en Madrid, como punto céntrico de los latinos de uno y otro mundo, y veía la bandera federal latina respetada por todos.

»La corriente del siglo XIX tiene su origen en la Revolución francesa. De pocos años á esta parte toma cuerpo en Europa otra idea, que es nueva y antigua: yo... tan sólo me paro á considerar los síntomas inevitables de salvación que veo para España, y tal vez para nuestra raza. Estoy convencido que, si han de vivir los pueblos latinos, á España deberán la vida, y esa vida se mantendrá por los grandes principios que están escritos en nuestra bandera.

»Pero, por fin, ¿qué sucederá? Que no habrá en España más que una solución (1), y se sabrá que esta solución sirve para el caso. Eso es lo que sucederá, y probablemente de España, no de Francia, vendrá la LUZ que Europa necesita y América también, y á su resplandor podrá empezarse la grande obra que reclama más que nadie esta vieja, abatida y degenerada raza latina, para la que todavía puede haber días de grandeza y bienestar».

Esta confederación de que habla D. Carlos, asemejándola á los imperios de Rusia, Alemania y Estados Unidos; esta confederación que tiene su centro en la capital de España (Madrid ó Barcelona: para el caso importa poco); esta solución que á las contiendas de uno y otro mundo ha de dar España, es, ni más ni menos, lo profetizado sobre el imperio del Gran Monarca; imperio que será una verdadera confederación, regionalista en las Españas y nacionalista en cuanto á las demás naciones.

Vean, pues, los carlo-oficiales, de quién hacen befa cuando la hacen del sobredicho imperio; hácenla de su propio Rey; *mentita est iniquitas sibi.*

Pasemos ya al P. Vieyra.

---

(1) Que será la solución españolista del carlismo formado por España, no la del carlismo *reformado* por los corrompidos de las altas camarillas carlistas.

I

Dilación de las divinas promesas.

Dando gracias á Dios el Profeta Isaías, y enseñándonos lo que debemos ponderar mucho en semejantes casos al nuestro, dice así: «*Domine, Deus meus es tu:* Vos, Señor, verdaderamente sois mi Dios: *Et exaltabo te, et confitebor tibi:* Os he de exaltar, os he de alabar, os he de dar muchas gracias». Y ¿por qué? «*Quoniam fecisti mirabilia:* Porque obrasteis grandes maravillas». Y ¿qué maravillas? «*Cogitationes antiquas fideles:* Haciendo que vuestras promesas, siendo tan antiguas, fuesen fieles y se cumpliesen». Y cierra este su dicho el Profeta con una cláusula extraordinaria, añadiendo: *Amen. Cogitationes antiquas fideles: Amen.* Como si dijera: «Así lo prometisteis, y dijisteis tanto tiempo antes, y así lo vemos ahora».

De manera, que la circunstancia que Isaías tanto pondera y encarece en las promesas antiguas de Dios, es que su antigüedad no disminuyese, ni enflaqueciese su verdad: *antiquas, et fideles.* Mas esta circunstancia ó advertencia, tan ponderada y encarecida, ni parece digna de ponderación, ni de encarecimiento, ni aun de reparo. La verdad infalible de las promesas de Dios, ninguna dependencia tiene del tiempo: tanto importa que sean antiguas, como modernas; porque ni la brevedad les asegura la firmeza, ni la dilación las puede hacer dudosas.

En la última noche de su vida prometió Cristo á San Pedro que le había de negar tres veces; y en la misma noche le negó. En el principio del mundo prometió Dios á la serpiente, que una Mujer la había de quebrar la cabeza; y de allí á cuatro mil años se la quebró la Bendita entre todas las mujeres. Pues si

para la entereza inviolable de la palabra Divina tanto importa la brevedad de cuatro horas, como la dilación de cuatro mil años, ¿cómo pondera tanto el mayor de los Profetas Mayores, que la palabra de Dios en sus promesas antiguas sea fiel, y no falte al cumplimiento de ellas, y que así como Él antigua y antiquísimamente pronunció las promesas, así los efectos les corresponderán después con los Amenes? *Cogitationes antiquas fideles: Amen.*

La razón natural y verdaderamente admirable de esta circunstancia, que no lo parece, es porque en los tiempos, en los años, y mucho más en los muchos siglos, como la variedad y mudanzas de las cosas humanas son tantas como las vueltas de la rueda de la fortuna, que nunca para, es fuerza que contra la firmeza y estabilidad de los sucesos futuros ocurran muchos encuentros, muchos impedimentos, muchos estorbos, muchas dificultades, muchos embarazos, y grandísimas implicaciones. Y cuantas veces Dios desvía esos encuentros, desimpide esos impedimentos, estorba esos estorbos, facilita esas dificultades, desembaraza esos embarazos, y desarma y deshace esas implicaciones, tantas son las maravillas que la Providencia, Sabiduría y Omnipotencia Divina obra, para mantener la verdad de sus promesas contra la misma antigüedad de ellas: *Quoniam fecisti mirabilia; cogitationis antiquas fideles.*

II

Quiénes obtendrán el triunfo y de quiénes desciende el Gran Monarca.

Un solo reino tenemos de fe que fundó Dios en este mundo, y fué el reino de Judá, en el pueblo que en aquel tiempo el mismo Dios llamaba *suyo*. Oigamos ahora lo que dice por boca de Jacob el Texto sagrado,

pronosticando los sucesos futuros de este reino: *Non auferetur sceptrum de Juda, et Dux de femore ejus, donec veniat qui mittendus est.*

Nótese mucho la palabra CETRO, *sceptrum*, y la palabra DUQUE, *Dux*. La palabra *sceptrum* significaba á los Reyes; la palabra *Dux* significaba á los Duques; y dijo, que no faltarían los Reyes y los Duques de la misma descendencia de Judá: *Sceptrum Juda, et dux de femore ejus*, en fe y profecía cierta de que los Duques habían de substituír á los Reyes, á falta de ellos. Así fué puntualmente, porque después de la transmigración de Babilonia, al último de los Reyes, que fué Joaquín, sucedieron los Duques, de que fué el primero Zorobabel, y después de él los demás hasta los Macabeos.

En los mismos Macabeos tiene la Casa (del Gran Monarca) una admirable confirmación y demostración de lo que digo.

Viendo algunos de la misma nación judaica, mas no la de la misma familia, las grandes victorias de los Macabeos, émulos de la misma gloria, formaron un pie de ejército y salieron contra los enemigos, que en aquella ocasión eran los jamnianistas; mas al primer encuentro, muertos dos mil que quedaron en el campo, los demás lo desampararon, huyendo con las manos en la cabeza.

Y ¿por qué fué este suceso tan diverso de los que lograban los Macabeos? Da la razón la Escritura con un documento muy notable (I. Mach. V. 62).

«*Quia non erant de semine virorum illorum, per quos salus facta est in Israel.* Porque no eran de la sangre y descendencia de aquellos varones que Dios reservó para la salvación de Israel».

De suerte que, así como el General no mete todo el poder en la batalla, sino que deja siempre en reserva los que en los ejércitos romanos se llamaban *Triarios*, esto es, los más escogidos y valerosos soldados,

para acudir y socorrer donde la necesidad lo pidiere, así Dios, cuando quiere conservar un reino, divide la sangre Real de él, como en dos líneas, para que la falta de una se defienda y sustente en la otra; y esta segunda, no de cualquiera generación ni diferentemente, aunque de la misma nación, sino escogida y de sujetos señalados y heroicos, en que quede depositado y como vivo el valor de sus ascendientes.

Nota.—Son admirables por muchos conceptos estos párrafos del insigne Jesuíta. Parece que los profetas canónicos le estaban diciendo:

«Habrá un partido, corruptor de una gran Causa, que pretenderá salvar una gran nación; pero será siempre derrotado, porque *no será de la sangre y descendencia de aquellos varones que Dios reservó para salvarla.* Los reservados por Dios para esta gran obra serán los nuevos Macabeos, cuyo duque ó capitán, descendiente de antigua sangre real, acabará con las corruptelas cortesanas de los reyes, y él mismo no será rey como los pasados, sino duque, esto es, guía, maestro, padre, como los príncipes Macabeos, que fueron sacerdotes y soberanos; pero no reyes hasta que degeneró la raza con Aristóbulo».

No habíamos reparado hasta hoy en la maravillosa conformidad que descubren estas interpretaciones de los Profetas canónicos, hechas por el P. Vieyra, con el texto de los Profetas posteriores y las interpretaciones que de éstos y aquéllos ha hecho *Luz Católica.*

Ya lo ven nuestros lectores: cuanto más adelantamos, mas autoridades hallamos en confirmación de lo que venimos publicando acerca del Gran Monarca. Los ignorantes se burlan; los sabios aprueban: ¿qué importan aquéllos, cuando éstos nos dicen que vamos por buen camino?

(*Luz Católica*, núm. 103=25 Septiembre 1901).

III

El Sacerdocio y el Imperio.

Ego enim edificator sum Regnorum, et imperiorum. Todo lo que de aquí en adelante he de decir, confirma este mismo pensamiento. Y para que lo entendamos mejor y hagamos de él el concepto y estimación que merece, sepamos qué Imperio es este. Ahora lo veréis, mucho más que hasta aquí. Digo que este Imperio no será el de Alemania, ni otro alguno de los que hasta ahora adquirió el valor ó repartió la fortuna, sino un Imperio nuevo, mayor que todos los pasados; no de una sola Nación, ó parte del mundo, sino universal y de todo él. Que haya de haber este Imperio, es cierto y constante de muchas Escrituras Sagradas.

Nabucodonosor, aquel gran monarca, se puso una noche á considerar si su imperio sería perpetuo, ó si después de él sucederían otros en el mundo; y durmiéndose con estos pensamientos, vió aquella famosa estatua, tantas veces predicada en los púlpitos, cuya cabeza era de oro, el pecho de plata, el vientre de bronce, y de allí hasta los pies de hierro. Vió más; que una piedra, caída de lo alto, dando en los pies de la estatua, la derribaba y la hacía polvo; y la misma piedra, creciendo, se aumentaba y dilataba convirtiéndose en un monte de tanta grandeza, que henchía toda la tierra.

Este fué el sueño de que Nabucodonosor se olvidó totalmente, hasta que el Profeta Daniel se lo trajo otra vez á la memoria y le declaró la significación de él.

La cabeza de oro, dice Daniel, significa el primer imperio; que es el de los asirios, á que han de suceder los persas. El pecho de plata significa el segundo imperio, que es el de los persas, á que han de suceder los

griegos. El vientre de bronce significa el tercer imperio, que es el de los griegos, á que han de suceder los romanos. Lo demás de hierro hasta los pies significa el cuarto imperio, que es el de los romanos, á que ha de suceder el de la piedra que derribó la estátua. Y la misma piedra significa el quinto imperio, á que ningún otro ha de suceder, porque él es el último. Y así como la piedra se levantó á la altura y se extendió á la grandeza de un monte que llenó todo el mundo, así este Imperio dominará al mismo mundo y será reconocido y obedecido de todo él.

¿No os parece que será grande Monarca, y muy superior á todos, y más famoso y más glorioso que cuantos ha habido, el que fuere Señor y Emperador de este nuevo y quinto Imperio? Pues este es el que la Providencia Divina ha destinado para el empeño del mirar y ver de sus ojos, que es aquel grande Niño de quien podemos decir: *Puer natus es nobis, et filius datus est nobis, cujus Imperium super humerum ejus.*

Mas veo que me están replicando todos los doctos que me oyen, que así como estas últimas palabras se dijeron literalmente de Cristo, así el nuevo y quinto Imperio también es el de Cristo: luego ni es, ni puede ser el de nuestro Príncipe. Niego la consecuencia; y aunque el argumento parece fuerte, tan fuera está de hacer objeción á lo que tengo dicho, que antes lo confirma más.

Oigámosla de la boca del Profeta Zacarías en la misma Iglesia y en el mismo Imperio. Mostró Dios á Zacarías cuatro carrozas, tiradas de otros tantos caballos, todos de diversos colores y que corrían á partes también diversas. Los de la primera carroza eran castaños, los de la segunda tordillos, los de la tercera morcillos, los de la cuarta remendados, y añade el texto que fuertes: *Equi varii et fortes.*

Estas cuatro carrozas significaban los cuatro imperios que sucesivamente precedieron al quinto; simbo-

lizando en las ruedas su perpetua revolución é inconstancia, y en los caballos no ser gobernados de hombres ni por razón, mas sin uso de ella, llevados y arrebatados por brutos. Tal era la brutal ambición y soberbia de los que los dominaban, cada uno según la idea de las propias pasiones, que también se retrataban en la diversidad de los colores.

La primera carroza era el imperio de los asirios; la segunda el de los persas; la tercera el de los griegos; la cuarta el de los romanos. Restaba solamente el quinto y último imperio, y declaró Dios al Profeta, ó mandó, que le representase en la forma siguiente:

«*Sumes aurum, et argentum, et facies coronas, et pones in capite Jesu filii Josedech.* Tomarás, Zacarías, oro y plata, y de estos dos reyes de los metales, harás dos coronas y las pondras en la cabeza de Jesús, hijo de José».

Jesús, hijo de José, era figura de Jesucristo, Señor y Redentor nuestro, Hijo del Eterno Padre; y las dos coronas figuraban también los dos poderes soberanos que le competen al mismo Señor, como hijo de tal Padre. La de oro, y más precioso, el poder espiritual con que es Pontífice Sumo y Universal de la Iglesia: La de plata, y de segundo y menor precio, el poder temporal con que es Emperador Supremo y Universal del mundo.

Hasta aquí no hay controversia ni duda entre los Expositores sagrados. Sólo en las palabras que se siguen, y muy notables, parece que la puede haber:

«*Et sedebit*, dice Dios, *et dominabitur super Solio suo, et erit Sacerdos super Solio suo, et consilium pacis erit inter illos duos:* Se sentará y dominará sobre su Solio; y el sacerdote también se sentará sobre el suyo, y habrá gran paz y concordia entre estos dos».

De manera, que dice Dios al Profeta que ha de haber dos solios; y que en los dos solios se han de sentar dos, que en ellos presidan; y que entre estos dos ha de haber grande unión y concordia. Pues si Jesús hijo de José era uno solo, y Jesús, Hijo de Dios,

á quien él representaba, es también uno solo, ¿cómo siendo uno se ha de sentar en dos solios, y después de sentarse en dos solios, han de ser también dos, *et consilium pacis erit inter illos duos?*

No se pudiera decir ni más admirablemente, ni con mayor propiedad. Así como Cristo, siendo uno solo, tiene dos coronas, así ha de venir tiempo en que tenga dos vicarios que le representen en la tierra: uno, coronado con la corona de oro, que es el poder y jurisdicción espiritual; otro, coronado con la corona de plata, que es el poder y jurisdicción temporal. El coronado con la corona espiritual es el Sumo Pontífice, que tiene el poder y jurisdicción universal sobre toda la Iglesia; el coronado con la corona temporal ha de ser el nuevo Emperador, que tendrá el poder y jurisdicción universal sobre todo el mundo.

Este es el sentido más propio y literal de este gran texto. Y en cuanto al imperio temporal y universal del mundo que puede parecer novedad, tengo más de treinta autores que hablan expresamente de ellos; unos antiguos, otros modernos; unos por conocido espíritu de profecía, otros por discurso historial y político.

IV

Los cinco imperios.

Y si alguno me hiciese la pregunta que los Discípulos hicieron á Cristo: *Dic nobis, quando haec erunt?;* yo no diré con certeza el año, mas no dejaré de decir otra circunstancia cierta é infalible, por donde el tiempo se puede conocer claramente. Y ¿qué circunstancia es esta? Que cuando Dios extinguiere el imperio del turco, que tan precipitadamente va caminando á su ruína y tantas tierras domina en las tres partes del mundo, entonces ha de levantar este imperio univer-

sal, que domine en todas las cinco. Oíd un famoso texto, tan antiguo como el Profeta Daniel, y la inteligencia de él, que sé cierto que no la habéis oído.

Vuelve Dios á revelar tercera vez los cuatro imperios del mundo, para declarar más el quinto y el último, y mostró á Daniel, no ya cuatro metales, ni cuatto carrozas, sino cuatro bestias fieras: *Et quator bestiae grandes ascendebant de mari.* La primera era semejante á una leona con alas de águila: *Prima quasi leœna, et alas habebat aquilae;* y ésta significaba el imperio de los asirios. La segunda era semejante á un oso con tres órdenes de dientes: *Et ecce bestia alia, similis urso: et tres ordines erant in ore eius et in dentibus ejus;* y esta significaba el imperio de los persas. La tercera era semejante al leopardo, con cuatro alas de ave y cuatro cabezas: *Et ecce alia cuasi pardus: el alas habebat, quasi avis, quatuor super se, et quatuor capita;* y ésta significaba el imperio de los griegos. La cuarta era tan extraordinaria y tan terrible, que no se le halló semejanza entre todas las fieras, y sólo dice de ella el Profeta que tenía los dientes de hierro, muy grandes, con que lo comía todo, y lo que le sobraba lo pisaba con los pies; y en la cabeza tenía diez puntas: *Bestia cuarta terribilis, atque mirabilis, et fortis nimis: dentes ferreos habebat magnos, comedens, atque comminuens, et reliqua pedibus suis conculcans: disimilis autem erat caeteris bestiis, quas videram ante eam, et habebat cornua decem;* y este era el Imperio de los Romanos.

Por las puntas, que son las armas de los animales fieros y bravos, se significan las fuerzas y potencia romana; y por el número de diez, que es universal, se entiende la multitud de los reinos y provincias en que la misma potencia, armada y defendida de sus legiones, estaba dividida en la Europa, en el Africa y en el Asia. Dice, pues, el Profeta, que de en medio de estas diez puntas se levantó una muy pequeña (que él llama

Cornu parvulum), la cual creció á tanto poder y se hizo tan fuerte, que arrancó tres de las otras y las sujetó y juntó á su dominio; y que así poderosa y soberbia, se atrevió á pronunciar injurias y blasfemias contra Dios; y que persiguió é hizo grandes estragos en los que profesaban su Fe; y que entró en pensamientos de dar nuevas leyes y nuevos tiempos al mundo. Todo esto se refiere en el mismo capítulo de Daniel (que es el séptimo) con grande pompa de palabras que ya por brevedad resumí en estas pocas.

Supuesto esto, es grave cuestión entre los expositores, quién es ó ha de ser este tirano, que el Profeta llama *Punta pequeña, Cornu parvulum*. Los expositores antiguos, excepto San Agustín, que en parte lo duda, todos concuerdan en que ha de ser el Anticristo. Mas después que vino al mundo Mahoma y su secta, que los antiguos Padres no conocieron porque tuvo su principio seiscientos años después de la venida de Cristo, y mucho menos conocieron el imperio otomano, que lo tuvo el año de mil trescientos, el más común sentir de gravísimos y eruditísimos intérpretes es que aquella punta muy pequeña, *Cornu parvulum*, significa á Mahoma y á su infame secta.

Esta, como todos saben, comenzó de bajísimos y vilísimos principios: ella en Africa, en Asia, y en Europa conquistó y dominó tres partes tan considerables que pertenecían al imperio romano; ella pronuncia y enseña tantos errores y blasfemias contra la Divinidad de Cristo; ella ha perseguido y persigue tan cruelmente á los que profesan su ley, que es toda la cristiandad; ella, finalmente, trayendo por empresa en la media luna de sus banderas: *Donec totum impleat Orbem*, «hasta que llene todo el orbe», presume que señoreando todo el mundo ha de mudar en él las leyes y los tiempos; las leyes extinguiendo todas las otras é introduciendo por fuerza sólo la mahometana; y los tiempos, porque midiéndolos todas las otras Naciones

por el curso del sol, sólo ellos los distinguen y cuentan por el número de las lunas.

Esta es la primera parte de la visión de Daniel; y los autores que con tanta propiedad la entienden de Mahoma y del imperio otomano, son Vatablo, Clitoveo, Juan Enio, Tevardencio, Cantipratense, Hector Pinto, Sá, Hilarato, Salazar Benito y otros muchos; á los cuales, y sobre todos ellos, se junta la misma narración del texto, maravillosamente ajustada y proporcionada á la experiencia de las cosas, que es el mejor intérprete de las profecías.

La segunda parte es aun más admirable. Dice el Profeta, que vió formar en el Cielo un Tribunal de juicio, en que presidía el Eterno Padre, cercado de infinita multitud de ministros que le asistían. El Trono en que estaba sentado era de fuego, y de la boca le salía un río arrebatado, también de fuego. Vieron y abriéronse los libros, leyéronse las culpas, y la punta muy pequeña, *Cornu parvulum*, que era Mahoma y el imperio otomano, y la parte más poderosa que restaba del romano por lo que de él tenía usurpado, en pena de sus blasfemias y por todas las otras maldades que había cometido, fué condenado á que muriese quemado y á que él y toda su potencia se extinguiese para siempre. Así lo dice el Texto de la Visión:

«*Aspiciebam propter vocem sermonum grandium, quos cornu illud loquebatur; et vidi, quoniam interfecta esset bestia, et perisset corpus ejus, et traditum esset ad comburendum igni*».

Y el Angel que hablaba con Daniel, explicando la misma visión, declaró lo mismo:

«*Sermones contra Excelsum loquetur, et Sanctos Altisimi conteret, et putabit quod possit mutare tempora, et leges: et judicium sedebit, ut auferatur potencia, et conteratur, et dispereat usque in finem*».

Sentenciado así Mahoma, y ejecutada la sentencia y extinguido para siempre el imperio otomano, aun no se acabó el juicio. ¿Y qué le siguió? Dice el Profe-

ta que en el mismo punto apareció delante del Supremo Juez el Hijo del Hombre, y que el Eterno Padre le dió el supremo poder, la suprema honra y el supremo reino del mundo, con tal soberanía, que todas las naciones y todas las lenguas y gentes del Universo le obedecerán y servirán:

«*Ecce in nubibus Coeli, quasi filius hominis veniebat, et usque ad Antiquum dierum pervenit: et dedit ei potestatem, et honorem, et regnum, et omnes populi, tribus, et linguae ipsi servient*».

Porque este reino ha de ser todo cristiano y del Cristianismo.

Así lo declaró también el Angel, con mayor expresión aún de la grandeza del nuevo imperio: *Regnum autem, et potestas, et magnitudo regni, quod est subter omne Coelum, detur Populo Sanctorum Altissimi*. De manera, que el tiempo que Dios tiene destinado para levantar el imperio universal del mundo, y la señal cierta por donde se puede conocer este secreto de su Providencia, es cuando se acabare y extinguiere el imperio del turco, y la potencia mahometana.

NOTA.—Pero el triunfo del Gran Monarca en España y luégo en Europa toda, es anterior á esta derrota del Turco, según todos los profetas; la derrota será á seguida de aquel triunfo.

V

El vicario temporal de Cristo.

Mas aquí se ofrece una gran duda, en que yo antes quisiera oir la respuesta que darla. Este imperio, que sucedió á los cuatro primeros, es el quinto y último, y por consecuencia el imperio de Cristo, como consta de todas las otras visiones y de esta misma en que fué dado al Hijo del Hombre, que es

el mismo Cristo, el poder universal de todas las naciones y reinos del mundo.

Cristo, desde el instante de su concepción, tuvo todo el dominio supremo, espiritual y temporal del mundo, en cuanto Hijo de Dios; y en cuanto Hijo del Hombre, tuvo el mismo dominio, á lo menos después de la Resurrección, como él mismo lo dijo: *Data est mihi omnis potestas in Coelo, et in terra.* Pues si el Hijo de el Hombre tuvo todo este poder seiscientos años antes de Mahoma, y mil y trescientos antes del imperio otomano; y la misma secta de Mahoma y el mismo imperio otomano dura aún hoy, más de mil novecientos años después de Cristo, ¿cómo no dió, ó no ha de dar el Eterno Padre este imperio universal al Hijo del Hombre, sino después de la extinción del imperio del turco?

Grande duda verdaderamente, mas la razón clara de esta diferencia de tiempos consiste en la diferencia del mismo imperio universal del mundo; el cual, aunque siempre fué de Cristo en cuanto á la jurisdicción y dominio del Señor, ni fué ni es aún universalmente del mismo Cristo, y en cuanto á la sujeción y obediencia de los vasallos. Esto significan expresamente aquellas palabras: *Et omnes populi, et tribus, et linguae ipsi servient*: y todos los pueblos y tribus y lenguas le servirán.

Ya todos son suyos, mas aun no le sirven; pero después de la extinción y total ruina del turco, será tal la fama del terror y tales los efectos de aquella victoria de los Cristianos, que no sólo todos los que en Europa, en Africa y en Asia siguen la ley de Mahoma, más todos los otros sectarios é infieles de todas las cuatro partes del mundo, se sujetarán á Cristo y recibirán la Fe Católica. Esto quieren decir las otras palabras: *Regnum autem, et potestas, et magnitudo regni, quod est subter omne coelum, detur Populo Sanctorum:* Que el reino, poder y grandeza de todo lo

que está debajo del Cielo, se dará al Pueblo de los Santos.

Y ¿cuál es el Pueblo de los Santos? Es el Pueblo Cristiano y de los Cristianos; los cuales, en frase de la Escritura y de la primitiva Iglesia, todos se llamaban Santos, como se ve en las Epístolas de San Pablo y en los Actos de los Apóstoles. Y esta es la primera razón, ó la primera parte de esta diferencia.

La segunda es, porque todo este texto de Daniel no se entiende de la Persona propiamente de Cristo, sino de la persona de su segundo Vicario en el imperio temporal: el cual imperio se levantará después de vencida la potencia del turco, con nombre, con dignidad, con majestad y con reconocimiento de Emperador universal del mundo.

La prueba en el mismo texto es milagrosa:

«*Ecce quasi Filius Hominis veniebat, et ad Antiquum dierum pervenit, et dedit ei potestatem, et honorem.* Y vino el como Hijo del Hombre, y se presentó delante del Eterno Padre, el cual le dió el reino, la honra, y el imperio universal sobre todas las gentes».

Nótese mucho el *quasi Filius Hominis,* como Hijo del Hombre. ¿Quién es el Hijo del Hombre, *Filius Hominis,* y quién el como Hijo del Hombre, *quasi Filius Hominis?* El Hijo del hombre es Cristo: el como Hijo del Hombre es el *como Cristo,* ó Vice-Cristo. De suerte, que así como el primer Vicario de Cristo, que es el Sumo Pontífice, por la jurisdicción universal que tiene sobre toda la Iglesia, se llama Vice-Cristo en el imperio espiritual, asimismo el segundo Vicario del mismo Cristo, por el dominio universal que tendrá sobre todo el mundo, se llamará también en el imperio temporal Vice-Cristo: *Quasi Filius Hominis.* Y este es el imperio quinto y último, que se ha de levantar después de la extinción del turco, no en la persona de Cristo inmediatamente, sino en la de un Príncipe su Vicario.

Resta ahora saber qué Príncipe es ó será éste. Y aunque parece cosa dificultosa y aun imposible de ave-

riguar, Ana la profetisa, madre de Samuel, nos dará la cláusula de él. En acción de gracias del nacimiento de Samuel, compuso Ana un cántico á Dios, el cual contiene dos partes; una gratulatoria, otra profética; y al fin de la profecía concluye así: *Dominus judicabit fines terrae, et dabit imperium Regi suo:* «El Señor juzgará los fines de la tierra, (1) y dará el imperio á su Rey».

Algunos autores pensaron que hablaba aquí Ana del juicio final; mas así en este lugar como en otros, es poca inteligencia de las Escrituras. Todas las veces que Dios muda reinos é imperios, y lo quiere manifestar, se presenta en la Escritura haciendo juicio. Asi le vió el Profeta Miqueas, cuando Dios quiso quitar la vida y el reino al rey Acab: *Vidi Dominum sedentem super solium suum, et omnem exercitum coeli, assistentem ei.* Y así le vió el Profeta Daniel en nuestro propio caso, como acabamos de ponderar, cuando condenó al fuego la punta muy pequeña, *Cornu parvulum*, y le dió el imperio universal al como Hijo del Hombre: *Aspiciebam, donec Throni positi sunt, et judicium sedit, et libri aperti sunt.*

Profetizando, pues, esto mismo Ana más de quinientos años antes de Daniel, dice que hará Dios un juicio, en que juzgará todo el mundo: *Dominus judicabit fines terrae;* y entonces dará el imperio á su rey: *Et dabit imperium Regi suo.* Y ¿quién es su Rey? pregunto yo ahora. Claro es que el gran Príncipe de quien hablamos, y no otro.

VI

El hijo de la mujer apocalíptica.

Vió San Juan en el Apocalipsis una mejer vestida del sol y coronada de doce estrellas, con la luna de-

---

(1) Por *fines de la tierra*, como en otras ocasiones hemos pro-

bajo de los pies; y dice que esta mujer parió un hijo varón, el cual había de dominar todas las gentes del mundo: *Mulier amicta Sole, et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim: et peperit filium masculum, qui recturus erat omnes gentes in virga ferrea.*

Esto es lo que dice el texto por palabras expresas. Y la figura maravillosa que vió San Juan en el cielo, ¿significaba alguna cosa más? Sí, dos; la primera, que este hijo varón, nacido para Emperador universal, había de ser príncipe cristiano é hijo de la Iglesia Católica. Así lo entienden literalmente todos los expositores del Texto sagrado; y que por eso la misma mujer, á quien se atribuye el parto, estaba vestida del Sol y coronada de doce estrellas: vestida del Sol, que es Cristo, *amicta sole*, porque la divisa y carácter propio de la Iglesia y Religión Cristiana, es el Bautismo; todos los que se bautizan, se visten de Cristo, como lo dice San Pablo: (Galat. 3. 27). *Quicumque in Christo baptizati estis, Christum induistis.* Y coronada de doce estrellas, que significaban los doce apóstoles: *Et in capite ejus corona stellarum duodecim;* porque la misma Iglesia, no sólo es y se intitula Católica, sino también apostólica.

La segunda cosa que significa la misma figura, es la circunstancia del tiempo en que había de nacer á la Iglesia aquel hijo varón y dominador del mundo. Esta cuestión ya la excité y resolví con el Profeta Daniel, mostrando que la exaltación del imperio universal ha de concurrir en el mismo tiempo con la ruína del imperio del turco; porque cuando éste cayere, entonces aquél se ha de levantar. Y porque no quiero cansar la memoria de los que me oyeron, ni repetir lo ya dicho, díganos David en pocas palabras lo que profetizó Daniel en muchas: (Psal. 71. 8).

---

bado con varios Expositores, entiende la Sagrada Escritura la Península Ibérica. El mismo P. Vieyra lo indica en otras partes, aunque aquí se le olvidó.

Dominabitur á mari usque ad mare, et á flumine usque ad terminos orbis terrarum. (1)

Habla David de este mismo imperio, que es el de Cristo, y dice que dominará de mar á mar, hasta los últimos fines de la redondez de la tierra. Mas ¿cuándo? *Donec auferatur Luna.* Cuando fuere quitada del mundo la luna.

La luna ha de durar hasta el fin del mundo: (Lucae 21, 25). *Erunt signa in sole, et luna.* ¿Qué luna, pues, es esta que ha de ser quitada del mundo en aquel tiempo? Es la luna que los mahometanos adoran y traen en sus banderas. Así lo declara el mismo texto en la raíz hebrea: *Donec auferantur servi lunae.* Hasta que sean quitados del mundo los que sirven á la luna. Y esto es lo que significa, en el nacimiento del Príncipe dominador del mundo, la luna debajo de los pies de la Iglesia: *Et Luna sub pedibus ejus.* No quiere decir que la luna ha de calzar á la mujer, sino que la mujer ha de pisar la luna, metiéndola debajo de sus pies: *Luna sub pedibus ejus.*

De manera que, resumiendo toda esta visión del Apocalipsis, en el que quiso Dios que San Juan viese é historiase todos los sucesos de su Iglesia, principalmente los mayores, dice el mismo San Juan, como Profeta, como Apóstol y como Evangelista, que la Iglesia pariría y le nacería un hijo varón: *Peperit filium masculum;* y que este hijo había de ser Emperador de todo el mundo: *Qui recturus erat omnes gentes;* y que este nacimiento sucedería cuando la misma Iglesia pusiese debajo de los pies la luna y los que la sirven, que son los turcos: *Et luna sub pedibus ejus.*

Mas ahora es cuando triunfa el famosísimo texto. Ved las palabras que acrecienta el mismo San Juan: *Peperit Filium masculum, qui recturus erat omnes gentes: et raptus est Filius ejus ad Deum, et ad Thronum ejus.* Parió al Hijo varón, que había de imperar sobre

(1) Téngase por repetida aquí la nota anterior.

todas las gentes, y Dios repentinamente le llevó para sí y á su Trono. Pues si Dios repentinamente llevó, y arrebató para sí al Cielo ese Hijo varón luego que nació, ¿cómo es ese mismo Hijo varón el que habia de ser Emperador del mundo, y reinar sobre todas las gentes? ¿Habrá ahora quien responda, no digo á mí, sino á San Juan Evangelista?

El doctísimo Ribera, de nuestra Compañía, por confesión de España y del mundo el mayor Escriturario de ella, comentando este lugar del Apocalipsis, reconoce en él que ha de haber un Príncipe cristiano que sea Emperador de todo el mundo, mas no señala tiempo, nación ni persona.

Ya vimos cómo se mostró Dios al Profeta Daniel en un Trono de grande majestad, donde dió el imperio universal de todas las gentes á uno, llamado *como Hijo del Hombre: Quasi Filius Hominis veniebat, et ad Antiquum dierum pervenit, et dedit ei potestatem, et honorem, et regnum, et omnes populi, tribus, et linguæ ipsi servient.* Y ¿quién es el *como Hijo del Hombre?* También esto lo dijimos. El Hijo del Hombre es Cristo: el como Hijo del Hombre, es el *como Cristo,* ó Vice-Cristo.

En suma, así como Cristo, en cuanto Supremo Señor en lo espiritual, hizo un Vice-Cristo con el poder universal de la Iglesia, que es el Sumo Pontífice, así en cuanto Supremo Señor de lo temporal, ha de hacer otro Vice-Cristo con el poder universal del mundo, que es el Emperador de que hablamos.

Y este segundo *como Hijo del Hombre,* este segundo *como Cristo,* ó Vice-Cristo, con el imperio temporal dal universo, ¿dónde tomó, ó había de tomar la posesión de este imperio? Es cierto, que no en la tierra, sino en el cielo. El mismo texto lo dice expresamente:

«*Et ecce cum nubibus coeli* (nótense mucho las palabras) *quasi Filius Hominis veniebat, et usque ad Antiquum dierum pervenit, et in conspectu ejus obtulerunt eum, et dedit ei potestatem, et honorem, et regnum, et omnes populi, tribus, et linguae*

ipsi servient. Y vi, dice el Profeta, que venía arrebatado de las nubes del cielo el como Hijo del Hombre, y que llegaba hasta el Trono de Dios, donde le ofrecían y presentaban, y que el mismo Dios le daba el poder, la honra y el reino universal, para que todas las naciones, todas las lenguas y todas las gentes le obedeciesen y le sirviesen».

De suerte, que siendo el como Hijo del Hombre, *quasi Filius Hominis*, el Vicario de Cristo y el Vice-Cristo en la tierra, y siendo el imperio en que se le dieron las veces del mismo Cristo, el imperio temporal y universal del Mundo, el lugar en que recibió la posesión de este supremo poder fué nombradamente en el cielo, á donde le llevaron y arrebataron las nubes: *Ecce cum nubilus coeli veniebat*. Y el lugar del cielo, á donde se le dió la misma posesión, fué delante del Trono de su misma Majestad, donde le presentaron: *Et in conspectu ejus obtulerunt eum*.

Peperit filium masculum: veisle aquí nacido hijo varón. *Qui recturus erat omnes gentes:* veisle aquí nacido para Emperador del Universo. *Et raptus est ad Deum, et ad Thronum eius*. Se deben notar mucho aquellas palabras, *ad Deum, et ad Thronum ejus*. No dice, *Ad Thronum suum*, que fué arrebatado al cielo para el trono que había y ha de gozar como bienaventurado, sino *Ad Throuum eius*, al trono de Dios, donde había de recibir la posesión é investidura del imperio, como lo dice expresamente Daniel: *Donec Throni positi sunt, et Antiquus dierum sedit: et dedit ei potestatem, et honorem, et regnum: et omnes populi, tribus, et linguae ipsi servient*. «Hasta que le pusieron Trono, y se sentó Dios; y le dió el poder, la honra, y el reino; y le servirán todos los pueblos, naciones y lenguas».

VII

Del quinto imperio, según Esdras.

Prenotanda.—El agudísimo P. Vieyra interpreta la profecía de Esdras de diferente manera que nosotros,

bien que ambas interpretaciones vienen á parar al mismo fin, esto es, al triunfo del Gran Monarca.

Tomando una pequeña parte de esta magna profecía, como la toma el P. Vieyra, bien se le pueden dar diferentes interpretaciones, y la que él da es muy ingeniosa; pero el conjunto literal no puede aplicarse mas que á España y al Gran Monarca, según prueban nuestros estudios y comentarios sobre la misma profecía: consúltese sobre el particular la *Introducción* que publicamos en el número 81 de *Luz Católica*, donde se probó que el águila de Esdras no puede ser literalmente el imperio Romano.

De aplicar á éste la profecía, resulta una confusión tan grande, que según el mismo P. Vieyra, la historia del águila es entonces «muy intrincada y confusa»; lo cual no sucede aplicándola á España, aunque sea en todo caso la interpretación muy difícil.

De todos modos, ora en algún concepto se interprete que el águila es el imperio Romano y el Turco su tercera cabeza, ora se interprete, como es la verdad, que el concepto general sólo á España conviene, repetimos que todo va á parar al mismo desenlace, como es el triunfo universal del Gran Monarca.

Sigue el texto del P. Vieyra.

Cuenta Esdras en los capítulos once y doce de su cuarto libro, que vió que se levantaba del mar una Águila, la cual tenía tres cabezas y doce alas: *Vidi, et ecce ascendebat de mari Aquila, cui erant duodecim alae pennarum, et capita tria.* Esta Águila, sin otra interpretación, demuestra claramente que es el Imperio romano, que siempre tuvo por insignia y por armas el águila. Y si miramos á lo que fué antiguamente y queda ahora del mismo Imperio, manifiestamente veremos que está dividido en tres cabezas; una en Roma, que es el Pontífice; otra en Constantinopla, que es el Turco; y la tercera en Viena de Austria, que es el Emperador de Alemania.

Dejada cualquiera otra interpretación, vamos á la del mismo Dios: «*Aquilam, quam vidisti ascendentem de mari, hoc est Regnum, quod visum est in visione Danieli fratri tuo:* Esta Águila que viste es aquel mismo imperio que fué revelado á Daniel tu hermano». Y porque á Daniel le fueron revelados cuatro imperios en cuatro fieras, luego declaró el divino Oráculo que hablaba del cuarto Imperio (1), que es el Romano significado en la cuarta fiera, que tenía los dientes de hierro y era la más fuerte y más terrible de todas. *Ecce dies veniunt, et exurget Regnum super terram, et erit timor acrior omnium Regnorum quae fuerunt ante eum.*

Las doce alas del Águila representaban el poder y grandeza del mismo imperio Romano, extendido y dilatado por todo el mundo hasta entonces conocido; y las plumas de las alas son los reinos y naciones sujetas y dominadas, de que se componía la grandeza y vestía la majestad del mismo imperio. (2) De estas plumas vió el Profeta muchos encuentros y batallas que tuvieron entre sí y contra la misma Águila, con varios sucesos, cuya historia es muy intrincada y confusa, y no sirve á nuestro propósito.

Lo que sólo se debe advertir, para inteligencia del texto, y de muchos otros de la Escritura Sagrada, es que el cuerpo del Aguila en que se continuó el imperio Romano no es el de Roma, ni el de Alemania, sino el de Constantinopla y el del Turco. Y esto por la grandeza sin comparación mucho mayor de las tierras, provincias y gentes que dominó y domina en la Europa, en el Asia y en el Africa, sujetas antes á los romanos. En este mismo sentido habló el Profeta Daniel, porque refiriendo la extensión de la punta muy pequeña, *Cornu parvalum*, que es como vimos el imperio

(1) Ahí está el error. A Daniel le fueron revelados cinco imperios: esos cuatro, más el de los Santos del Altísimo, como el mismo P. Vieyra dice y repite; y á éste alude la revelación de Esdras.

(2) Sobre lo infundado de esta interpretación véase la *Introducción* arriba citada.

turco, expresamente dice que entonces murió y acabó la cuarta fiera, que representaba el Imperio Romano: *Aspiciebam propter vocem sermonum, quos cornu illud loquebatur, et vidi quoniam interfecta esset bestia, et periisset corpus ejus.* Y dice nombradamente; *corpus ejus,* su cuerpo; porque en el imperio del turco se continuó el cuerpo del Imperio Romano, que en Daniel era la cuarta fiera, como en Esdras es el Aguila de tres cabezas.

Esto supuesto, vamos á nuestro punto. Dice el mismo Esdras, que contra esta Aguila se levantó un León, el cual con voz humana y en nombre de Dios, comenzó á hablarle de esta manera:

«*¿No eres tú el que solo quedaste de* (1) *los cuatro animales que yo hice reinar en mi mundo?* ¿No eres tú el que siempre reinaste con dolor, y juzgaste contra la verdad, y amaste la mentira? ¿No eres tú el que debelaste los muros, y conquistaste las ciudades, y destruíste las casas, y robaste y despojaste los pobres del fruto de sus trabajos? ¿No eres tú el que atribulaste y afligiste los inocentes y tiranizaste los que no te habían ofendido, y sobre todo, el que dijiste injurias, afrentas y blasfemias contra el Altísimo? Sabe, pues, que tus soberbias y maldades subieron hasta su Divino acatamiento, y por ellas te ha condenado á que tú, oh Aguila, no aparezcas más en el mundo, ni tus alas horribles, ni tus plumas pésimas, ni tus cabezas malignas, ni tus uñas carniceras, ni tu cuerpo todo vano».

Así acabó de decir el León ejecutor de esta justicia, y luégo vió Esdras que la cabeza que solamente quedaba en el cuerpo del Aguila, y todo el mismo cuerpo (como también lo había visto Daniel) fué quemado, y convertido en cenizas, con horror y asombro de toda la tierra.

Y tenemos destruído totalmente el Turco, y destruído por medio de un León escogido por Dios, para que sea en su nombre el famoso ejecutor de toda esta justicia y el obrador glorioso de tan estupenda hazaña: sólo resta saber quién es ó ha de ser este León.

---

(1) Mejor diría: *que seguiste á.*

Si está representado en el León, y se llama León, rey de los animales, claro está que ha de ser Rey; mas ¿de qué Reino, ó de qué Nación? ¿Por ventura de alguno de los mayores reinos, ó de alguna nación de las más populosas? No, sino de un reino muy pequeño y de una nación de no mucho número de hombres, sino de pocos. Oigamos ahora el texto, que es admirable, y las palabras no son menos que del mismo Dios, interpretando á Esdras lo que le había mostrado en visión.

«¿Viste dos plumas debajo de las alas del Aguila, las cuales se levantaron y pasaron por encima de la cabeza que ella tenía á la parte derecha? Pues estas son las que conservó y guardó Dios para su fin, siendo un reino pequeño, atenuado y lleno de perturbación».

La cabeza del Aguila, que estaba á la parte derecha, *Caput quod est in dextera parte*, es Constantinopla, cabeza del imperio del Turco, ya se considere desde Roma, cabeza del imperio Romano, ya se considere desde Jerusalén, que fué el lugar donde Esdras vió y escribió la visión (1), porque vista Constantinopla desde Roma, está á la parte derecha de Roma; y vista desde Jerusalén, está á la parte derecha de Jerusalén.

Sobre esta cabeza, pues, que solamente quedaba en el cuerpo del Aguila, y era Constantinopla, vió Esdras que se levantaban dos plumas de las que ella tenía debajo de las alas, y que pasaban ó paseaban por encima de dicha cabeza, como pisándola y poniéndola debajo de los pies. Y lo que Dios le declaró, fué, que aquellas dos plumas eran las dos partes de que constaba un reino muy pequeño y atenuado, *Regnum exile*, pero cuyos hombres había Dios reservado y conservado para su fin. *Hi sunt, quos conservavit Altissimus in finem suum.*

Y ¿cuál era este fin de Dios? Era, que el Rey del mismo reino pequeño, representado en el León, des-

(1) No consta que fuese materialmente en aquel lugar.

truyese la cabeza y cuerpo de la misma Aguila, y con la prisa y violencia de un fortísimo viento derribase aquel soberbio Imperio y librase al mundo de su tiranía:

«*Sicut vidisti et Leonem rugientem, et loquentem ad Aquilam, et arguentem eam, et injustitias ipsius. Hic est ventus quem servavit Altisimus in finem ad eos, statuet enim eos in judicio vivos: et erit, cum arguerit eos, corripiet eos: nam residuum Populum meum liberabit*».

En suma, el mismo Dios tomó por su cuenta satisfacer y deshacer la objeción que se podía poner á las Españas de que es un reino pequeño y atenuado, y por eso desigual para una empresa tan grande ó tan inmensa. Y de tal manera definió Dios este punto, que el ser reino pequeño, no solo no es impedimento, mas es condición necesaria para alcanzar la victoria del Turco; como por el contrario, ser reino grande, no solo no sería disposición ó conveniencia para la misma victoria, sino exclusiva de ella; porque habiendo de ser el reino vencedor reino pequeño, *Regnum exile*, si fuese grande ó de los grandes, su misma grandeza lo excluía claramente de ser el vencedor. Y finalmente, que este reino pequeño, profetizado y destinado por Dios para tan alto fin, sea Portugal y España y no otro, las mismas circunstancias y señales que acabamos de ponderar lo demuestran.

VII

Del tiempo en que se establecerá el quinto imperio.

Paréceme, si no me engaño, que el discurso de esta apologia ha asegurado nuestras esperanzas y defendido la verdad de mis promesas. Sólo restan ó pueden restar los escrúpulos de alguna incredulidad nuestra, y muchas de los extraños, á que debo satisfacer. Y creo que

no faltaré en dar justa satisfacción á unos y á otros, si cerrados los ojos á todo efecto particular, abriéren los oídos libres á lo que dictare y probare la razón.

Aun no había yo acabado de predicar (prometiendo la venida del Gran Monarca), cuando ya se quejaban algunos oyentes de que yo dilatase las felicidades que prometía. Confieso que á ninguno tocaba más de cerca esta queja que á mis años, pues todos los viejos nos podíamos despedir de ver aquella felicidad en nuestros días. En esta suspensión estuve, hasta que el mismo mirar y ver de los ojos divinos abrieron también los míos, y subiendo con la vista, siendo así que antes bajaba yo con ella, me mostraron el modo fácil y natural con que la (dominación del Gran Monarca por disposición divina) se puede luego verificar en la tierra...

Pues este es el Príncipe en cuyas prerrogativas y atributos Reales no sólo quedaban desvanecidas todas esas dificultades; mas sobre toda la imaginación satisfechas, y llenas las medidas de cuanto en este prometido Heroe puede fingir el deseo y pedir la importancia de la empresa. ¿Qué se puede desear en el Conquistador del Turco y Dominador del Mundo? ¿Edad? ¿Y qué edad como la de cuarenta años cabales, la propia y consumada de varón perfecto? Finalmente, ¿la Fe para una guerra contra infieles, y la piedad para la recuperación de la Tierra Santa? ¿Y quién es el Rey de aquel Pueblo á quien el mismo Cristo llamó *Fide purum, et pietate dilectum?*

Cuando Nabucodonosor vió aquella estatua de los cuatro metales, en que estaban representados los cuatro imperios del mundo, vió también que una piedra, arrancada de un monte, sin manos, dando en los pies de la estatua, la derribaba y convertía los metales en cenizas, y ella crecía á tanta grandeza, que henchía toda la tierrra (Dan. 2, 35). *Lapis autem, qui percusserat statuam factus est mons magnus, et replevit universam terram.*

Que esta piedra fuese, ó representase á Cristo, ningún expositor católico lo duda; mas en qué tiempo alcanzase Cristo, ó haya de alcanzar esta victoria, en que derribe todos los imperios del mundo, y el suyo se extienda é hinche el mismo mundo, es una dificultad tan obscura é implicada con la experiencia, que después de haber atormentado á todos los Comentaristas, ninguno se aquieta en la exposición agena ni en la propia.

Unos tienen para sí que la profecía se ha de cumplir en la segunda venida de Cristo; mas entonces ya no ha de haber mundo, al cual se haya de extender y henchir la piedra. Otros quieren que ya se haya cumplido en la primera venida de Cristo; mas los pies de hierro y barro, con cuyo golpe la piedra derribó la estatua, significaban la última flaqueza del imperio romano, el cual en el Nacimiento de Cristo, y en el Edicto de Augusto César, se declaró por Señor universal del mundo: *Exiit Edictum a Caesare Augusto, ut describeretur universus Orbis.* Y es cierto que en el tiempo y vida de Cristo de ningún modo cayó y se deshizo el imperio romano, antes creció á su mayor grandeza.

Pues si esta profecía no se cumplió en la primera venida de Cristo, ni se puede cumplir en la segunda, ¿cuándo se ha de verificar que la piedra, que significaba y representaba á Cristo, ha de derribar y deshacer la estatua de todos los otros imperios, y crecer y dominar el suyo en todo el universo, *Replevit universam terram?*

La revolución verdadera de esta grande duda, es, que esta última y total victoria no la había ni ha de alcanzar Cristo en este mundo por su propia Persona, ni la primera vez que vino, ni la segunda que ha de venir á él, sino por la persona de su Vicario, en el último y mayor aumento de la Iglesia; que por eso se llama católica, cuando todo el mundo y sus im-

perios profesaren la Fe y obediencia del mismo Cristo.

Y fué piedra y no rayo ú otro instrumento la que derribase la estatua, porque no sólo Cristo era Piedra. (I. Cor. 10. 4). *Petra autem erat Christus*, sino también su Vicario es piedra: Matth. 16, 18. *Tu es Petrus, et super hanc Petram aedificabo Ecclesiam meam.*

Mas en el mismo tiempo ha de tener segundo Vicario. Si el texto excluye esta segunda piedra, maravillosamente alude á ella.

. . . .

Ahora bien. *Spes quae diffetur, affligit animam*, dice la Verdad Divina, y lo sabe y siente bien la experiencia y paciencia humana; aunque sea muy segura, firme y bien fundada la esperanza, es un tormento desesperado el esperar. Muy seguras eran las promesas de los antiguos Profetas; mas cansábase tanto el deseo en la paciencia de esperar por ellas, que venían á ser fábula del vulgo en Jerusalén (así lo son hoy de otro *vulgo*) las esperanzas de los Profetas. Esperaron, reesperaron y desesperaron aquellos hombres, porque en muchas cosas de las que les prometían las profecías, primero se acababa la vida que llegase la esperanza.

Dejaron los padres en testamento la esperanza á los hijos y los hijos á los nietos, y ni éstos, siendo entonces las vidas más cumplidas, llegaban á ver el cumplimiento de lo que tan largamente habían esperado. Lo mismo pueden argüir los que hoy viven con las esperanzas que *yo* les prometo. Grandes son esas esperanzas; mas ¿cuándo se han de cumplir? Por ahora sólo digo que no me atreviera yo á prometer esperanzas, si no fueran esperanzas breves.

San Pablo, aquel Filósofo del tercer cielo, desafiando todas las criaturas, y entre ellas los tiempos, dividió los futuros en dos: *neque instantia, neque futura.* Un futuro que está largo y otro futuro que está cerca, uno que ha de venir y otro que ya viene; un futuro

que mucho tiempo ha de ser futuro, *neque futura*, y otro que en breve ha de ser presente, *neque instantia*. Este segundo futuro es el de mi historia, y estas las breves y deleitosas esperanzas que ofrezco. *Esperanzas que han de ver los que viven, aunque no vivan muchos años. Vivid, vivid vosotros los que merecéis vivir en este venturoso siglo; esperad en el Autor de tan extrañas promesas, que quien os dió las esperanzas, os mostrará el cumplimiento de ellas.*

IX

Observaciones de Lipsio.

En gracia únicamente de los que no se cansaron de leer lo que hasta ahora tengo dicho, lo quiero establecer con testimonios agenos y sin sospecha. Y éstos ¿de quién? De todos aquellos autores y autoridades que la pueden dar con fundamentos á los sucesos futuros. Oiremos, pues, primero los históricos, luégo los matemáticos, después los políticos, después de éstos, y con mayor veneración, los Santos y Varones alumbrados por Dios; y en fin, los mismos mahometanos; y veremos como todos concuerdan en que la victoria final del imperio del Turco y el universal de todo el mundo, está destinado por Dios para nuestro reino.

(Omitimos, por innecesarios y superficiales, los testimonios que el autor toma de historiadores y matemáticos).

Bajemos desde el cielo á la tierra, y de las observaciones de los matemáticos á las de los políticos, que las hacen de más cerca. Muchos pudiera alegar; mas entre todos, y por todos, me contentaré con el juicio de uno, que con las voces y sentencias de todos profesó felizmente ser maestro de la Política. Este es Justo Lipsio, varón incomparable en las noticias del mundo

antiguo y moderno, y ninguno más diligente observador de las declinaciones y aumentos de los reinos é imperios, y de las causas por que unos se levantan, otros caen; unos dominan, otros sirven; unos crecen, otros se desminuyen; unos nacen, otros mueren, y casi debajo de la sepultura algunos tal vez resucitan.

En el capítulo diez y seis del primer libro de la Constancia, después de haber mostrado este grande autor, con un largo y elocuentísimo discurso, que ninguna cosa hay en el mundo que tenga firmeza ó haya sido ó parezca hoy grande, llegando á la potencia de los turcos, y acabando con ellos, dice así:

«*Adeste etiam pelliti vos Scytae (ob Turcas dico, qui ex illis) et potenti manu paulisper habenas temperate Asiae, atque Europae. Sed isti ipsi mox discedite, et Sceptrum relinquite illi ad Occeanum genti. Fallor enim? An Solem nescio, quem novi Imperii surgentem video ab Occidente?* Entrad vosotros también en este número, oh escitas, antiguamente vestidos de pieles, que hoy con el nombre de turcos domináis con poderosa mano, y tenéis en ella las riendas del Asia y de la Europa. Mas vosotros perderéis presto el lugar que tenéis, y le dejaréis á aquella gente habitadora de allá del Océano. ¿Por ventura me engaño yo? ¿O estoy viendo que del Occidente nace y se levanta el sol de un nuevo Imperio?»

Finalmente, para que el mismo Autor sea el intérprete de este su pensamiento, en el cuarto libro *de la Grandeza Romana*, capítulo último, aludiendo á este Imperio universal, con que lidia en tantas partes de sus escritos, y yendo á decir que vendrá tiempo y caso en que así sea, el compañero con que allí hablaba en Diálogo le fué á la mano, diciendo:

«*Per ignem sermones tui erunt, et vide, ne comburaris:* Repara, Lipsio, que estas tus palabras se meten por el fuego; mira no te quemes».

De donde se sigue manifiestamente, que el fuego y el peligro en que se metía era esperar y prometer otro Imperio dentro de España; porque siendo él vasallo suyo, como flamenco, natural de los Estados Católicos de Flandes, quedaría sospechoso é indicado de menos

devoto y afecto á las felicidades de aquella Monarquía.

Y si alguno con razón preguntare de qué principios se puede inferir políticamente que este Imperio universal y único se ha de levantar en los últimos fines ó rayos del Occidente, respondo: que de la experiencia tenida por las historias, que son aquel espejo inculcado por Salomón en que, mirando á lo pasado, se antevén los futuros. Y aunque dependen éstos de los decretos divinos, por los efectos que los ojos ven de los mismos decretos, no sólo conoce el discurso humano cuáles han sido, mas infiere, casi con certeza, cuáles han de ser.

Así lo notó en otro lugar el mismo Lipsio, advirtiendo y pidiendo se considere, que el poder y dominio del mundo siempre vino caminando ó bajando del Oriente al Occidente: *Nescio, quo Providenciae decreto res, et vigor ab Oriente (considera, si voles) ad Occasum erunt.*

El primer imperio del mundo, que fué el de los asirios, y dominó toda el Asia, también fué el más oriental: de allí pasó á los persas, más occidentales que los asirios: de allí á los griegos, más occidentales que los persas: de allí á los romanos, más occidentales que los griegos: y como ya ha pasado por los romanos, y va llevando su curso al occidente, habiendo de ser, como es de fe, el último Imperio, ¿á dónde puede ir á parar, sino á la gente más occidental de todas?

Mas porque el mismo autor de esta advertencia confiesa que ignora la razón de ella y de la Providencia Divina en tal decreto: *Nescio quo Providenciae decreto*, no será temeridad, ni consideración superflua, decir yo la razón que se me ofrece; y es que Dios, en cuanto Gobernador del mundo, se conforma consigo mismo en cuanto Criador de él. La sabiduría con que Dios gobierna el Universo, es la misma con que le crió; ¿qué mucho, pues, que en el modo del gobierno

y de la creación se parezca la misma sabiduría y el mismo Dios á sí?

Dios crió el mundo en siete días, y vemos que en el gobierno del mismo mundo, en las edades, en las vidas, en las dolencias, en los días críticos y en los años climatéricos, observa siempre los períodos del mismo seteno. Pues así como Dios en el gobierno de la naturaleza observa la proporción de los tiempos, así es de creer que en el gobierno de los imperios observa la proporción de los movimientos. El sol, los cielos, las estrellas, los mares, todos se mueven perpétuamente del Oriente al Occidente: y porque la rueda que los ignorantes llaman de la Fortuna es propia y verdaderamente la de la Providencia Divina, corriendo siempre los movimientos naturales del Universo desde el Oriente al Ocaso, pide la proporción y armonía del mismo Universo, que también corran del Oriente al Ocaso los movimientos políticos.

Así, que no es totalmente violenta la fuerza que muda y deshace los imperios antiguos, y crea y levanta los nuevos; mas en esta misma violencia ó fuerza hay mucho de natural, pues sigue los movimientos y peso de toda la naturaleza. En el Oriente nació el primer Imperio; en el Occidente ha de parar el último.

X

Varias profecías.

Subamos ahora ó otra atalaya más alta, desde la cual con luz más clara descubre Dios los futuros á quien es servido, y más ordinariamente á los que mejor le sirven. De este número fué insigne en una y otra gracia Fray Bartalomé Salustio, ó de Salucia, Religioso de la Orden Seráfica, tan venerado en Roma y toda Italia. pon sus grandes virtudes y celo apostó-

lico, como por las ilustraciones del Cielo que resplandecen en un pequeño volumen y grande libro de sus predicciones, reputadas comunmente por profecías.

Su principal asunto son los castigos de la Cristiandad por las armas y tiranías del Turco, como azote de Dios; y en medio de grandes y lastimosas lamentaciones que hacen horror, arrebatado del mismo espíritu, pasa repentinamente al remedio, que vió venir de lejos, como repentino y no esperado, y rompe en estas palabras:

Ma, si volete odire una cansona,
Verrá de Lisbona
Chiara, et Illustre Persona,
Adorná d' ogni opera bona,
La cui fama risona
In tutta parte elido
Nel Mondo da gran grido.

Quiere decir, que para remedio de aquellos males y opresiones del Turco, irá de Lisboa una persona clara é ilustre, adornada de todas las buenas obras, cuya fama sonará por todas las partes del mar y de la tierra, y dará gran bramido en el mundo; que es el propio término ó frase con que hablan nuestros vaticinios (1).

Cantó estas predicaciones Salustio en la Iglesia de *Ara Coeli* de Roma, delante del Santísimo Sacramento, el año de mil seiscientos y seis, y se han probado con

---

(1) En efecto, son varios los profetas que en este punto anuncian algo importante para Lisboa; pero ninguno supone que el caudillo será sólo rey de Portugal, y todos suponen que lo será de toda la Península Ibérica, que es lo que nosotros hemos dicho varias veces. De manera que todo se reduce á decir: «El Rey de España, que lo será también de Portugal, se moverá desde Lisboa... etc.»

Qué acontecimiento le hará mover, no está claro: unos señalan uno y otros otro. Bug de Milhás dice: «Entonces el Tajo producirá un guerrero, valiente como el Cid, religioso como el Tercer Fernando, que enarbolando el estandarte de la Fe, reunirá en torno de sí innumerables huestes, y con ellas saldrá al encuentro del formidable gigante» (batalla de los Pirineos).

los efectos; de los cuales referiré solamente dos, porque tocan á Portugal. El primero es:

Divisa sara la Hespagna,
Che adesso e tanto magna (1).

A esta predicción tan ilustre juntaré ahora otras dos, tanto más antiguas en el tiempo como menos distantes en el lugar, pues ambas quiso Dios que desde la misma antigüedad quedasen depositadas, no sólo por memoria y tradición, mas por escrito de sus propios autores en los Archivos de Portugal.

La primera es de San Egidio, vulgarmente S. Fray Gil, de la Sagrada Orden de los Predicadores, conservada en el Real Convento de Santa Cruz de Coímbra, en la cual, distintos los vaticinios por números, desde el número 11 hasta el 17, dicen de esta manera:

«11. *Lusitania sanguine orbata regio, diu ingemiscet, et multipliciter patietur; sed propitius tibi Deus, solus a longinquo veniet, et insperate ab insperato redimeris.*
12. *Africa debellabitur.*
13. *Imperium Othomanum ruet.*
14. *Eclesia Martiribus coronabitur.*
15. *Bysantium subvertetur.*
16. *Domus Dei recuperabitur.*
16. *Omnia mutabuntur*».

Cuyo sentido, más fácil de lo que acostumbran las escrituras de este género, es el que sigue:

«*Portugal, huérfano de la Sangre Real, gemirá por mucho tiempo, y padecerá de muchos modos. Mas Dios* (habla con el mismo Reino) *te será propicio. Vendrá la salvación de lejos, y serás redimido no esperadamente POR UN NO ESPERADO*».

Sobre este fundamento tan fidedigno por todas sus circunstancias y cumplimiento de ellas, prosigue el Santo Portugués las felicidades de su Patria, y las consecuencias de la Corona redimida y restaurada, prometiéndole las victorias del *Africa debelada*, del *Im-*

(1) «Dividida será la España que ahora es tan grande». ¡Pésense bien estas palabras! Bug de Milhas dijo lo mismo, y se cumple horrorosamente.

perio Otomano caído, de *Bizancio* (Constantinopla), *destruida*, de *la Casa Santa recobrada*, y de *la Iglesia coronada*, no sólo de triunfos, mas de *martirios*, que no pueden faltar en aquella conquista; en fin, la mudanza de todo, *omnia mutabuntur*.

La otra predicción, también doméstica, de Portugal, aunque de extraño origen (si así se puede decir) de padre y de madre, fué hallada en el antiguo y siempre religioso Convento de Alemquer, y escrita, como es tradición, por su Fundador el Santo Fray Zacarías, discípulo del Patriarca San Francisco; el cual de Guimaranes, donde entonces estaba, le envió á edificar aquel Convento. Refiriéndose, pues, á dos oráculos más antiguos, los declara por estas palabras:

«*Isidorus, et Casandra, filia Priami, Regis Trojanorum, concordati in unum dixerunt: In ultimis diebus in Hispania Majori regnabit Rex, bis pie datus: et regnabit per foeminam, cujus nomen inchoabitur per Y graecum, et terminabitur per L; et dictus Rex ex partibus Orientalibus veniet, et regnabit in juventute: ipse expugnabit spurcitias Hispaniarum, et quot ignis non devorabit, gladius vastabit: regnabit super domum Agar, et obtinebit Jerusalem, et super Sanctum Sespulchrum signum Crucifixi ponet, et erit Monarcha Maximus*».

Hasta aquí la traducción latina, sacada del griego. La española, sacada del latín, dice al pie de la letra:

«Isidoro y Casandra, hija de Priamo, Rey de los Troyanos, unidos en el mismo sentido, dijeron: En los últimos días, en la España Mayor reinará un rey dos veces piadosamente dado; y reinará por una mujer, cuyo nombre comenzará en Y griega y acabará en L; y el dicho Rey vendrá de las partes orientales. Reinará en su juventud, y limpiará á España de los vicios inmundos, y lo que no quemare el fuego, destruirá la espada. Reinará sobre la Casa de Agar, conquistará á Jerusalén, fijará la Imagen del Crucificado sobre el Santo Sepulcro y será el mayor de todos los Monarcas».

Son tantos y tan particulares, ó individuales, los misterios de estas palabras, que sólo comentadas se podrán entender bien.

Isidoro y Casandra. Isidoro fué San Isidoro, Arzo-

bispo de Sevilla, cuyas profecías son famosas en España, y el principal sujeto de ellas, el Rey, que llama *encubierto*, y dice que ha de dominar el mundo. Casandra, hija de Priamo, también fué igualmente famosa en la certeza de sus vaticinios, como en la fatalidad de que no fuesen creídos; señal en este caso y unión de Casandra con Isidoro, que las cosas que ellos prometen, ó son increíbles, ó casi, aunque son ciertas. Dice que se unieron y concordaron en lo que ambos afirman aquí; lo cual de ningún modo debe hacer duda, por ser Isidoro cristiano y Santo, y Casandra gentil; porque también las Sibilas (entre las cuales cuentan algunos á la misma Casandra) eran gentiles, y muchas mucho más antiguas que los Profetas (como también Casandra en comparación de Isidoro); y sus Oráculos son tan concordes con los de los mismos Profetas, como se puede ver en San Agustín, Lactancio Firmiano y otros Doctores Católicos.

Dijeron que en los últimos días. Ultimos días, no quiere decir el fin del mundo, sino después de muchos años. Es el término de que usan las Escrituras, hablando de la venida y Misterios de Cristo, que ha más de mil y seiscientos años que vino; y porque aun faltaban muchos para que viniese, decían que vendría en los últimos días: *In novissimis diebus*.

En la España Mayor. España se divide en tres Españas: Tarraconense, Hispanense y Lusitana; y aquélla antiguamente era mayor y más extendida que las otras, como consta de todos los cosmógrafos é historiadores.

Él limpiará las Españas de los vicios inmundos, usando de fuego y hierro. En lo cual se demuestra la Justicia verdaderamente Real y fuerte de este gran Príncipe, sin los respetos y disimulaciones que tanto enflaquecen; y que en la expugnación de los vicios seguirá el aforismo de Hipócrates: «*Quod medicamentum non curat, ferrum curat: quod ferrum non curat, ignis curat: quod*

ignis non curat, immedicabile censetur. Lo que no cura el medicamento, lo cura el hierro: lo que no cura el hierro, lo cura el fuego: lo que no cura el fuego, se tiene por incurable». Y nótese, que diciendo arriba España, ahora dice Españas.

Finalmente, *que rinará sobre la Casa de Agar* (que son los agarenos y turcos); *que conquistará á Jerusalén,* y *pondrá la Imagen del Crucificado sobre el Santo Sepulcro; y que será el mayor Monarca del Mundo.* Todo lo cual viene á ser una breve y expresa confirmación de cuanto ha procurado probar este nuestro discurso.

XI

Tradiciones mahometanas (1).

Prometí por último complemento, aunque no necesario, que después de los oráculos de los Santos oiríamos también las tradiciones ó instintos de los mismos mahometanos, como son pronósticos de la victoria los miedos de los enemigos.

Francisco de Meneses y Jorge de Alburquerque, que quedaron cautivos en Berbería en la pérdida del Rey D. Sebastián, contaban que un alcalde moro, en cuyo poder estuvieron, les dijo muchas veces: que en sus *Mosefos,* ó libros de tradiciones, estaba escrito que en Portugal había de nacer una culebra (2), la cual sería muy arrogante y se querría tragar todo el mundo; y que después de muy adelgazada por varios aconteci-

(1) Hay muchas más de las que aquí refiere el P. Vieyra; pero son muy notables las dos de que hace mérito.

(2) Indudablemente este nacer no se refiere á nacimiento material, sino metafórico, y parece aludir á lo que arriba dijimos en las notas. De todos modos téngase en cuenta que, según San Francisco de Paula, el Gran Monarca desciende de antiguos reyes por Simón de la Limena, y que este español, según algunos autores, era oriundo de Portugal.

mientos, volvería á engrosar como la nube que toma agua, y conquistaría el Africa y sería Señora de la mayor parte del mundo.

Cuatro cosas contiene esta predicción, ó una; y la misma con cuatro circunstancias: la Culebra ó Serpiente; el adelgazarse; el volver á engrosar; y el dominar á los turcos.

En este último estado se ve pintada la Serpiente en las tablillas ó pasillos célebres de Jorge Jordán Veneto, tablilla sexta, donde declaró toda la pintura por estas palabras:

«*Imperatorum Turcicorum capitibus imminet Serpens sese in gyrum revolvens: supra hos vero novi Imperatoris Christiani conspiciuntur, qui extincta Turcarum Monarchia Constantinopoli denuó rerum patientur:* Esto es, que «sobre las cabezas de los emperadores turcos está amenazando y superior la Serpiente enroscándose y dando muchas vueltas; y que del mismo modo se ven pintados sobre ellos los nueve Emperadores Cristianos; los cuales, extinguida la monarquía mahometana, volverán de nuevo á gobernar en Constantinopla».

Añade el mismo autor, que en el sepulcro del mismo Constantino, que hizo imperial la ciudad de Constantinopla y le dió su nombre, se halló lo referido en una lámina de plata. Donde lo que más se debe admirar es, que así estuviese ya escrito ú esculpido cerca de trescientos años antes que saliese al mundo Mahoma.

Viniendo, pues, á la Culebra ó Serpiente, primero adelgazada y engrosada después, y últimamente dominadora de los turcos, es de notar: que de dónde hayan dimanado estas tradiciones entre hombres sin verdadera fe de aquella eterna Sabiduría que sola tiene presente y puede manifestar los futuros, ni aun ellos lo saben con certeza. Mas el mismo Dios que da instinto á la garza para conocer al alcón que la ha de tomar, también lo habrá dado á estos bárbaros. Cuando no digamos que ha sido revelación hecha á alguno de los grandes Santos, cautivos ó libres, que entre ellos vi-

vieron ó padecieron. Pudiendo también ser que la Divina Providencia concurriese para este juicio por medio de la observación de los astrólogos, que en la Arabia principalmente fueron insignes en este arte.

Entre éstos se halla el pronóstico de uno llamado Acán Turulei, que él dejó escrito el año de 1200 en lengua arábiga; en el cual, después de profesarse gran celador de la ley de su falso profeta, le pronostica el fin, diciendo expresamente que será arruinada y destruída por un nacido en los últimos fines del Poniente.

Este Rey, dice, será el castigo del pueblo de Mahoma y azote del pueblo de Ismael; el cual, con el favor de su religión, empezará á perseguir á los moros, echándolos de sus tierras y haciendo grandes armadas contra ellos, y será el estrago que en ellos hará tan grande, que se tendrá por bienaventurada la estéril, viendo perecer los hijos de otras con diferentes muertes.

«La espada cortadora de la Morisma, continúa, estará embotada de suerte que no cortará en aquel tiempo. El Cetro de este Rey será la vara de Júpiter y la espada de Marte; Jerusalén saldrá de la Casa y poder de Ismael, y entrará en ella el Monte Calvario y los Estandartes de Poniente».

Esto dice, y otras muchas cosas del mismo género, el pronóstico de aquel moro, en que concuerda con la opinión y temor de todos. Y yo, con esta última demostración, creo que he descubierto bastantes fundamentos, así á la curiosidad de los que lo quisieren saber, como á la incredulidad de los que lo dudaren; confirmando, como lo prometí, y haciendo cierta, ó cuando menos probable, la contingencia de mi conclusión con la fe de los Históricos, con el discurso de los políticos, con los profecías de los Santos, y hasta con las tradiciones de los mismos mahometanos; concordes todos en que la exaltación de la Monarquía universal del mundo, y extinción de la potencia del Turco, la ha reservado la verdadera Fortuna, que es la Providencia Divina, para las victorias y triunfos de las

Españas y para el establecimiento en ellas del Imperio de Cristo.

Y para que cerremos esta apología con aquella misma llave debajo de la cual tiene Dios encerrados los secretos de sus maravillas, y escritos los nombres fatales de los heróicos instrumentos que destinó para ellas, oigamos el famoso texto que destiné para este lugar, temeroso en los horrores con que comienza, como alegre y glorioso en las felicidades con que acaba.

XII

El Profeta Isaías.

Y ¿qué dice el Oráculo de Isaías en aquel capítulo? En la primera, en la segunda y en parte de la tercera lección, con temerosísima elocuencia describe y amplifica las horrendas calamidades y géneros de muertes con que Dios casi despoblará el mundo, en castigo y expiación de sus maldades, que encarece con el nombre de *locuras*. Particularmente dice que padecerá estos grandes detrimentos *la Ciudad de la Vanidad* (Isai 24. 10): *Attrita est Civitas Vanitatis:* para que vean las mayores y más soberbias ciudades del mundo, á cuál de ellas compete ó puede competer más propiamente la antonomasia de este sobrenombre, tan ajeno de toda razón y juicio.

En suma, afirma el Profeta, que serán pocos los hombres que quedarán vivos (Ibid 6): *Ideo insanient cultores ejus, et reliquentur homines pauci*; y que estos serán tan pocos, como después de vareado el olivar y vendimiada la viña, son pocas las reliquias que escapan de una y otra cosecha (Ibid. 13): *Quomodo si paucae olivae, quae remanserunt, excutiantur ex olea, et racemi, cum fuerit finita vindemia.*

Nótese mucho la consecuencia del texto; porque

después de decir que los hombres que quedarán serán pocos, *Relinquentur homines pauci*; y después de declarar este poco número con la comparación y encarecimiento del olivar vareado y de la viña vendimiada después de la cosecha, *Quomodo si paucae olivae, quae remanserunt, et racemi, cum fuerit finita vindemia*, inmediatamente prosigue diciendo (Ibid. 14, 15 y 16.):

«Hi levabunt vocem suam, atque laudabunt: cum glorificatus fuerit Dominus, hinnient de mari; propter hoc in doctrinis glorificate Dominum, in Insulis maris nomen Dei Israel. A finibus terrae laudes audivimus, gloriam justi».

Todo esto, siendo tanto, dice el Profeta que lo harán aquellos, ó estos pocos. *Hi.*

Hi. Estos pocos son los que en loor y honra de Dios levantarán la voz. *Hi levabunt vocem suam, atque laudabunt;* porque ellos serán los soldados del Príncipe, que irá á Lisboa dando grande bramido en todas partes del mundo.

Hi. Estos pocos son los que, cuando Dios fuere glorificado, relincharán del mar, *Cum glorificatus fuerit Dominus, hinnient de mari*; porque como dice San Isidoro, el futuro Emperador universal irá á su conquista en caballos de madera, entendiendo por caballos de madera las naves de su armada. *Clasique immittit habenas*; los relinchos de los cuales caballos serán el estruendo de la artillería, con que atronarán los mares y costas de Levante.

Hi. Estos pocos serán los que glorificarán á Dios, y su nombre en las islas del mar, no sólo con las armas, sino con la doctrina. *Propter hoc in doctrinis glorificate Dominum, in Insulis maris nomen Dei Israel;* porque las islas del mar son las muchas del archipiélago de que está rodeada y como murada la barra de Constantinopla, á donde llevará su derrota la armada Cristiana; y la principal victoria que allí alcanzará, será la de la Fe y Doctrina Cristiana, con que convertirá á Cristo los mismos turcos. Así se ve pintado entre las

tablillas arriba referidas, en la tablilla octava, donde dice la declaración, que vencido el emperador turco por el Emperador Católico, *Divina clemencia, spiritus sui luci, animum ejus illustrante, Christianam Religionem cum omnibus suis amplectetur.*

Esto dice el famoso texto de Isaías, y este será el felicísimo fin de nuestras esperanzas, para el que Dios nos habilitará con los antecedentes castigos, en los cuales perecerán los muchos que el mismo Profeta llama locos: *Insanient cultores ejus*; y quedarán sólo los pocos que tuvieron juicio y obraren con juicio, como hombres: *Relinquentur homines pauci.*

Si este papel hubiera de pasar á las manos de los mismos españoles y portugueses de entonces, les dijera yo que, puestos entre el peligro y la esperanza, en que actualmente nos pone esta profecía, viese y considerase bien cada uno si le estará mejor enmendar las locuras y vivir con los pocos, ó continuar en ellas y perecer con los muchos.

CAPÍTULO XII

ESTUDIO SOBRE EL CUARTO LIBRO DE ESDRAS

CAPÍTULO XII

ESTUDIO SOBRE EL CUARTO LIBRO DE ESDRAS (1)

I

Autoridad del libro IV de Esdras.

La Iglesia todavía no lo ha declarado canónico, por los motivos que más abajo indicaremos; pero siempre ha sido para ella de gran autoridad, como entre otras razones prueban los textos que de este libro tomó para los oficios eclesiásticos.

Del capítulo II, v. 36 y 37, está tomado el *Introito* de la Feria tercera de Pentecostés: *Recibid la alegría de vuestra gloria. Recibid el divino don de vuestra santidad y regocijaos, rindiendo gracias á Dios que os ha llamado al reino de los cielos.* Y en el oficio pascual de Mártires toma también estos textos del mismo capítulo: *Luz perpetua brillará para vosotros por la eternidad del tiempo.—Estos son los que depusieron ya la túnica mortal: ahora son coronados y reciben palmas.*

Además, si la Iglesia no ha incluído este libro en el canon bíblico, no por eso ha fallado que no sea inspirado; hase reducido meramente á suspender el

(1) Tomado de los números 104, 105 y 106 de *Luz Católica.*—Octubre de 1902.

juicio hasta que la oportunidad ó la necesidad reclamen una decisión, como hizo con otros libros canónicos y con muchos dogmas de fe. Entretanto, lejos de rechazarlo, con el libro tercero lo reprodujo cuidadosamente al fin de la Biblia en la mayor parte de las ediciones que de ésta se hicieron hasta el siglo XIX. Casi todos los editores modernos, que en general, atienden sólo al lucro, lo omiten por razones de economía.

S. Bernabé, citado por Dom Calmet en la inconsecuente disertación que hizo contra este libro, admite también su autoridad, dándola al versículo 5 del cap. V *(et de ligno sanguis stillabit)* cuyas son estas palabras: «¿Y cuándo se consumarán estas cosas? Y dijo el Señor: Cuando el leño se inclinare y resucitare, y cuando el leño destilare sangre».

En el Apocalipsis, libro el más sublime de la Biblia, rechazado también por muchos autores antes que la Iglesia lo declarase canónico, hay varios pasajes manifiestamente alusivos á otros de Esdras, como verá claro el que compare los siguientes: Apoc., cap. VI, con Esdr., cap. IV, 35, y siguientes, y con el cap. XV, 8; Apoc., cap. XII, con Esdr., cap. IX, 8 y siguientes; Apoc., cap. VII, con Esdr., cap. II, 38 y 42; y Apoc., cap. XVIII, con Esdr., cap. V y XVI.

«Mejor creo, dice Calmet, que Esdras copiase al Apóstol, que el Apóstol al Pseudo-Esdras».

Alcázar viene á decir lo mismo; pero el incomparable Cornelio á Lapide, después de una larga y victoriosa disertación en favor de este libro, dice lo siguiente:

«Por lo dicho se ve claro que este libro fué escrito antes del Apocalipsis, y por ende, que San Juan en el Apocalipsis alude á él».

Es más; hay así en los libros de uno como de otro Testamento gran número de textos que coinciden con los de Esdras, á veces literalmente, lo cual,

de no suponer que el libro en cuestión es una ficción presuntuosa, da una valiosísima prueba en favor suyo.

Como quiera que sea, muy venerable es la autoridad de un libro cuyos textos canoniza en cierto modo la Iglesia, adoptándolos en su Misal y su Breviario. Esta razón nadie la podrá deshacer.

Pero hay más. Varios antiguos Padres de la Iglesia, así griegos como latinos, elogiaron este libro, sin dudar que fuese inspirado por el Espíritu Santo. Pueden verse entre otros San Ireneo, lib. III, cap. XXV; San Cipriano, Epist, *ad Demetrium;* San Basilio, Epist. *ad Chilonem;* San Clemente Alejandrino, *Strom. lib. 1;* Tertuliano, lib. *de Habitu mulierum, de Proescript. y contra Marcion.* Los que le citan con veneración, sin pronunciarse por su inspiración como los sobredichos, son muchos.

Uno de los que más lo elogiaron y utilizaron como verdaderamente inspirado, fué San Ambrosio. En el libro *de Bono mortis*, cap. 10, n.° 45, fundándose expresamente en este libro de Esdras, prueba que los profanos deben á nuestros libros sagrados lo bueno que hay en los suyos; y en el cap. 11, n.° 51, dice que el Apóstol «no siguió los dogmas de Platón, sino los de Esdras inspirado por el Espíritu Santo; por lo cual, añade, Esdras se ha de tener por muy superior á todos los filósofos». En otras obras viene á decir lo mismo, siempre teniéndole por autor inspirado. Véanse *de Spir. Sancto,* lib. 2; *Orat. in ob. Satyri, cap. 7; y Epist. 38 ad Honront.*

II

San Jerónimo. Objeciones.

Contra todas estas valiosísimas autoridades alegan la de San Jerónimo los impugnadores de Esdras.

En verdad, San Jerónimo no le fué favorable y hasta dijo que no contenía más que fábulas y sueños; pero si hay lógica en el mundo, debe convenirse en que la autoridad de San Jerónimo es nula en este caso; primero, porque su opinión no fué constante; y segundo, porque desconocía el libro de Esdras. Citemos sus propias palabras:

«Ora digas que Moisés fué autor del Pentateuco, ora que Esdras lo restauró, no te lo negaré». *(Adv. Helvid).*

Ahora bien; siendo del IV de Esdras la noticia de esta restauración, síguese que San Jerónimo no negaba la autoridad de dicho libro, impugnando á Helvidio, como la negó impugnando á Vigilancio, á quien decía:

«Tú, Vigilancio, duermes, y durmiendo escribes, y me propones un libro apócrifo llamado de Esdras, leído por tí y y tus semejantes».

Y por muchos más y harto dignos de respeto, perdónenos San Jerónimo; no creemos que sean una bagatela, ni cosas de Vigilancios y herejes, las autoridades de los Padres que hemos alegado. Por lo demás, no es extraño que San Jerónimo escribiera de este modo, dado lo que añade á las palabras citadas:

«*Libro,* dice, *que yo nunca leí.* ¿Qué necesidad hay de tomar en las manos lo que la Iglesia no recibe?»

No lo recibe en cuanto canónico, sobre lo cual ha suspendido el juício hasta mejor ocasión; pero lo recibe en otros mil conceptos, y hasta lo autoriza copiándole en los oficios eclesiásticos. Si por el mero hecho de que la Iglesia no declare canónicamente inspirado un libro, no debe éste ni siquiera tomarse en las manos, el Máximo Doctor San Jerónimo debía no haber leído nada fuera de la Biblia. Que Vigilancio y los suyos leyesen á Esdras no es razón en contra: todos los herejes leen mucho la Sagrada Escritura y en ella pretenden fundar sus herejías. Tampoco es razón el que este libro sea apócrifo; porque apócrifo tanto vale aquí como *no canónico,* ni más ni menos.

Por apócrifo tuvieron algunos doctores el Apocalipsis, y al fin la Iglesia lo declaró canónico.

Lo que más asombra es que San Jerónimo cerrase de tal modo su juício contra un libro que él mismo confiesa no haber leído. Necesariamente, pues, había de juzgar por lo que del mismo libro leyó en los adversos; pero eso no basta, ni el propio San Jerónimo se contentó con leer á Vigilancio citado en los escritos de otros, sino que muy conforme á lógica, leyó los de Vigilancio mismo y *sólo así* pudo impugnarle como era de ley.

No acabamos de maravillarnos de que el gran Doctor menospreciase así el IV de Esdras porque la Iglesia no lo había declarado canónico. A esa cuenta, no debía haber saludado él á Cicerón, por cuya apasionada lectura le azotó un ángel, según él mismo dice; ni debiéramos nosotros leer, v. gr., la Suma de Santo Tomás, ni la *Imitación de Cristo;* en fin, nada fuera de la Biblia, pues tampoco la Iglesia recibe como canónicos esos libros. ¿Por ventura es necesaria la declaración de canonicidad para que un libro tenga tanta autoridad como los citados ó como Josefo, Tito Livio, San Agustín, el mismo San Jerónimo y otros mil millares de autores?

Entre la canonicidad y la falsedad hay una autoridad media, más ó menos respetable, y esa autoridad reconoce la Iglesia al IV de Esdras, desde el momento en que se apropia sus textos y acoge sus ediciones. Esto es ya una buena preparación para declararlo canónico cuando llegue la oportunidad. Nosotros opinamos que no tardará en llegar, así que acabe de demostrarse á qué época se refiere el libro, pues entonces caerán por su base la oposición de San Jerónimo y de todos cuantos lo han impugnado por no haberlo leído ó comprendido.

San Jerónimo negó la autoridad del IV de Esdras sin dar razones, fiando seguramente en las que daban

otros; pero el caso es que todas las razones que hemos podido hallar contra este libro, resumidas con prevención casi rencorosa por Dom Calmet y desvanecidas por Genebrardo, Cornelio á Lápide y otros notabilísimos expositores sagrados, todas nacen de no entender el libro. Es la misma razón por que algunos negaron la inspiración del Apocalipsis, y equivale á decir: «Yo no entiendo eso; luego eso es apócrifo y falso».

¿Cómo podía ser comprendido el IV de Esdras, cómo no lo habían de tener algunos por fabuloso y ridículo, si no quisieron ver nunca más que una predicción histórica ceñida al pueblo hebreo, en lo que es una profecía que ahora empieza de lleno á cumplirse? Todos los profetas bíblicos son igualmente incomprensibles si los ceñimos al pueblo judaico, como si para él solo y no para la Iglesia de Cristo hubieran profetizado. Esdras narraba proféticamente lo que está sucediendo y va á suceder, descubriendo asimismo lo que sucederá al fin del siglo y del mundo. Querer, pues, que no profetizara sino para el pueblo hebreo, es violar toda lógica.

Si el autor del libro no fué inspirado, si no fué verdadero profeta alusivo á siglos muy distantes de él, fué, en verdad, un majadero, puesto que no supo evitar las incoherencias, falsedades y demás que en él se notan cuando se le reduce á ser mero profeta del antiguo pueblo. Ahora bien; su libro es un prodigio de teología y de filosofía, que parece escrito para confundir á los racionalistas de nuestros tiempos. ¿Cómo, sabiendo tanto, no supo evitar los defectos que tan claramente habían de descubrir su impía ficción? Luego su profecía no se dirige á los sucesos hebraicos, sino á otros principalmente, y por lo tanto es contra toda razón y justicia contradecirle como si sólo á los primeros aludiera.

Repitámoslo: á Esdras se le ha impugnado porque

no se le ha comprendido. El mismo Dom Calmet, no obstante su vasto saber, escribe verdaderas patochadas impugnándole; y tan sin lógica arguye, que de probar algo sus razones, la mayor parte concluirían tanto contra los profetas declarados canónicos como contra Esdras.

A nosotros nos sucedió lo que á San Jerónimo. No habiendo leído sino alguna que otra impugnación, no queríamos perder tiempo en leer el libro; pero como saben ya nuestros lectores, un texto citado por el P. Vieyra nos abrió los ojos hace algunos meses. Leímos entonces á Esdras, lo volvimos á leer, y gracias á Dios, hicimos un juício muy diverso del que antes teníamos, y después de mucho estudio hallamos en Esdras una plena confirmación de las predicciones publicadas en *Luz Católica.*

Probada ya la autoridad de este gran libro y sin detenernos á desvanenecer objeciones, porque los estudiosos pueden verlas resueltas en Cornelio á Lápide y otros autores, digamos con el último:

«Nada he hallado en este libro que pueda ser tachado de falsedad y no admita un conveniente y verdadero sentido, si pesas bien las palabras... Tiene este libro algunas profecías é historias que ningún otro menciona; pero si alguien no quiere creerlas, al menos suspenda su juicio con la Iglesia; pues de que ningún otro haya escrito una cosa, no se sigue que sea falsa... Tiene este libro documentos doctos, píos, graves é ilustres, que impresionan constantemente al lector con la creciente vanidad y malicia del decreciente mundo, el horror al pecado, el terror de los juícios de Dios, y la memoria del siglo venidero; por todo lo cual se le debe conceder la autoridad correspondiente. Y no es de admirar que hasta hoy no se haya puesto en claro si su autoridad es sagrada ó no, pues eso mismo permitió el Señor sucediese con los libros Deuterocanónicos, y hasta permitió se perdiesen muchos libros de profetas citados en los libros de los Reyes».

III

¿Quién es Esdras?

En otro capítulo veremos qne Esdras es en esta profecía el mismo personaje profetizado: el gran restaurador de la Ley. Pero ¿quién es el personaje en cuestión, cúyo es su nombre, á qué época pertenece? ¿Es nuesttro Esdras el mismo nieto del Sumo Sacerdote Saraías, que estuvo cautivo en Babilonia bajo el reinado de Ciro? ¿Es el contemporáneo de Zorababel y de los profetas Aggeo y Zacarías, que describió el retorno de los judíos á Babilonia en el primer libro canónico que lleva su nombre, y ejerció en Jerusalén la suprema autoridad sacerdotal y política? ¿Es el mismo que según San Ireneo, Tertuliano, Orígenes, San Clemente Alejandrino, San Basilio, San Jerónimo, San Agustín, San Isidoro y otros Padres, rehizo los libros Santos y formó el Canon judaico del Antiguo Testamento? ¿O es más bien un profeta que por inspiración de Dios tomó el nombre del verdadero Esdras, que parece el más conveniente á la índole de su profecía?

En nuestro humilde, pero firme sentir, el Esdras del libro cuarto no es el mismo Esdras del libro primero. Tomó el nombre del verdadero Esdras, no sólo por la semejanza maravillosa que hay entre la época y la misión del uno y las del otro, sino porque el nombre mismo expresa muy bien entrambas misiones, pues Esdras quiere decir *ayuda, socorro, auxiliador*, etc. De suerte que en el libro IV es principalmente nombre de misión el que en el primero es de persona.

Quizá algún erudito delicado halle insostenible nuestro parecer; pero es tan fundado, que entre varios casos iguales, el mismo Esdras real nos ofrece uno. En efecto; según los rabinos, el Abad Ruperto y otros va-

rios Doctores, y sobre todo, según San Jerónimo *(Præfat. ad Malach, et passim in Comment.)*, el profeta Malaquías, duodécimo de los Menores, es el mismísimo Esdras del libro primero. Tomó el nombre de Malaquías para publicar su profecía, porque era muy adecuado á la índole de ella y muy expresivo de la misión del profeta. Malaquías, efectivamente, quiere decir *Angel del Señor* ó *Mensajero del Señor*. El Esdras del libro cuarto lo confirma al fin del capítulo I, nombrando así al último de los Profetas Menores: «Malaquías, que también fué llamado Angel del Señor».

De aquí parece deducirse claramente que nuestro Esdras no es aquel que tomó el nombre de Malaquías, sino otro posterior. Cierto que su genealogía, puesta por él al principio del primer capítulo, parece ser la del primer Esdras; pero, ¿á qué venía tal letanía genealógica, si su objeto no era más que darnos á conocer la cuna del Profeta, cosa bien insustancial para la profecía? Pudiera decirse que lo intentado por él era demostrar su linaje sacerdotal, necesario para el desempeño de la misión que se le confiaba; pero bien lo demuestra el curso de la profecía sin necesidad de más pruebas; y además, esto demostraría que se trata de una persona llamada realmente así y no de un nombre alegórico, lo cual sería dar por sentado sin razones lo mismo que se discute.

Débese, pues, creer que el objeto de la genealogía era otro conforme á la misión del profeta, y en efecto, todos los nombres que cita expresan virtudes indispensables al Esdras protagonista del divino drama de su profecía; todas son necesarias para su misión, y las tuvo, tiene ó tendrá, como veremos más abajo.

Si á pesar de todo se nos objetase que la expresada genealogía no es alegórica en la mente de Esdras, sino una maliciosa ficción para darse importancia con tal origen, como quieren Calmet y otros, diríamos que esto es dar prevenciones é ignorancias por razones,

pues bien podría ser propio de nuestro profeta el nombre de Esdras, ya que hay varios Esdras distintos del autor del libro primero, y probablemente algunos descendían del mismo. Tanto es así, que algunos escriturarios tienen por opinión probable que el Esdras del tiempo de Ciro no es el Esdras del tiempo de Artajerjes Longimano, y aun los Macabeos (lib. II, VIII, 23) nos hablan de otro Esdras.

Si realmente los dos primeros son distintos, casi podría asegurarse que el autor del libro IV es el segundo Esdras, y que este mismo es el confeccionador del libro de Nehemías, llamado segundo de Esdras; porque leyendo con atención el capítulo XII de dicho libro, convéncese uno de que el verdadero autor no es Nehemías, sino otro que aprovechó en el libro las memorias de Nehemías, y en el texto no parece este otro el primer Esdras. Así, pues, no sería infundado opinar que el primer libro de nuestro Esdras sea el de Nehemías, y el segundo el que ahora se llama cuarto, perteneciendo los otros dos á otros Esdras. Ello es que el *cuarto* empieza así: «Libro *segundo* de Esdras profeta».

Como quiera que sea, ora se diga que el Esdras del tiempo de Ciro y el del tiempo de Artajerjes son uno mismo, ora que son diferentes, las épocas y los hechos de entrambos son tan semejantes, que autorizan para entenderlos de un solo sujeto; y al mismo tiempo hay tan acabada semejanza entre aquellos hechos y épocas y los del hombre reparador anunciado por el cuarto de Esdras, que siendo dicho hombre el profeta mismo según veremos, bien pudo llamarse Esdras por la misma razón porque Esdras se llamó Malaquías.

Si con todo esto y mucho más que dijéramos no llegaríamos á descubrir la verdadera personalidad de nuestro Esdras, no por eso es lógico tener por no inspirado su libro, pues algunos hay en la Biblia cuyos autores nos son desconocidos.

He aquí ahora, sucintamente narrados, los hechos

del ó de los Esdras á que antes nos hemos referido; y para mejor efecto, traduciremos á dos autores franceses adversos al IV de Esdras.

«Ilustrado Esdras por su piedad y su celo por la observancia de la ley de Dios, estaba perfectamente instruido en los divinos preceptos; *Preparó su corazón para investigar la ley del Señor y practicarla y enseñar al pueblo los preceptos y juicios de ella.* (I Esdr. VII, 10). En estas disposiciones volvió de Babilonia á Jerusalén para restablecer allí la religión en toda su pureza. Habiendo merecido por su buena conducta la estima del rey Artajerjes, obtuvo de él plenos poderes para restablecer en su pueblo jueces y gobernadores, á fin de hacerle entrar en el conocimiento y la práctica de los preceptos de la ley. Trabajó en esta empresa con un ardor extraordinario y una humildad profunda, recurriendo á la oración y las lágrimas para obtener de la divina misericordia el espíritu de penitencia para sus hermanos. Muchos autores antiguos creyeron que los ejemplares del Viejo Testamento fueron todos quemados con el templo por los caldeos, y que Esdras, inspirado por Dios, restableció después de memoria toda la Escritura; pero esta opinión es absolutamente insostenible. La verdad es que Esdras reunió todos los Libros santos que, si bien reconocidos ya por divinamente inspirados, no habían formado nunca un solo cuerpo, y los hizo aceptar á toda su nación como canónicos». (HURE: *Dictionnaire universel de Philologie sacrée,* artículo *Esdras*).

«Se ha dicho que él tuvo la parte principal en la revisión y compilación de la mayor parte de los libros de la Escritura; que los retocó, hizo algunas ligeras enmiendas, los redactó y los puso en el estado en que los tenemos hoy. En verdad, siendo Esdras muy instruido, muy celoso, muy solicito en restaurar los antiguos monumentos escritos de su nación, y por añadidura lleno del espíritu de profecía, es muy probable, en efecto, que trabajó mucho en restaurar los Libros santos y componer el Canon formado por veintidos libros del Antiguo Testamento, que son los reconocidos hoy por los hebreos». (A. F. JAMES: *Dictionnaire historique, etc., de la Bible*, artículo *Esdras*).

Esdras fué verdaderamente el restaurador de la Ley, de la ciudad y del Templo. Léase su historia en los expositores, y se verá que, por donde quiera se examinen sus hechos y su época, guardan una inalterable relación con los del Esdras del libro IV, res-

taurador de otra ley, de otro templo, de otro pueblo... Al primer Esdras dieron los judíos los títulos de *Escriba veloz y Príncipe de los doctores de la Ley,* no sólo por lo mucho que escribía y enseñaba de Escritura y Tradición, sino por su vasto saber en otros ramos; y el del libro IV ni sabe menos, ni escribe menos, ni enseña menos, como lo prueba especialmente el capítulo XIV.

Por último, al gobierno y magisterio de Esdras sucede el de Nehemías, en cuya persona, como dicen San Jerónimo y otros, se ve una hermosa figura de Cristo gobernando la Iglesia; y al gobierno y magisterio de nuestro Esdras sucede el verdadero gobierno y magisterio de Cristo en la cuarta generación del mundo. Aquel Esdras hace entrega del gobierno á Nehemías, figura de Cristo, y este Esdras, según varios profetas, hará la misma entrega en Jerusalén á Cristo, Rey de todos los que gobiernan.

¿Quién, por lo tanto, se maravillará de que el profeta del cuarto libro, que es el mismo protagonista de él, tome el nombre de Esdras, y más cuando es por divina inspiración? En virtud de tantas analogías, pudiera opinarse que es uno solo el Esdras del libro primero y el del cuarto; pero además de las razones expuestas y de otras que por brevedad omitimos, hay una más en contra, y es la siguiente:

El autor del libro IV no toma el nombre y la personalidad del antiguo Esdras para atribuírselos á sí mismo sin relación á otro; tómalos porque representa á un Esdras de nuestros tiempos, á quien se refiere toda la profecía. Este Esdras moderno es el verdadero protagonista de la narración profética, no el autor, que es mero profeta y representante de aquél. Trasládase el autor á nuestros tiempos, escribe como si en ellos viviera, habla como si fuera el nuevo Esdras, á quien mil profetas posteriores llaman Gran Monarca; y todo esto de tal suerte, que el Gran Monarca podría

quizá apropiarse todo el libro como si á él hubiera sido revelado.

No hacemos estas afirmaciones á la ligera: dejámoslas ahora sin sus pruebas correspondientes porque pertenecen á otro artículo; pero cuando éste llegue las daremos, y parécenos que dejaremos bien sentada la afirmación de que Esdras se traslada á nuestros tiempos como si en ellos y no solo para ellos profetizara, representando al gran hombre que en estos tiempos debe aparecer.

IV

Sinopsis del IV libro de Esdras.

El libro IV de Esdras anuncia una revolución, considerándola especialmente en un reino; descubre los motivos religiosos, morales y políticos de ella; ocúpase del desenlace de la misma, para el cual se valdrá la Providencia de un hombre que devolverá la paz al mundo y lo regenerará con Dios y para Dios.

Los castigos que anuncia son tales, que el mismo Esdras no se los puede explicar, y para comprenderlos va estudiando los misterios de la divina Providencia en el gobierno del mundo, hasta que la inspiración divina se los descubre por medio de un ángel; pero aunque Esdras presenta al ángel como si en el lenguaje material le hablase, entendemos que es por mero estilo profético, no porque el ángel se le apareciese ni le hablase. Sabía Esdras que Dios nos inspira por medio de los ángeles, y desde el momento en que se veía inspirado, sabía que un ángel hablaba espiritualmente á su inteligencia, aunque él no lo viese ni oyese. Varias veces, en efecto, es el Señor quien le habla y él al Señor, en medio de sus diálogos con el

ángel. Así lo vemos también en casi todos los profetas canónicos.

Dicho se está, pues, que este libro, aun humanamente considerado, es una maravilla teológica y filosófica donde puden aprender muchísimo los mayores sabios; ya hemos visto que, según San Ambrosio, Esdras debe ser puesto muy por encima de todos los filósofos. Muchos de sus pasajes parecen escritos expresamente para confusión del racionalismo, del deísmo y del naturalismo todo.

Siendo su objeto principal anunciar la restauración y los castigos providenciales que deben precederla y conducir los hombres á ella, antes de la herida muestra el bálsamo que ha de curarla, antes de la ruína describe la gloria de la reparación, como diciendo á los lectores:

«Terribles acontecimientos tengo que anuciaros; mas á fin de que no desmayéis, sino que esperéis firmemente en el Dios que de esos males sacará bienes inmensos, os descubriré ante todo la bienandanza y la gloria que á tantos males seguirán».

En efecto; después de expresar en el capítulo I las causas por que Dios retira del pueblo de Israel su especial protección y la da á un pueblo venidero, anuncia en el II la gloria de este pueblo; mas siendo esta gloria, con ser tan grande, una débil muestra profética de lo que será la que venga después del Anticristo, ó sea la de la *cuarta generación* (1), á ésta conviene especialmente la segunda parde de dicho capítulo. Esta dilatación de sentido es inherente á todas las grandes profecías históricas de la Biblia; referíanse los profetas al pueblo israelítico y al pueblo cristiano, y aun de éste referíanse á varias épocas en un mismo texto.

Esdras recibe de Dios mismo la misión de anun-

---

(1) Véase sobre este particular el estudio que con este título publicamos en el número 37 de *Luz Católica.*

ciar estas cosas; pero son tan extraordinarias, que sus compatriotas no le creerán. Dice así:

«Yo, Esdras, recibí del Señor en el monte Oreb la orden de ir á hablar á los hijos de Israel; y *así que me presenté á ellos, me reprobaron y despreciaron el mandato del Señor*». (II, 33).

Ya hicimos notar en la página 1.017 del primer tomo de *Luz Católica*, que el monte Oreb, sin *h*, no es el Horeb donde el Señor habló á Moisés desde la zarza en llamas. Oreb recibió este nombre de un madianita que así se llamaba y fué muerto allí por los hijos de Israel, y cuyo múltiple significado conviene á lo que pasa en nuestros días.

Los que pretenden, como Dom Calmet, que Esdras no pudo ir al tal monte en la época de su profecía, no tienen presente que Esdras emplea ese y otros muchísimos nombres en sentido metafórico, no real, pues de esta suerte expresa con sola una palabra lo que ocuparía largos capítulos si hubiera de expresar las cosas á la letra; con lo cual perdería una de las principales notas de la profecía, que es la *concisión* ó *compresión*, según largamente probamos en el número 59 de la misma revista.

Tales metáforas son comunísimas en los profetas, por la abundancia de sentidos que tienen. A quien tratase de impugnar á Esdras á lo Calmet, preguntándonos por qué dice que fué á un monte á donde en realidad no fué, nosotros le preguntaríamos, v. gr., por qué Isaías dice que Jesucristo viene de Edom con los vestidos teñidos de Bosra.

Ocasión tendremos de ver por qué Esdras dice que recibió el mandato del Señor *en el monte Oreb*. Lo que ahora importa retener es que sus compatriotas le despreciaron, por lo cual se va de los judíos á las gentes y les habla así:

«Por lo tanto, á vosotros digo, gentes, que oís y entendéis, esperad vuestro Pastor; él os dará el descanso de la eternidad: porque muy cerca está ya aquel que debe venir al fin del siglo.

Preparaos para recibir los premios de su reino, porque brillará para vosotros una luz perpetua durante la eternidad del tiempo». (II, 34, 35).

No obstante la incredulidad de su pueblo, y después de decir á grandes rasgos cuáles serán aquellos premios y aquella luz, termina el capítulo con estas palabras:

«Entonces me dijo el ángel: Ve y anuncia á mi pueblo cuántas y cuáles maravillas del Señor Dios has visto».

Tal es el argumento del libro, expuesto en dos capítulos que le sirven como de prólogo. El verdadero hilo de la narración profética empieza con el capítulo III.

V

Motivos de la revelación y misión de Esdras.

Poco necesitamos decir por cuenta propia en este capítulo; el ángel nos lo da casi hecho, por lo cual no es menester sino traducir los pasajes relativos al asunto.

Esdras se lamenta á su Dios con gran dolor por la ruina de Sión en castigo de los pecados de sus hijos, y orando pregunta por qué éstos han de ser más castigados que los de Babilonia, siendo así que los últimos han ofendido á Dios mucho más que los primeros. El ángel Uriel *(fuego de Dios)* acude á instruírle y entáblase entre ellos un diálogo, del que ahora nos importa retener lo siguiente:

—«Tu corazón, dícele el ángel, ha sobrepujado á todos en este siglo y tratas de comprender las vías del Altísimo.

—»Así es, Señor mío, responde Esdras.

—»Pues yo he sido enviado para enseñarte tres caminos y proponerte tres semejanzas. Si aciertas á explicarme una de ellas, yo te demostraré la vía que deseas conocer y te descubriré de dónde viene el corazón maligno...»

Sigue proponiéndole una serie de misteriosísimas dificultades, y luego observa Esdras, como si hablara con Dios:

—«Ruégote, Señor, que se me dé sentido de inteligencia; porque yo no he querido preguntar acerca de tus superiores arcanos, sino acerca de las cosas que pasan cada día por nosotros. ¿Por qué Israel ha sido dado en oprobio á las gentes? Entregado fué á tribus impías el pueblo que amabas; la Ley de nuestros padres ha sido llevada á la destrucción y las disposiciones escritas ya no existen. Y nosotros vamos pereciendo como langostas, y nuestra vida es estupor y pavor, y no somos dignos de conseguir misericordia. ¿Qué hará el Señor en honor de su Nombre que ha sido invocado sobre nosotros? Estas son las cosas por que he preguntado.

—»Si prosiguieres investigando mucho, con frecuencia quedarás admirado; porque este siglo va pasando aceleradamente y no puede traer consigo las cosas que á los justos están prometidas para otros tiempos, pues está lleno de injusticias y defecciones. *(Cap. IV)*.

»Si continúas orando... Yo te descubriré cosas mayores. Porque el Altísimo ha escuchado tu voz; el Fuerte ha visto la rectitud con que en esto procedes y la honestidad que observas desde tu mocedad, y en virtud de ello me ha enviado á revelarte estas cosas y decirte: Confía, no temas, ni por apresuramiento vengas á pensar cosas vanas con los primeros tiempos, exponiéndote á separarte del conocimiento de los tiempos novísimos. *(Cap. VI)*.

»En esto eres digno de consideración ante el Altísimo; en que te humillaste como correspondía, y no te juzgaste digno de ser muy glorificado entre los justos. Porque no se hace así hay muchas miserias y habrá muchos miserables entre los habitantes del siglo en los tiempos novísimos, porque andan con mucha soberbia; mas tú procura entender las cosas que te atañen, é inquiere la gloria de tus semejantes». *(Cap. VIII)*.

—«No me abandones, Señor, para que no muera inútilmente; porque he visto lo que no sabía y oigo lo que no sé. ¿Por ventura mi sentido me engaña? Te suplico demuestres á tu siervo el significado de estas visiones.

—«Oyeme y te enseñaré, y te hablaré de lo que temes, porque el Altísimo determinó revelarte muchos misterios, habiendo visto recto tu camino y que sin intermisión te entristecías por tu pueblo y llorabas por Sión. Viéndote contristado el Altísimo y padeciendo de todo corazón por ella, te mostró la claridad de gloria de la misma y el resplandor de su

hermosura. No temas, pues, no se turbe tu corazón... Eres privilegiado entre muchos y acogido en presencia del Altísimo como pocos. *(Cap. X)*.

»Abandonaste la ley de tus fines particulares y te consasagraste á la mía. Dispusiste sabiamente tu vida y tomaste por madre tu recto sentir. Por eso te mostré el premio que te concede el Altísimo». *(Cap. XIII)*.

A pesar de todas estas alabanzas, Esdras no es un santo consumado: tiene sus defectos, quizá muchos defectos y muchos pecados; pero es de saber que el ángel no le elogia en todos conceptos, sino sólo en aquellos que se refieren á los motivos de la profecía y á las disposiciones para cumplir su misión. Así es que en más de un capítulo le amonesta y corrige, y en el XVI lo hace con palabras como estas:

«Ahora, pues, dispón tu casa, y reprende á tu pueblo, y consuela á los humildes de él, y renuncia ya á la corruptela, y echa de tí los cuidados humanos, y desnúdate ya de tu flaca naturaleza, y deja á un lado tus mortales pensamientos, y apresúrate á salir de estos tiempos; porque aun harán cosas peores de las que has visto, pues cuando más caduco por su vejez se hace el siglo, tanto más los males se multiplicarán sobre sus habitantes; la verdad se ha retrasado y ha venido la mentira; ya está cerca la hora de cumplirse tu visión». *(Cap. XIV)*.

Los capítulos siguientes confirmarán y aclararán algunos de los anteriores conceptos.

VI

Períodos de la revelación de Esdras.

Divídese esta gran profecía de Esdras en siete períodos que parecen tener alguna analogía con los misteriosos sietes del Apocalipsis. Casi todos los períodos comprenden siete días; pero es muy aventurado decir si se trata de días naturales, de semanas,

de meses ó de años, como se ve con frecuencia en los profetas: lo más probable parece que sean semanas.

El **primer período** empieza en Babilonia, donde se halla Esdras con los demás judíos cautivos lamentando la ruina de Sión; pero tenemos por cierto que aquí, el sentido principal de Sión y Babilonia no es el literal propio, sino el metafórico, ó sea la Babilonia del Apocalipsis y la Sión del Catolicismo, especialmente el de la Tradición española (1); el Profeta se traslada á nuestros tiempos, según veremos más abajo, bien que toma los nombres de los lugares y tiempos en que escribió sus revelaciones. Pongan nuestros lectores mucha atención en las fechas y en el sentido de las palabras.

«El año trigésimo de la ruina de la ciudad estaba yo en Babilonia, y me conturbé estando acostado en mi dormitorio, y mis pensamientos dominaban mi corazón, porque ví la deserción de Sión y la abundancia de los que habitaban en Babilonia». (III, 1, 2).

Desde este pasaje hasta el versículo 13 del capítulo V va examinando el Profeta cuál es la causa de que Sión haya sido castigada con mucho más rigor que Babilonia, habiendo pecado ésta mucho más que aquélla. Un ángel reprende su exceso de curiosidad; pero le ilustra en lo que desea saber y le anuncia todavía mayores castigos.

Para obtener la gracia de conocer tan profundos arcanos, Esdras se ha preparado con siete días de oración y penitencia, como consta del cap. V, 13, y del VI, 35; pero Dios quiere revelarle mayores cosas, por lo cual le dice el ángel:

«Estas son las señales que me es permitido decirte; pero si sigues orando y llorando como ahora, y ayunares siete días, oirás cosas mayores». (V, 13).

Así lo hace Esdras, y con esto empieza el **segun-**

---

(1) Hemos dado varias pruebas de este punto, y desde el número 77 de *Luz Católica* nos lo demostró el Mtro. Salazar.

do período y le sigue la segunda revelación, la cual versa sobre los misterios de la anterior, que son los del gobierno de la divina Providencia; pero elevados á un grado más sublime que en la primera revelación. El ángel responde á sus preguntas y le va iniciando gradualmente en la ciencia de la economía de Dios acerca de los castigos que se acercan y del premio que á ellos seguirá, y luégo le dice:

«He venido á señalarte el tiempo de la noche venidera. Por lo tanto, si otra vez ayunas y oras por espacio de siete días, yo á mi vez te descubriré cosas aun mayores, hablándote del día que oí». (VI, 30, 31).

Esto es, del terrible tiempo de castigo y de misericordia que Dios me ha dado á conocer.

Esdras ora y ayuna como el ángel le recomienda: este es el **tercer período** y síguele la tercera revelación. Versa también acerca del gobierno de la Providencia; pero hay puntos elevadísimos no tocados en las anteriores, señaladamente sobre la predestinación y la misericordia con que Dios castiga y premia. Comprende esta revelación dos capítulos enteros y la mitad de otros dos, alternando, como en las otras, las preguntas y dificultades de Esdras con las respuestas del ángel, quien acaba la revelación diciendo:

«Si tú añades siete días más, pero sin ayunar en ellos, irás á un campo de flores, donde no hay casa edificada, y comerás solamente flores del campo, y no probarás la carne ni beberás vino, sino sólo flores; orarás al Altísimo sin intermisión, y yo vendré y te hablaré». (IX, 23, 25).

Partió, pues, Esdras al campo de Ardath (1); he aquí el **cuarto período,** cuyo séptimo día pasado, Esdras tuvo una visión en que se le apareció Sión en figura de matrona desolada por la pérdida de su hijo,

---

(1) De las palabras hebreas *ar*, esto es, despertamiento, vigilancia, solución, desenlace, etc.; y *dath*, que ya significa ley, ya país lleno de fuentes. Noten bien nuestros lectores estos significados de la palabra *Ardath*.

y luégo esta matrona se convirtió en ciudad esplendorosísima; pero Esdras no descubre que la mujer y ciudad sean imagen de Sión, hasta que se le presenta el ángel y se lo dice. No olviden nuestros lectores lo que aquí se entiende por Sión.

No siendo, pues, esto revelación acerca de los sublimes misterios del gobierno divino, sino visión acerca de un hecho concreto religioso-político, cual es la desgracia y reparación de lo que Sión representa, no fué menester que Esdras ayunase y llorase, bien que todavía se le impuso una misteriosa abstinencia. Al ver la desolación de la mujer, que llora por su hijo, Esdras la reprende, no sabiendo quién es, y dícele que harto más justo fuera llorar como todo el pueblo por la común desgracia, que por un hijo muerto cuando éste iba á casarse, ó como quien dice, *á triunfar*... Es muy notable esta visión después de las revelaciones sobre la economía de la Providencia. En otro artículo volveremos á ello. Pásase á otro período y á otra visión con estas palabras del ángel:

«Permanecerás aquí (en el campo de Ardath) durante la noche que siga al día de mañana, y el Altísimo te mostrará las visiones de las cosas supremas que hará en los que habitan sobre la tierra desde antiguos días». (X, 58, 59).

Este es el **quinto período,** el más corto, y en que no se le manda orar ni mortificar el cuerpo; porque no se trata ya de revelarle grandes misterios para que comprenda y explique las causas de la ruína y reparación de Sión, sino de descubrirle por una visión la historia política de los reyes de una nación hasta el último, que es quien debe repararlo todo.

Tal es la visión de la monarquía en figura de águila, explicada y comentada por *Luz Católica* desde el número 81 al 87. Abraza esta visión el capítulo XI y casi todo el XII de Esdras. Tampoco éste la ha comprendido; pero se la explica el ángel, y después le dice:

«Permanece todavía aquí otros siete días, para que te sea revelado lo que el Altísimo tuviere á bien revelarte». (XII, 89).

Estamos en el **sexto período,** para el cual tampoco se le determina oración ni penitencia, sin duda por la índole de lo que se le va á revelar, que tampoco son ya altos misterios, sino el desenlace religioso-político de todo este divino drama; desenlace que viene por medio de un hombre misterioso.

Esdras permanece aún siete días en el campo de Ardath; pero transcurridos los siete días anteriores de su estancia en él, y viendo sus compatriotas que no regresaba, fuéronse á buscarle y lamentáronse dolorosamente de que así les hubiera abandonado. Contestóles que estaba orando por ellos y por la regeneración de Sión, y que pasados los últimos siete días se reuniría con ellos.

Acabado el séptimo, tuvo Esdras una nueva visión, en que se le representó un hombre saliendo del mar en figura de viento. Después le vió en su verdadera figura de hombre, debelando á éstos, desengañando á aquéllos, uniendo á los otros, haciendo prodigios y restaurándolo todo. Este es el Gran Monarca; ¿pero qué individuo era el figurado en la visión? La última revelación lo descubrió al Profeta.

«Pasados tres días más,—díjole el ángel después de explicarle la visión del hombre,—te hablaré de otros asuntos y te expondré cosas graves y maravillosas». (XIII, 56).

Llegamos, pues, al **séptimo período.** A los tres días, Esdras oye la voz del Señor que le destina á restaurar la Ley de su pueblo; y teniendo esta misión tanta analogía con la de Moisés, oye como éste la voz saliendo de una zarza. El mismo Esdras es, pues, el restaurador de la Ley, el salvador de su pueblo, el hombre salido del mar que lo arregla todo, el león del capítulo XI, en fin, el Gran Monarca.

Esdras se ha visto á sí mismo figurado en estas

visiones; ha sido profeta de sí mismo, como S. Juan Evangelista y otros grandes profetas.

«Es tan digno de notarse como asombroso—dice Cornelio à Lápide en el Prólogo al Apocalipsis,—que San Juan, viviendo aún, viö cuatro animales, y en uno de ellos, que era el águila, vióse á sí mismo representado en el cielo empíreo, asistiendo al trono de Dios y alabando al Señor entre las mentes bienaventuradas».

Cuarenta días ha durado el curso de sus revelaciones y visiones, y el Señor le dice que el cumplimiento de éstas está muy próximo. ¿Cuánto debe tardar? Por de pronto el Señor le manda rehacer la Ley, retirándose á la soledad por otros cuarenta días, con cinco colaboradores que le ayuden en tan trascendental empresa. ¿Ha triunfado ya Esdras cuando esto se le encarga? Es probable que sí, al menos dentro de su pueblo, puesto que con el cumplimiento de esta cuaresma acaba la serie de revelaciones y visiones alusivas á su triunfo.

Después, sin embargo, siguen dos capítulos, XV y XVI, donde por mandamiento del Señor predice tremendas calamidades generales, que en gran parte se pueden entender de la subversión general que habrá al fin del siglo; pero el que sepa leer, hallará una gran profecía de la guerra europea, cisma religioso y demás calamidades que vienen. Al final del XVI anuncia lo que ya empezó á realizarse meses ha; la guerra de la impiedad oficial de los gobiernos contra los religiosos y los católicos en general.

«Serán, dice, como frenéticos que no perdonarán á nadie, para robar y devastar todavía á los temerosos de Dios; porque devastarán y robarán sus bienes y los expulsarán de sus casas. Entonces aparecerá la probación de mis escogidos, como el oro que se prueba por el fuego. Oíd, amados míos, dice el Señor: he aquí llegados los días de tribulación; pero yo os libraré de ellos. No temáis, no vaciléis, porque el Señor es vuestro Capitán».

VII

La duda de Esdras.

En el período quinto ve Esdras la Monarquía española en figura de un águila que poco á poco pierde miembros y plumas, y al fin acaba siendo destrozada de una manera horrible. El profeta ve á España convertida en un infierno; no hay quien la salve entre los partidos que prometían salvarla.

El universo queda espantado de tanta iniquidad y desorden; los españoles amantes de su Fe y de su Patria están consternados, conturbados, no sabiendo qué partido tomar; toda la nación es un infierno de desorden y de llantos, interrumpidos por los aplausos de los sectarios de Luzbel. Esdras queda tan espantado de esta horrible visión, es tal el sacudimiento y la turbación que produce en su espíritu, que súbitamente vuelve á sus sentidos, cesa la inspiración, cesan su visiones proféticas, y transportado y fuera de sí por la vehemencia de la impresión, dice con gran amargura á su propio espíritu:

«He aquí que tú me has sugerido esto porque andas escudriñando los caminos del Altísimo.

»Todavía padezco fatiga de ánimo y gran abatimiento de espíritu, y apenas en mí queda fuerza, gracias al mucho temor que he padecido esta noche.

»Ahora, pues, oraré al Altísimo para que me conforte hasta el fin... etc».

Dos violentas impresiones han hecho volver á Esdras en sí; turbación, exaltación ó *exceso* de su mente, y el temor: *a tumultu et excessu mentis, et a magno timore vigilavi;* y el exceso es tal, que verdaderamente Esdras parece haber salido de un enajenamiento para caer en otro. ¿Qué *exceso* es este, que le pone fuera de sí y parece encolerizarle contra sí mis-

mo, llevar á su mente una terrible duda y casi hacerle arrepentir de su fe providencialista ó de su diligencia en «investigar las vías del Altísimo?»

Claramente es el mismo exceso de que tuvo que lamentarse el real Profeta David con estas palabras: *«Ego dixi in excessu meo: omnis homo mendax.* Yo dije en el exceso (transporte, arrebato, etc) de mi ánimo: todo hombre es falaz» (Psal. CXV, 11). O como dice en otra parte: *«Ego dixi in excessu mentis meae: projectus sum a facie oculorum tuorum.* Yo dije en un arrebato de mi genio: arrojado, Señor, he sido de tu vista». (Psal. XXX, 23).

Estas dos expresiones aluden al mismo hecho, conocido el cual, tendremos la explicación del arrebato de Esdras.

Samuel había ungido rey de Israel á David por orden de Dios; David sabía que era rey de derecho, y estaba segurísimo de que llegaría á serlo de hecho. Pero el ilegítimo rey Saúl le persiguió tan inhumanamente, que David tuvo que escaparse á país extranjero; huír luego de allí y volver al suyo; ponerse al frente de algunos desvalidos con menosprecio ó rabia de los validos y poderosos; padecer tribulaciones y peligros mil, vagando por los montes; soportar insultos, denuestos, burlas, odios y calumnias de toda clase; devorar, en fin, tales amarguras, que en una ocasión, no pudiendo ya contener el dolor de su alma y acordándose de las promesas de Samuel, que tan mal le parecían cumplirse, dejóse llevar á un exceso ó arrebato de genio y exclamó:

«No hay hombre que no incurra en falsedad; falso es lo que me prometió Samuel. Y si por ventura fuí entonces verdaderamente escogido para substituir á Saúl, hoy el Señor me rechaza, hoy me arroja de su presencia. *Omnis homo mendax.—Projectus sum á facie occulorum tuorum».*

No todos los Expositores excusan de pecado á David por este arrebato que les parece nacer de cierta

desesperación; pero á nosotros nos parece muy claro, como á otros Expositores, que si faltó en dejarse llevar de cierta desconfianza, no acusó á Samuel de mentiroso, ó en todo caso le juzgó engañado de buena fe. Lo cierto es que no sería de gran monta su falta, cuando el Señor acudió seguidamente en socorro de aquel su turbado siervo.

Y es de notar que ni el griego ni el hebreo tienen la palabra *mentis;* dicen aquél *trasporte* y enajenación, y éste *consternación* ó precipitación. El Salterio Romano vierte *en mi pavor* y S. Agustín *en lo más fuerte de la tentación;* así como en el otro pasaje vierte San Jerónimo *en mi estupor*, Símaco *en mi descorazonamiento*, y otros varios *en mi precipitada fuga.*

Con esto creemos se explica perfectamente el sentido de uno y otro pasaje, que tan varias y contradictorias versiones han tenido. La traducción, pues, del sentido literal de los dos pasajes íntegros, nos parece debe ser esta:

«Bendito sea el Señor que ostentó maravillosamente su misericordia conmigo, protegiéndome como en una ciudad fortificada. Verdad es que en un momento de perturbación puse en duda la bondad con que me protegía y dije: Arrojado he sido de tu presencia, no quieres mirarme ya; pero no naciendo de malicia aquella duda, sino de flaqueza y perturbación, me reconocí al punto, oré al Señor, y el Señor, compadecido de aquella flaqueza mía, acogió benigno mi oración». (Psal XXX, 22 y 23).

«Tuve gran fe en las promesas que el Señor me hizo por Samuel, y en virtud de mi gran fe, no temí persecuciones ni calumnias, sino que anuncié esforzadamente las maravillas y promesas del Señor y defendí los derechos de su elegido. *Credidi, propter quod locutus sum.* Pero llegué á verme profundamente humillado y abatido por la multitud de trabajos que la malicia de mis émulos hizo llover sobre mí: *ego autem humiliatus sum nimis.* Entonces, descorazonado, desconfiando de las sobredichas promesas, conturbado mi espíritu y exacerbado mi ánimo, dije: *ego dixi in excessu meo:* No hay hombre libre de engaño; hasta Samuel se engañó, puesto que todo sale al revés de la elección que hizo de mí: *omnis homo mendax.* Mas por la misericordia de Dios, recobré al punto mi fe,

oré al Señor, manifestóse en mí su protección misericordiosa y me colmó de beneficios. ¿Cómo, pues, podré yo corresponder al Señor por tantas mercedes como me ha dispensado? *Quid retribuam Domino, pro omnibus quae retribuit mihi?* (Psal. CXV, 10, 11 y 12).

«Cuando los justos,—dicen á este propósito los Comentarios de Migne,—padecen estos desamparos espirituales, creen estar muy lejos del rostro del Señor; todo les es penoso; son como tierra sin agua y padecen turbaciones muy dolorosas; pero su recurso es la oración, y es muy raro que no hallen en ésta un consuelo pronto y eficaz. Es muy santificante el período de tales penas, porque entonces es cuando los siervos de Dios aprenden á conocerse y humillarse».

Así aconteció á David. Llega al colmo de la amargura; desmaya; júzgase abandonado del Señor; habla consigo mismo, diciéndose que todo hombre es falaz; reconócese luego; hace oración, y el Señor le tiende de nuevo sus brazos amorosos.

Así aconteció también á Esdras. Espantado de tanta maldad; desconocido y calumniado de los suyos, según al principio del libro expresa; desterrado á país extranjero; vuelto á su patria figurada por el campo de Ardath, para presenciar las vicisitudes de la Tradición y predicar la buena doctrina; consagrado á sacrificarse por el bien de sus hermanos; atribulado por ellos y perseguido y amargado de mil maneras; abrumado de todo género de tribulaciones y horrorizado de ver la espantosa ruina de su Patria, apoderóse de él una especie de paroxismo moral, *excessus mentis*.

Desciende entonces de la elevada región por donde iba estudiando «los caminos del Altísimo»; pone un momento su mirada en los males de la tierra; parécenle desmentir lo que el ángel le ha inspirado y él mismo ha predicho; duda, arrebátase de dolor, y privado de luz prorrumpe en aquel doloroso grito que expresa la terrible amargura de su alma. No acusa de engaño al ángel; pero al parecer, no cree ya que tal ángel ó inspiración exista, y á su propio espíritu acusa de haberle seducido. *Ecce tu praestitisti mihi hoc.*

Sin embargo, su alma reacciona al punto; vuelve sus ojos al Dios de las misericordias, pídele que le ilustre y consuele, y el Dios de las misericordias acude á su oración, le fortalece, le ilustra, le descubre nuevos horizontes y le confirma en la esperanza de una restauración próxima.

«*Prope est Dominus omnibus invocantivus eum, omnibus invocantivus eum in veritate.* «El Señor está cerca de todos los que le invocan, de todos los que le invocan en verdad». (Psal. CXLIV, 18).

Tuvo David sus momentos de vacilación, no obstante las seguridades que la inspiración profética y el curso de los hechos le daban; túvolos Esdras, no obstante su conocimiento claro de la misión á que se le destinaba. La profecía de Dissentis coincide con la de Esdras en este y otros puntos, y la de San Francisco de Paula y de otros profetas no coinciden menos.

Y ¿qué mucho, que David y Esdras se creyeran abandonados de Dios por un momento, si el mismo Jesucristo habló como si estuviera pasando por este mismo trance, en la hora más terrible de su vida temporal? «¡Dios mío, Dios mío!, exclamó ya moribundo, ¿por qué me has abandonado?»

«De la flaqueza del hombre viene el pavor, dice San Agustín; pero la esperanza viene de las divinas promesas. Cosa tuya es el temer y don de Dios el esperar. Reconócete á tí mismo en esta flaqueza, á fin de que en tu liberación te glorifique Aquel que te crió».

Ahora bien; si profetas tan notables como Esdras y David llegaron á dudar de su propia misión; si otros muchos profetas y santos dudaron también en determinados casos, ¿quién se maravillará de que generalmente no crean á los mismos profetas los que no son profetas? ¿Quién de que Esdras fuera menospreciado y perseguido por los hijos de su misma Religión y de su misma Patria? ¿Quién de que las profecías acerca del Gran Monarca sean motivo de burla y de maledicencia para los descreídos, los mundanos, los

tibios, los flojos, los indiferentes, los viciosos, los ignorantes, los soberbios, los presuntuosos, los envidiosos, los despechados, los avezados á juzgar de todo sin cuenta alguna con la Providencia?

No sólo ellos, sino hasta los más creyentes y convencidos de hoy vacilarán mañana. No digo que se desengañarán del todo; pero sí que vacilarán muchos ó dudarán todos, pues menos motivos que ellos tenían David y Esdras para dudar, y dudaron. Más aún; Esdras llegó á quedar solo y fortalecerse *en una montaña que él se formó para sí mismo*. (Cap. XIII, 6).

Un año hace (1) que previmos y claramente anunciamos este retraimiento: no han surgido nuevas razones para confirmarlo; pero subsisten las del primer día, y repetimos la noticia contra las reglas de prudencia usuales en el periodismo.

Todo esto se da la mano con el artículo *Habemus ad Dominum*, origen de nuestra Cruzada de oraciones y penitencias, por lo cual lo pondremos por vía de apéndice á este capítulo; no erigiéndonos en monarcas grandes ni chicos, como propalan los maliciosos, sino por mera oportunidad y asociación de ideas. No es mucho que á los que preparamos, como nos es posible, los caminos del Gran Monarca, nos suceda algo de lo que al Gran Monarca debe suceder.

VIII

Esdras es el Gran Monarca.

Esdras es el mismo personaje profetizado en su profecía.

Acabamos de dar una terminante prueba de esta tesis, dimos otras en los arts. IV y V, y podríamos corroborarlas con otras muchas, pues toda la profecía

(1) Nótese que esto se escribía en Octubre de 1902.

lo demuestra; pero siendo ya una cosa tan patente, empleemos en dilucidar otro punto el espacio que aquél nos tomaría. Vamos á ocuparnos de la semejanza absoluta que tiene el personaje de la profecía con el Gran Monarca. No discurriremos muy largamente; pocas razones bastarán para demostrarlo.

Nos han dicho los profetas copiados hasta hoy por *Luz Católica,* que el Gran Monarca será desconocido, pobre, atribulado, perseguido, burlado, y que al principio no estará seguro de su misión; pero estudiará las profecías, será sabio, grande en la fe y en el amor de la Patria, español y monarca de España. Todo esto y mucho más confirma Esdras. En parte queda ya probado, y en parte lo probaremos.

Anúnciale el ángel en el cap. IV los grandes acontecimientos futuros, y Esdras le pregunta:

—«¿Cómo y cuándo sucederán estas cosas? ¿Por qué han de ser tan estériles y malos nuestros años?

—«No vayas más aprisa que Dios, le responde el ángel, pues tú te apresuras vanamente en adelantarte á sus disposiciones: es grande tu exceso.....»

—¿Puedes decirme si viviré yo en aquellos días, ó qué sucederá en aquellos días?

—«En parte puedo descubrirte las señales por que me preguntas; pero acerca de tu vida no soy enviado á ilustrarte: yo mismo lo ignoro». *(Cap. IV).*

Sin embargo, Esdras parece adquirir pronto el convencimiento de que él es el restaurador, pues de otra suerte no puede explicarse satisfactoriamente su manera de razonar y mirar por la salud del pueblo. No ha tenido desde un principio revelación clara; pero su convencimiento es consecuencia necesaria de las revelaciones del ángel. Por último, en el cap. XIX se le dice terminantemente que es él, y como á tal se le manda obrar y reformar la ley.

Del pasaje que á esto se refiere deducen varios Padres y Doctores, como arriba hemos visto, que Esdras redactó de memoria todos los libros canónicos

anteriores á él, pues ni un solo ejemplar quedaba. Con Huré y otros muchos tenemos esta opinión por enteramente improbable; y contra él y muchos más notamos que en la prodigiosa multitud de escritos que á Esdras se le manda redactar con ayuda de sus colaboradores, no alude esta profecía á la restauración de los Libros sagrados, sino á la inteligencia de algunas de sus partes, y especialmente á la restauración de la Ley Tradicional que formó los gobiernos verdaderamente cristianos, señaladamente en España.

La profecía atañe muy particularmente á nuestros tiempos, como veremos: luego de nuestros tiempos debe entenderse la restauración de la Ley, no precisamente de los antiguos. Toda la profecía tiende á este desenlace del capítulo XVI; luego la índole del desenlace ha de ser cual de la profecía se desprende. Por lo tanto, si en toda ella se habla del castigo que merecen nuestros pecados, de los males providenciales que padecemos, de la impiedad que nos cerca, de la degradación monárquica, de la revolución, de la restauración social por medio de un Esdras, etc., etc., el desenlace tiene que ser del mismo orden; y por lo tanto, lo que á Esdras se le encarga es redactar un código fundamental, al tenor de lo que dijimos exponiendo el capítulo XI; código de leyes tan sabias y fecundas, que bien pueden ser comparadas cada una á un libro y resultar por ende los doscientos y cuatro libros que dice el profeta haber escrito durante sus cuarenta días de retiro.

En la introducción y exposición del capítulo XI ya citado, creemos haber puesto también fuera de duda, que la historia literal de esta profecía se desarrolla en España y en el tiempo actual é inmediato, bien que tiene multitud de cosas aplicables á diferentes naciones y épocas, como todos los libros de los profetas bíblicos. Y asimismo aparece de nuestro dicho trabajo que, estando el sujeto de la profecía en

el mismo lugar donde ésta se desarrolla, que es España, y siendo dicho lugar su pueblo, su nación, su Patria, como de la profecía consta, síguese que el sujeto de la profecía es español y habitante en España.

Sin embargo, según hemos visto arriba, los españoles, en general, no reconocen al pronto su misión. «Me presenté á ellos y me reprobaron, dice Esdras, despreciando el mandato del Señor». (II, 33). No es extraño: el mismo Esdras no se reconoce al principio en la visión que tuvo del hombre salido del mar, esto es, del secreto, de la tribulación, de la persecución, del alborotado mundo, y rogó al Señor que se la explicase.

«Así como no puedes, díjole el Señor, escudriñar ó saber lo que hay en lo profundo del mar, así nadie en la tierra podrá descubrir á mi hijo ni á los que le acompañen, hasta que llegue el tiempo del día». (XIII, 52).

En la misma visión hallará las mil tribulaciones padecidas por el gran hombre el que sepa leer, pues dice así la profecía:

«Y he aquí que del mar salía un viento para conturbar todas sus olas; y ví, y he aquí que aquel hombre (esto es, el viento) *cobraba fuerza con millares del cielo*». (XIII, 2, 3).

Sigue el profeta viendo como los enemigos acometen al hombre salido del mar, sin que al pronto se defienda él más que con la palabra. Necesita este hombre que Dios le sostenga de muy especial modo, y en efecto, véase qué le dice:

«No temas los pensamientos que hay contra tí, ni te turben las incredulidades de los que te censuran; porque todo incrédulo morirá en su incredulidad. He aquí que yo envío al orbe de la tierra, dice el Señor, la espada, y el hambre, y la muerte y la destrucción». (XV, 3-5).

Más abajo nos extenderemos sobre todos estos puntos.

Ya lo ven nuestros lectores; la conformidad de las profecías acerca del Gran Monarca con la de Esdras, no puede ser más terminante y asombrosa. No

solamente lo es en cuanto á los padecimientos y obscuridad del gran hombre, sino en cuanto á los secretos que él guarda y en cuanto á su triunfo y pacificación universal.

«Escribe en un libro, le dice el ángel, todas estas cosas que viste, ponlas en un lugar escondido, y las enseñarás á los sabios de tu pueblo, cuyos corazones sepas que pueden apreciar y guardar tales secretos». (XII, 37, 38).

Y el Señor le añade en otro capítulo:

«Sella lo que te he revelado y conserva en tu corazón las visiones que viste y las interpretaciones que oiste; porque *al fin serás recibido por todos, y de resíduo serás elevado con mi consejo y con tus semejantes,* hasta que llegue el fin de los tiempos» (de la tercera generación) (XIV, 8, 9).

Es un mundo sin horizontes la profecía de Esdras; cuanto más la estudiamos, más descubrimos y más nos queda por estudiar y descubrir. Propio es esto de todos los libros que el Espíritu Santo inspira.

IX

Tiempos á que se refiere la profecía.

Tal vez el presente artículo y el que le sigue sean la mejor prueba del anterior; porque las señales del tiempo á que alude principalmente la profecía son tales, que reuniéndolas todas, á ninguna época del mundo parece convenir su conjunto sino á la nuestra. Bástanos traducir alguna.

—«He aquí, dice el ángel al profeta, que llegan los días en que los habitantes de la tierra serán abrumados con muchos censos; y se esconderá el camino de la verdad; y la región (regionalismo ó autonomía) será estéril en la fe; y la injusticia se multiplicará sobre la que ves ahora y la que oíste de otros tiempos. Sucederá que, impuesto el vestigio (1), verán

---

(1) Del regionalismo tradicional, propuesto hoy más que nunca y generalmente aceptado; pero no es el verdadero, es sólo un vestigio de aquél; y además, lejos de prevalecer, fomenta hoy el odio centralista contra las regiones, como indica el profeta enseguida.

(los que lo imponen) desierta la región (regionalismo) que ahora ves reinar... Y los amigos se impugnarán á sí mismos; y se esconderá el recto sentir; y el entendimiento será separado y cerrado en su depósito y muchos lo buscarán y no lo hallarán; y se multiplicarán sobre la tierra la injusticia y la incontinencia; y cada región preguntará á su vecina: ¿pasó acaso por tí la justicia que obra lo justo?, y la región vecina dirá que no; y en aquel tiempo los hombres esperarán y no alcanzarán, trabajarán y no serán dirigidos sus caminos. Estas son las señales que se me permite comunicarte». (V, 1-13).

—«¿Cuál será, pregunta Esdras en otro capítulo, la separación de los tiempos (el del castigo y el del premio), ó cuándo acabará el uno y empezará el otro?»

—«De Abraham á Isaac, cuando nacieron de él Jacob y Esaú, desde el principio la mano de Jacob asía el calcañar de Esaú. Esaú es el fin de este siglo y Jacob el principio del otro. No quieras investigar más, Esdras». (1) (VI, 7-10).

—«¡Oh, Señor! Estas gentes despreciables empezaron á dominarnos y devorarnos; nosotros, tu pueblo á quien llamaste primogénito, celador tuyo, hemos sido entregados en sus manos. Si por amor de nosotros criaste este siglo, ¿por qué no hemos de poseer la herencia con el siglo? ¿Hasta cuándo durará tal estado de cosas?» (VI, 57-59).

—«No hay juez sobre Dios ni quien entienda sobre el Altísimo. Perecen muchos de los presentes porque se abandona la Ley de Dios, establecida sobre todas las leyes». (VII, 19-20).

«Mide el tiempo en sí mismo, y cuando vieres, cuando pasare una parte de las señales predichas, entonces entenderás ser aquel el tiempo en que el Altísimo empezará á visitar el siglo que él hizo; y cuando se vea en el siglo conmoción de lugares y turbación de pueblos, entonces entenderás que de esto habló el Altísimo en los días que fueron antes de tí desde el principio. Porque así como tiene principio todo cuanto en el siglo hay, así tiene consumación, y la consumación es manifiesta. Así los tiempos del Altísimo tienen principios manifiestos por prodigios y virtudes, y consumaciones manifiestas por acto y señales». (IX, 1-6).

«He aquí que llegan los días en que el Altísimo empezará á librar á los que están sobre la tierra, y vendrá irritado sobre los que viven en la tierra. Entonces unos pensarán debelar á

---

(1) Esaú es el reprobado, Jacob el escogido; aquél tenía el derecho de primogenitura, y por un plato de lentejas vendió su herencia. Jacob fué el bendecido y el heredero. (Algo de esto es aplicable á los Borbones...) El siglo XIX fué Esaú; el XX será Jacob.

otros; la ciudad á la ciudad, el lugar al lugar, una gente á otrra gente, un reino á otro reino. Y cuando esto suceda y se verifiquen las señales que te dí, entonces será revelado mi hijo, el que viste como un hombre que ascendía del mar». (XIII, 29-32).

«Habrá entonces mucha inestabilidad en los hombres, y unos valiéndose de otros, no se cuidarán de su rey (parlamentarismo), y los príncipes pondrán en su poder la justicia de sus hechos». (XV, 16).

Tal es una parte de los síntomas morales, políticos, etc., de los tiempos á que alude la profecía: otros varios notamos ya comentándola. A nuestro entender, son más que síntomas, son verdaderas pruebas, siquiera no sean claras para todas las inteligencias. Quizá tampoco lo serán otras señales más precisas que las anteriores, como son las que indican fechas; mas no por esto dejan de tener un gran valor para determinar los tiempos. No á humo de pajas las marca el ángel al Profeta: ó la profecía es falsa, ó estos indicios de fechas son muy de tener en consideración. Hemos probado que la profecía no es falsa; luego las fechas insinuadas son muy importantes. Estudiemos algunas.

X

Fechas y épocas.

En el cap. XII, 37, se le manda escribir en un libro los secretos proféticos que se le han revelado, cuando hace ya treinta *días* que él empezó á tratar con Dios sobre los males y salud del pueblo. Pasan diez *días* más, y se le dice en el XIV, 17, que viene presto el cumplimiento de su visión. Estas fechas por sí solas, poco prueban; pero prueban mucho si se tiene presente que empiezan á contarse en el año treinta de la ruina de *la ciudad* y estando Esdras en *Babilonia*, como consta del capítulo III.

En el XIV, 11 y 12, dícele el Señor para que se

disponga ya á cumplir de lleno su misión: «Dividido está el siglo en doce partes, y pasaron ya la décima y la mitad de una décima», de donde se sigue que falta pasar menos de la mitad *(post dimidium)* de otra décima parte.

Aquí por siglo debe entenderse la Cristiandad, Catolicidad ó Iglesia militante, que en cuanto militante es temporal, y flaca en sus miembros, y con los siglos ha de fenecer, y del siglo padece persecuciones mil, y en el siglo triunfa y crece. En estos conceptos ú otros que á estos pueden reducirse toma Esdras varias veces la palabra *siglo*, como vimos exponiendo en el capítulo XI esta del Señor: *mi siglo*. ¿Cuáles son, pues, las doce partes en que este siglo se divide?

Varias divisiones de doce partes pueden hacerse en la historia de la Iglesia; la más adecuada, puesto que de siglo se trata, nos parece sería la que expresase los doce grandes acontecimientos con que la maldad de los que viven «*según el siglo de este mundo*» (Ephessios II, 2) trajo y traerá la desolación á la Iglesia, obligándola á transformarse en lo temporal y á luchar con el poder de las tinieblas. Son doce partes ó épocas de tribulación, de combate, de conmoción profunda, de lágrimas y de sangre; pero cada una comprende otra de triunfo, de consuelo, de regocijo, de verdad y justicia, de consolidación y prevalecimiento, como á la promesa de su divino Fundador corresponde.

Estas épocas, cada una de las cuales empieza, por lo general, antes de terminarse la anterior, que es preparación de ella (lo propio sucede con las siete edades de la Iglesia), están determinadas por estos doce grandes acontecimientos:

1, Guerra y dispersión de los judíos; 2, persecución romana; 3, arrianismo y sectas á que dió origen; 4, invasión de los bárbaros; 5, invasión de los árabes y moros; 6, cisma griego; 7, pérdida de la Tierra Santa, conquistada por los Cruzados; 8, conquista

del imperio de Oriente por los turcos; 9, cisma de Occidente; 10, protestantismo; 11, liberalismo religioso-político; 12, aparición del Anticristo.

Estamos, pues, en plena época undécima, más allá de la mitad *(post dimidium)*, y en ese período precisamente coloca Dios al Profeta y desde ese nos habla el Profeta, como si hoy viviese y escribiese:

«*Transierunt ejus decima et dimidium decimae. Supersunt autem ejus post medium decimae partis. Nunc ergo, dispone domum tuam...*» (XIV, 11-13).

Libre es de dar otra interpretación el que no halle la nuestra conforme; pero nos parece que el mismo Esdras nos da otro grave fundamento para interpretarle así, y es el final del cap. I, donde habla de la restauración que se obrará por el glorioso pueblo futuro. Dice el Profeta que Dios dará á este pueblo el *ducado* (1) de Abraham, de Isaac y de Jacob; ducado de los doce Profetas Menores, cuyos nombres cita por el mismo orden con que están puestos en la Biblia.

Ahora bien; tanto las doce profecías como las doce épocas sobredichas, se ordenan á Jesucristo y su Iglesia; pero en cada profecía hay algo de particular que conviene perfectamente á la época que por número de orden le corresponde; la primera profecía á la primera época, la segunda á la segunda, *et sic de caeteris:* de suerte que, con referirse todas principalmente á Cristo y su Iglesia, la primera empieza por la reprobación y ruína del pueblo deicida y la última acaba por los tiempos del Anticristo y venida de Jesucristo para juzgar á los hombres. El que desee convencerse plenamente, estudie los doce Profetas Menores y compárelos con las doce épocas señaladas.

A esta cuenta, corriendo ahora la segunda mitad

(1) Nótese bien: no dice *reino*, sino *ducado*, coincidiendo con esto lo que venimos diciendo ha tantos años sobre la índole del reinado del Gran Monarca.

de la época undécima, debe estarse cumpliendo la segunda mitad de la profecía undécima, que es la de Zacarías. Y así es en verdad, como lo verá el que debidamente compare y no olvide que el objeto principal alegórico es Cristo en sí mismo y el secundario es Cristo en su Vice-Cristo, como le llama el Padre Vieyra.

Antes de caer nosotros en esta cuenta, ya aplicamos la profecía de Zacarías á nuestos tiempos, según es de ver en los números 44 y 46 de *Luz Católica*, donde ya no en concepto alegórico, sino en el literal histórico, vimos que el sacerdote y príncipe anunciado por el Profeta no puede ser sino el hijo de Josedech en aquellos tiempos y el Gran Monarca en los nuestros.

Más diríamos, pero no debemos. Sólo indicaremos ya, en conclusión de este artículo, que el Gran Monarca será reconocido en cuanto tal cuando haya unido bajo la bandera de Dios y de la Patria á los desengañados y á los dispersos; los cuales no se unirán sino después de un graa desengaño y cansados de ruinosa lucha, como en su lugar dijimos ampliamente, comentando el capítulo XIII, que es donde todo esto se predice. Allí hablábamos también de otras fechas. Entretanto, conviene dar á conocer algunos de los episodios que refiere, explicando antes lo que se entiende por Sión.

XI

Sión.

Extendámonos un poco más sobre lo que ya hemos dicho de Sión en el art. VIII.

Sión es una colina donde los jebuseos tenían una ciudadela que dominaba á Jerusalén. Conquistóla David, edificó en ella lo que se llamó *Ciudad de Da-*

vid, y su hijo Salomón edificó allí mismo el famoso Templo.

De Sión, pues, salía la ley; en Sión residía el Gobierno judaico; en Sión la Autoridad Sacerdotal; Sión era el centro de la religión mosaica; Sión el compendio de toda la historia de los judíos; Sión el fundamento, el alma, el corazón, la esperanza y el consuelo del pueblo de Dios.

Los profetas suelen dar todas estas y otras muchas acepciones á la palabra Sión. A veces Sión es Jerusalén, otras es toda la nación, otras el pueblo de Judá, otras el conjunto de judíos observantes de la Ley, otras la Ley misma, la Historia, el Gobierno, etc.

El pueblo sucesor del judaico, que el Mtro. Salazar y el P. Murillo nos han probado en *Luz Católica* ser España, así como es en el nuevo Israel ó Cristiandad lo que en el antiguo pueblo de Israel fué la Judea; así como, según el mismo Esdras, ha de recibir el ducado de Abraham, de Isaac y de Jacob que en primera herencia tuvieron los judíos; así como, según el profeta Abdías (1), *Sepharad* ó España poseerá la herencia de los judíos y desde Sión juzgará al monte de Esaú; así debe tener su Sión en el mismo orden de ideas en que es sucesora del pueblo de Judá. La Sión española es la Tradición religioso-política de las Españas, es su Catolicismo político, origen de nuestras grandezas pasadas y futuras: compárese con lo que hemos dicho de la Sión judaica.

Por los pecados de Sión, esto es, del pueblo formado por la *ley salida de Sión* (Mich. IV, 2), llora Esdras y pide á Dios misericordia, reconociendo que Sión ha sido desolada en castigo de tantos pecados.

«Delinquieron los que habitaban la ciudad, dice, obrando en todo como Adán y sus generaciones, pues también ellos usaban de un corazón maligno; y entregaste la ciudad en

(1) Véase este punto dilucidado en el tomo 1.°, cap. IX, art. I, y en *La Señal de la Victoria*, núms. 8, 9 y 10.

manos de sus enemigos». (III, 25-27). «Mejor nos fuera haber muerto que vivir aún entregados á la impiedad y padeciendo sin entender por qué». (IV, 12). «¡Oh Señor Dominador! ¡también nosotros estamos todos llenos de impiedad!» (IV, 38)». ¿Por qué nací, ó por qué no fué mi sepultura el seno mismo de mi madre, para que así no viese ahora la tribulación de Jacob y el cansancio del género de Israel?» (V, 35).

«Abraham oró el primero por los sodomitas, y Moisés por los padres que pecaron en el desierto, y los que vivieron después de él por Israel en los días de Acaz y de Samuel. David por la confracción, y Salomón por los que vinieron á la santificación, y Elías por los que recibieron la lluvia, y Ecequías por el pueblo en los días de Senaquerib, y muchos por muchos otros. Pues si entonces, cuando tomó incremento la corrupción y se multiplicó la injusticia, oraron los justos por los impíos, ¿por qué no ha de ser ahora lo mismo?» (VII, 36-41).

«Oye, Señor, la oración de tu siervo y presta oídos á la plegaria de tu criatura, pues mientras viva hablaré y mientras comprenda te importunaré. No mires los delitos de tu pueblo; mira los que te sirven en verdad. No atiendas á los impíos designios de las gentes; sino á los que padeciendo guardan tu testimonio. No repares en los que proceden con falsedad en tu presencia; sino acuérdate de los que obran con temor según tu voluntad. No quieras perder á los que tienen costumbres de irracionales, sino repara en los que enseñaron espléndidamente tu Ley. No te indignes con los que han sido juzgados peores que bestias, sino ama á los que siempre confiaron en tu justicia y en tu gloria. Porque de esas enfermedades adolecemos nosotros y nuestros padres; mas tú por nosotros pecadores serás llamado misericordioso». (VIII, 24, 31). «No te encolerices con nosotros, Señor, perdona á tu pueblo y ten misericordia de tu heredad. Tú te compadecerás de tu criatura». (VIII, 45).

Cuando de esta suerte ha derramado Esdras su corazón ante el Señor en varios capítulos, se le representa una visión que describe largamente, empezando así:

«Cuando estas cosas decía en mi corazón, fijé la mirada y ví á la diestra una mujer que lloraba á grandes voces y con gran dolor de ánimo, rasgadas sus vestiduras y cubierta de ceniza la cabeza. Y dejando yo los pensamientos en que me ocupaba, me convertí á ella y le pregunté: ¿Por qué lloras y